



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arce, Sra. Avelaneda, Sres. Asquerino, Aubon (Marques de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anconena, A. Ubierna, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marques de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremen, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martin, Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Coimero, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Cañamaque, Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarria (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echevarria, Eguiluz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gavangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güeinzenu, Guerrero, Incensga, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lluente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marques de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olótaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdos, Perez Lirio, Pi y Margall, Poy, Reinoso, Retes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Ross y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sacarminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Saimeron, Sanroma, Seigas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Yebes de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zonal, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. linea.—Resto de Europa: 1 franco linea.—Ultramar: 4 rs. sencillos linea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 26 de Febrero de 1883.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoc.—Problemas penitenciarios, por D. Fernando Cos-Gayon.—Noche Buena en California, por D. Tristan Medina.—República Argentina: La campaña del Río Negro, por D. César Valcárcel.—El Doctor D. José Moreno Nieto, por D. Nicolás Díaz y Perez.—Pensamientos, por D. Alfredo de la Escosura.—La orden del Becerro de oro, por D. Emilio Blanchet.—Origen de los refranes: Como pedrada en ojo de boticario, por D. Nicanor Bolet Peraza.—Folk-lore: Supersticiones populares, por D. L. Giner Arivau.—Elche, árabe y feudal, por D. Eusebio Asquerino.—Memorias de un loco, por D. Pedro Arnó.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

La reunion de la izquierda ha sido el suceso que más ha ocupado la atención pública en la pasada quincena. Todo cuanto se refiere al nuevo partido ofrece un interés excepcional. Es, para los elementos liberales, una esperanza; una amenaza para los elementos reaccionarios; de aquí que no se escaseen los augurios ni se escatimen las profecías referentes á lo que el porvenir puede reservarle. Dicen los unos que grandes divisiones le trabajan; dándole otros por disuelto ó poco menos, y aquellos y estos consideraban la anunciada reunion como si de ella fuera á salir el deseado fin de la izquierda dinástica. Desmintiendo tan tristes vaticinios, el nuevo partido se reunió efectivamente en el salon de Presupuestos del Congreso, pero fué para manifestarse partidario de una política de franca y enérgica hostilidad contra el Gobierno, y aprobar por unanimidad una proposicion del Sr. Montero Rios, concebida en los siguientes términos:

«Los senadores y diputados de la izquierda liberal, inspirándose en las consideraciones que produjeron sus acuerdos anteriores, entienden que ha llegado la ocasion de desarrollar enérgicamente su política de oposicion al Gobierno, y al efecto establecerán relaciones con las demás oposiciones de ambas Cámaras, y para cuando los intereses de la izquierda lo aconsejen, incluso cuando surjan nombramientos de comisiones para los proyectos de ley que el Gobierno presente.»

Su autor la apoyó en breves frases, diciendo en su apoyo que las manifestaciones de la opinion aconsejan acentuar con toda urgencia la oposicion al Gabinete, cuyos actos no pueden inspirar á la izquierda confianza de ningun género; desvaneció los temores abrigados por el Sr. Moret de que, dada la situacion del partido, la oposicion enérgica que éste hiciese al Gobierno solo podia en estos momentos ser provechosa á los conservadores, y concluyó manifestando que, en su con-

cepto, una oposicion decidida, firme y sin tregua á los actos del Gobierno es la única conveniente á los intereses del partido.

La noticia de que esta proposicion habia sido aprobada causó profundo desaliento en los ministeriales, poco resueltos á aceptar de buena fé la libertad, y que, por no desmentir su abolengo fusionista, vacilan hoy en pasarse decididamente á la izquierda, lo mismo que vacilaban ayer en ponerse á las órdenes de Cánovas.

Fuera de esto, y pasando á verlo que en el Congreso ha hecho el Ministerio, hay que reconocer que—á parte del señor ministro de Ultramar—ninguno de sus compañeros de Gabinete ha respondido todavía á la esperanza que hizo concebir su elevacion al Ministerio. El Sr. Nuñez de Arce, manifestándose decidido á llevar á cabo grandes reformas en la hacienda ultramarina, á conseguir la asimilacion del régimen peninsular, y á cumplir las leyes abolicionistas, ha merecido bien de la patria, bien de los procedimientos liberales y bien de la humanidad por la liberacion de los 30 000 esclavos que, gracias á sus buenos oficios, han dejado de serlo. La prensa unánime ha tributado al Sr. Nuñez de Arce el aplauso que tal acto y tales propósitos merecen; en este coro unánime de alabanzas, no ha de ser LA AMÉRICA la última ni la menos entusiasta. Desde nuestras modestas columnas enviamos al señor ministro de Ultramar el aplauso sincero y el tributo de admiracion á que se ha hecho acreedor.

La calma del Congreso, pocas veces turbada durante la quincena, se turbó estos últimos dias con un grito de indignacion arrancado á la conciencia pública por un hecho verdaderamente escandaloso. Durante la dominacion carlista hubo en Ansoátegui un Ayuntamiento faccioso que hizo gastos, levantó empréstitos y con trajo deudas. Desaparecieron los rebeldes concejales ante las conquistas del ejército liberal, y pasó el tiempo borrando las manchas sangrientas que cubrian aquellas montañas siempre verdes, como abonadas con sangre leal y buena. Callaron en los primeros momentos del triunfo los acreedores y aguardaron ocasion propicia para presentar sus créditos. La division de las fuerzas liberales, dando margen á que resultase elegida una diputacion compuesta en su casi totalidad de elementos carlistas, ha traído la situacion tan anhelada, y hoy el actual concejo de Ansoátegui se ve bajo el peso de esa deuda contraída para dar armas y fuerza á los rebeldes partidarios de D. Carlos.

Un juez ha decidido la demanda en contra del Ayuntamiento; la Diputacion exige á éste el pago

de las cantidades que se le reclaman, y en tan apurado trance, el Ayuntamiento de Ansoátegui, y el partido liberal de las Provincias Vascas, y el del resto de España, acuden con su queja al palacio de la Representacion Nacional, invocando, por boca del Sr. Allende Salazar, la justicia de su causa y pidiendo una solucion que evite tamaña indignidad.

¿Qué ha contestado el Ministro de la Gobernacion á las escitaciones del Sr. Allende Salazar? Evasivas, vaguedades, nada concreto, nada definitivo, nada, en fin de lo mucho que la justicia tenia derecho á esperar de él.

En resumen: la situacion interior sigue en el mismo estado que la dejamos hace quince dias. Esperanzas de que el Sr. Sagasta adopte decididamente una política liberal, recelo de los centralistas, desconfianzas de la izquierda. Ningun hecho que dé luz bastante para entrever el porvenir de esta situacion contenida entre los temores á la democracia y las aficiones á la reaccion.

Grave, muy grave, es la crisis por que ha atravesado la República francesa. El período transcurrido desde que el príncipe Napoleon publicó su malhadado Manifiesto, debe quedar impreso eternamente en su memoria, para hacerla más precavida en adelante, para darle más firmeza en el juicio, más serenidad en el ánimo, y fortalecerla contra las impresiones del momento, malas consejeras cuando se trata del poderío de una gran nacion. Nunca, como ahora, se ha hecho notar la falta del gran tribuno, cuya voluntad omnimoda mantenía encerrados en estrecho cauce los desvarios de los pretendientes y las exigencias de los revolucionarios.

Realizáronse, punto por punto, los temores que abrigaban los fieles amantes de la República, al cerrar nosotros la crónica de la última quincena; rechazó el Senado el proyecto contra los príncipes, y presentóse, amenazador y terrible, el conflicto entre ambas Cámaras, con su cortejo indispensable de heridas de amor propio y de rivalidades mal dormidas. Enfermo el nuevo presidente del Consejo, Mr. Fallieres, quedó falto de su jefe aquel Ministerio formado á consecuencia de la proposicion Floquet, y que no era ni podia ser en modo alguno resolucio definitiva de la crisis. Dias de prueba los transcurridos en buscar soluciones al conflicto, en acallar las pretensiones de los unos y los antagonismos de los otros, en calmar la ola alborotada de las pasiones, que amenazaba invadirlo todo y dar al traste con la institucion á tanta costa mantenida. La vista más experimentada perdíase en aquel golfo insondable en que todas

las soluciones posibles aparecían como esfinges preñadas de problemas, y en que el porvenir solo se presentaba como continuación lógica de las desgracias del presente. El Ministerio insistía en su dimisión, y la crisis iniciada por el Gabinete Duclerc puede decirse que no adelantaba un paso, pues en nada facilitó el camino el nombramiento de Mr. Fallieres.

Y no es seguramente porque no comprendieran todos cuantos por la institución republicana se interesan, que tantas vacilaciones, tantas actitudes contrarias, tanta lucha de pasiones opuestas y tantos puntos de vista diferentes, dañaban en gran manera a la república, regocijando a sus enemigos. Universalmente se reconocía la necesidad de una concordia, lo imprescindible de una concentración que presentase fuerzas unidas y compactas, capaces de imponerse a esos pretendidos reyes y príncipes, soñadores que se imaginan ver en donde quiera un trono ideal y un reino imaginario; todos convenían en que la situación no podía prolongarse, en que la república caminaba a un abismo, en que la reacción adquiría la fuerza que iba faltando a los republicanos; pero todos también comprendían que ante el conflicto de ambas Cámaras, tan comprometido era colocarse bajo el punto de vista del Senado, harto conservador, como bajo el del Parlamento, harto intransigente. En la conciencia de todos estaba la precisión de la alianza; faltaba la fórmula, y la fórmula se encontró.

¿Quién la trajo? Los hechos. ¿De dónde vino? De aquella lucha reñidísima de intereses distintos y aun opuestos. La guerra misma espantó con sus horrores a los combatientes y los hizo anhelar la paz y trabajar por conseguirla. Lo que no se pudo obtener en tantos días, a través de tantas contrariedades, se halló por fin. Tras la deshecha tempestad, el iris de calma tendió en el cielo sus bellos colores, y los republicanos sufrieron, sin confesarlo, esas presiones inauditas de la opinión cansada de tan inútiles reyertas, de tan irreflexivas disensiones, de tantas crisis, que no eran sino continuación unas de otras y que unas a otras se engendraban como las cabezas de los dragones fabulosos y las hidras mitológicas; las fracciones todas de la Cámara se unieron por fin en abrazo estrecho, acordando olvidar sus pasados extravíos.

El arreglo fué entonces posible, y Mr. Julio Ferry, el enérgico ministro de las leyes de Mayo, recibió de Mr. Grevy el encargo de formar Ministerio. Este Ministerio gobernará con el apoyo de la democracia francesa, y llevará a buen fin la obra redentora de la libertad. El Senado no puede desconocer el alto sentido político que le ordena apoyar la gestión del nuevo Gabinete; pensar de él otra cosa sería suponerle empeñado en la perdición de la República y afanoso de esas oscuridades y confusiones que más allá de esto se entretienen.

Es innegable la importancia que estos hechos revisten, y si, como todo lo hace esperar, la concordia es duradera, pueden darse por bien empleadas las largas horas de duda, los días de sufrimiento. El efecto que con su Manifiesto quería causar en la opinión el príncipe Jerónimo, ese Felipe Igualdad de los Napoleones, resulta absolutamente contrario a su propósito; intentó dar un golpe a la República, y la ha hecho más y más fuerte, porque ha provocado en ella esa unión de todas las fuerzas republicanas, ocupadas antes en destrozarse en estériles contiendas intestinas, y empeñadas ahora en la consecución de la obra común y la realización de los mismos ideales. Grande y provechosa enseñanza pueden también sacar de esto los republicanos. Durante un momento, y mientras ellos, aturdidos un momento, se dividían en contrarios grupos, el pretendiente acreció sus pretensiones, llegó a alimentar esperanzas, los enemigos de la República empezaron a acariciar la idea del codiciado triunfo; pero apenas se ha verificado esa concentración de tan largo tiempo reclamada, desvanécense como fantasmas que engendró la pesadilla esas esperanzas, esos caducos ideales, y vuelve serena y poderosa la República a presentarse como lo que es en realidad: la esperanza, la fé, la libertad, la honra de la Francia.

Que no se olvide allende el Pirineo el espectáculo que ha ofrecido la trabajosa historia de estos días. Los enemigos de la República no son fuertes más que por la debilidad de esta institución. Afánense allí los hombres de buena voluntad en hacer fuerte a la República, y dejen a los príncipes que aún sueñan con restauraciones imposibles; déjenlos acariciando sus aspiraciones, de todo punto inofensivas; recibiendo tratamientos que resultan imaginarios, homenajes de una corte tan fantástica como fantástico es su reino. Si con tan poco se contentan, ¿a qué impedir su felicidad? Si desconocen los verdaderos sentimientos de la sociedad en que viven, si no reconocen la institución bajo cuyas leyes se amparan, a cuya sombra se mueven, y viven, ateos políticos que niegan la existencia del sol que los alumbraba y del aire cuyos efluvios dan vida a sus pulmones, si tienen ojos y no ven, como aquellos de quien habla la Escritura, ciegos que guían a otros ciegos por medio de senderos tortuosos y difíciles, déjales que prosigan su camino, y algún día tendrán que admitir como dogma indiscutible esa forma republicana que hoy se afanan por atacar.

La crisis francesa causó profundo disgusto en

nuestro ánimo; su solución ha regocijado en extremo nuestro espíritu. Que tales son las vicisitudes de la vida, y tales las leyes que gobiernan el mundo moral como el mundo físico: siempre se ve la luz brotando de las tinieblas, la calma de las tempestades, y el acorde y la armonía de la confusión y el desorden.

Presentado ya a la Cámara el nuevo Ministerio, Mr. Ferry, en nombre de sus compañeros de Gabinete, leyó una breve declaración que fué acogida con grandes aplausos y objeto de muchos elogios: en ella expone la conducta que quiere seguir, reducida a demostrar que «la República, segura del día de mañana, está basada sobre tres cosas, que son: el buen sentido, el trabajo y el amor al progreso.» En el interior, dará una prueba de energía y al propio tiempo satisfará a la opinión que lo reclama, dejando de reemplazo a los príncipes que sirven en el ejército, y armará a la República contra las facciones, cualesquiera que sean, que puedan constituir una amenaza al orden; resolverá en corto plazo las cuestiones pendientes que interesan a la magistratura y al ejército, y afirmará sobre bases estables y duraderas el protectorado de Túnez. En el exterior, se propone seguir una política pacífica, pero que mantenga a Francia en el rango que le corresponde para facilitar su misión.

Ante este Gobierno, con tal fuerza de vida constituido, pobre adversario es el príncipe Jerónimo, y no hay que pensar en él. Poco, también, significan esas reconciliaciones con la ex-emperatriz, esa cohesión dada a los imperialistas, esa formación de un solo partido bonapartista, que vendría a sostener como legalidad el célebre plebiscito. Sacado por un momento de la oscuridad en que se debatía, el príncipe Napoleón volverá a ella, y si es desterrado podrá darse aire de personaje temible para Francia, en el país a que vaya a fijar su residencia. Hé aquí todo. La República seguirá su marcha ordenada al porvenir, y las sombras de Thiers y de Gambetta, las de los mártires del funesto 2 de Diciembre y de todos los que al triunfo de ese ideal se han sacrificado, podrán dormir tranquilos en sus sepulcros, sin miedo a que la dictadura militar o la reacción potente vengan a destruir la obra tan laboriosamente realizada.

Reanudóse la vida parlamentaria inglesa en la última quincena, y la reina Victoria abrió las Cámaras, leyendo el lord canceller el acostumbrado discurso de apertura, importantísimo por los puntos que abraza y el programa que desarrolla.

Empieza hablando de Egipto, y luego de dar las gracias al ejército que combatió en el vireinato y que supo restablecer el orden, la tranquilidad y la autoridad del jedive en aquel país, añade que el Gobierno no descansará un momento y hará todo género de esfuerzos para plantear nuevas soluciones en Egipto, que tiendan, tanto a asegurar el orden, como a hacer gozar al pueblo de los beneficios de un gobierno autónomo, sin perder por eso nunca de vista los intereses de las naciones europeas en esta cuestión, ni desatender las reclamaciones que cualquiera de ellas pudiera formular; para lograr esto, el Gobierno inglés cuenta ya con el asentimiento de las grandes potencias y piensa emprender con el sultán de Turquía negociaciones que den por resultado determinar la suerte futura de su soberanía en Egipto. Habla también del canal de Suez en el sentido de la neutralidad absoluta de aquella importante vía de comunicación, pero hace caso omiso de la disuelta intervención anglo-francesa. Y termina la parte que se refiere a los asuntos exteriores, dando cuenta de la restauración de Cettiwayo y considerando este hecho como tendiendo a asegurar la paz en la región austral de África, y por lo tanto, en la colonia inglesa del Cabo de Buena Esperanza y en los países vecinos, sobre los cuales ejerce la Gran Bretaña un protectorado más ó menos directo. En cuanto a la situación interior, después de ofrecer la presentación de algunos proyectos que, como el de la formación de un tribunal de apelación y el referente al Código penal, son esperados hace tiempo; pasa a hablar de los asuntos de Irlanda, pero no en el sentido que se hubiera podido esperar, es decir, no prometiendo grandes trabajos y adopción de medidas para remediar los males de aquella isla, sino para recordar al Parlamento que, puesto que en las dos pasadas legislaturas las Cámaras no se han ocupado casi en nada más que en cuestiones de Irlanda, parece llegado el momento de fijarse en otras regiones del Reino Unido que se hallan necesitadas de ello, lo cual parece probar que el Ministerio Gladstone tiene fé ciega en sus medidas extraordinarias sobre Irlanda y piensa dejar a ésta y a aquellas que maduren y den los frutos que son de esperar.

Ninguna de estas cuestiones, como se vé, entraña gravedad política suficiente que dificulte la marcha regular de los debates y pueda provocar un conflicto para el Gobierno; pero hay que contar con la oposición irlandesa, con el pequeño grupo de «home rulers» que a toda costa buscarán ocasiones de entorpecer la acción de M. Gladstone con sus proyectos atrevidos y sus proposiciones imposibles. Y no son estas conjeturas nuestras más ó menos fundadas, sino realidades que diariamente dan confirmación los telegramas y

correspondencias que de Inglaterra se reciben. Por lo pronto, ya se habla de un debate que piensan provocar acerca de la política general del Gobierno en Irlanda; en el curso de este debate censurarán la forma en que el Gabinete ha aplicado la ley destinada a impedir la comisión de los crímenes agrarios; y si se votan para Inglaterra y Escocia las reformas electorales presentadas por el Gobierno, tanto M. Parnell como sus amigos, están dispuestos a pedir que esas reformas se extiendan a Irlanda.

Grande, pues, ha de ser el trabajo del Ministerio durante la presente legislatura; y ha hecho bien M. Gladstone en seguir los consejos de su médico, y separarse por breve espacio de la vida activa para consagrarse a reponer sus fuerzas, que de ellas ha de tener gran necesidad en la contienda que se prepara.

Uno de los puntos principales que se van a tocar, se refiere a la abolición del juramento. Si el proyecto del Ministerio se aprueba—y se aprobará sin duda alguna—los diputados libre-pensadores no tendrán que transigir con sus conciencias si quieren desempeñar el cargo para que han sido designados por el pueblo. Bradlaugh, el célebre Bradlaugh, podrá, por fin, y después de reñida lucha, ocupar en el Parlamento el puesto honroso que le designaron sus electores. Esta disposición del Gobierno, conocida de todos, ha hecho cambiar de carácter la imponente manifestación que los admiradores del famoso diputado tenían dispuesta para el mismo día de la apertura de las Cámaras. Habíase anunciado la celebración de un *meeting* que tenía por objeto pedir al jefe del Gobierno que buscara un remedio al mal que todos deploraban, para que no se diese el caso de rechazar nuevamente a Bradlaugh, atacando así la libertad electoral de los que en él depositan su confianza. Cincuenta mil personas acudieron al acto, llevando la representación de 171 ciudades del Reino Unido, y todas ellas como una sola, votaron la proposición que había de elevarse a M. Gladstone. Hoy se trata de un distrito—dijo uno de los oradores—mañana puede ocurrir en otro el mismo caso. La causa, pues, no es particular a una población, es general para toda la vieja Inglaterra.

M. Bradlaugh, que pronunció un breve discurso para dar gracias a los manifestantes y exponer la cuestión bajo el punto de vista que él la considera, se retiró a su casa donde, fiado en los propósitos del Ministerio, esperará la decisión del Parlamento, evitando así los nuevos escándalos a que, seguramente, daría lugar su nueva presentación en la Cámara de los Comunes. Terminado el acto, las 50.000 personas que habían concurrido al *meeting*, se dirigieron a la plaza de Wertminster, donde se reúne el Parlamento, y sin el menor desorden se retiraron después, habiendo causado gran sensación con su actitud en el ánimo de los diputados, y hecho más que muchos discursos elocuentes en pró de la abolición del juramento.

En cuanto a los asuntos de Irlanda, el proceso que actualmente se juzga en Dublin, notable por las declaraciones de uno de los testigos, el antiguo consejero municipal Carey, atrae particularmente la atención pública que ya se cree sobre la pista de una vasta asociación de asesinos que ordenaba las matanzas y designaba las víctimas a los criminales que obedecían sus feroces mandatos. Sin embargo, aún no se ha adelantado nada en el descubrimiento de los verdaderos criminales, y los partidarios de la *land league* se atanan por desautorizar al delator, cuyas declaraciones son, en su concepto, habilidosos manejos para eludir la acción de los tribunales y confundir a la policía.

Las noticias que se reciben del Sudan son bastante malas. Bara, fortaleza muy próxima a Kartoum, ha caído en poder del falso profeta; si, como se teme, Obeid sigue la misma suerte, habrá que reconquistar todo el Sudan. Y como no es posible contar solamente con las fuerzas egipcias—ya derrotadas por los rebeldes—para fin de tanta importancia, de estas noticias, quizá abultadas por el miedo, sacan partido algunos diarios para oponerse a que se retire del Egipto un solo soldado mientras haya el menor recelo de que puede alterarse la paz en todo el vireinato.

La conferencia internacional reunida en Londres para el arreglo definitivo de la navegación por el Danubio ha inaugurado sus trabajos con una arbitrariedad: no otorgando a Rumanía, principal interesada, como todos los Estados danubianos, sino voto consultivo. Rumanía, y lo mismo la Sérvia y el Montenegro, protestaron de esa injusta medida que les obliga a cumplir acuerdos en que no se les deja tomar parte, no obstante tratarse de puntos de tan vital interés para ellas; pero la fuerza es todavía la única soberana en este mundo en que el débil parece un pária nacido sólo a padecer en silencio, y a dejarse absorber por los que pueden más que él, y la protesta no ha sido escuchada, ni la reclamación atendida.

La Sérvia y el Montenegro, ante la ineficacia de sus ruegos, se han sometido; Rumanía se niega en absoluto a admitir la disposición autoritaria, y su representante ha declarado la no conformidad de su país con todo cuanto se acuerde sin que él tenga su parte en las deliberaciones. Esta digna actitud de Rumanía quita mucha importancia a los acuerdos de la conferencia, pues éstos no podrán llevarse a cabo fácilmente si el antiguo

principado se niega á reconocerlos. La opinion de la prensa europea es unánime en favor al derecho indiscutible de los rumanos; y si la simpatía pudiese cambiar la decision, tan poco lógica, de los conferenciantes, Rumanía tendria ganada su causa. Aun no seria grande la oposicion que encontraria en la mayor parte de las potencias reunidas; pero Rusia se opone formalmente, y el deseo de evitar todo motivo de disgusto, hace que las demás conformen su parecer al del imperio moscovita. Los estudiantes rumanos establecidos en París, han dirigido una carta al diputado Clemenceau pidiéndole que Francia apoye las pretensiones naturales de su patria. Con este motivo, los periódicos radicales excitan al Gobierno para que interponga su influencia en el asunto y ponga su veto á la injusticia, impidiendo ese dominio absoluto que Austria-Hungría, es decir el germanismo, pretende ejercer sobre una vía fluvial tan importante como el Danubio, que es, á la vez, la única vía comercial que poseen los antiguos principados danubianos.

**

Después de tantos meses de turbacion y malestar, parece haberse inaugurado una nueva era para Rusia. Desaparecieron ya —segun se desprende de las noticias que del apartado imperio llegan— aquella situacion incomprendible, única en la historia, y aquel espectáculo, más propio de fabuloso castigo, que de realidad viva, de un emperador poderoso y tenido prisionero dentro de un alcázar, rodeado por todas partes de asesinos, perseguido constantemente por la sentencia de muerte que diariamente se encontraba á la puerta de su cámara de dormir, junto al plato en que iba á comer, sobre el lecho en que se preparaba á descansar de la intranquilidad del día. Donde quiera la sospecha, donde quiera la amenaza, donde quiera aquellos decretos lacónicos y terribles del llamado poder ejecutivo, donde quiera aquel pálido fantasma del nihilismo, armado de puñales, agitando teas incendiarias sobre su cabeza, señalándole en pavorosa vision el cadáver de su padre muerto á manos de la justicia popular.

Como si un aura benéfica hubiérase llevado lejos, muy lejos, los miasmas repugnantes que envenenaban la atmósfera dificultando la respiracion, la tranquilidad renace en el ánimo del emperador, siéntese ya seguro de su pueblo, olvida sus añejos terrores, destierra sus antiguas ideas y quiere hacer olvidar sus pasadas debilidades. Ya el miedo que antes le preocupaba le deja ahora libre espacio para pensar, y piensa que, emperador de hecho, no lo es aun de derecho y no lo será mientras no cumpla la imponente ceremonia que le exige la tradicion, mientras no se corone en Moscú como todos sus antecesores, mientras el pueblo no vea sobre su frente el óleo con que unge el Señor á los que elige para soberanos de las naciones. Y como ya ha desaparecido todo riesgo, como ya el peligro antes tan temido parece ahora imaginario y más bien hijo de la preocupacion que todo lo abulta que de la realidad que todo lo vé tal cual es, y nada más que tal cual es, dispónese lo necesario para la gran fiesta que ha de verificarse en el palacio del Kremlin, diríjense invitaciones á los monarcas europeos, y se acuerdan fastuosas recepciones y se preparan suntuosos alojamientos, y el mismo Czar Alejandro III dirige un Manifiesto al pueblo ruso participándole su deseo de celebrar, por fin, el acontecimiento tantas veces aplazado, y exponiendo la razon de estos aplazamientos sucesivos.

No es que temiera un atentado; no es, como se dijo continuamente, que la policia misma de San Petersburgo se declarase impotente para guardar la sagrada persona del emperador; no es que le pareciera poco firme el apoyo de su pueblo, y débil el valor de sus soldados para arrostrar las iras del partido revolucionario; nada de eso. Es que ante el yerto cadáver de su padre asesinado, ante la agitacion extrema de su imperio, conmovido por tan espantosas convulsiones sociales, juró no considerarse emperador mientras no acabase con el nihilismo. Hoy que el nihilismo ha muerto, —así lo cree el Czar, —quiere ser ungido como sus antepasados, y antes de serlo lo anuncia á su pueblo marcándole la fecha memorable, el improrogable plazo á cuyo término irá al Kremlin á pedir á Dios la consagracion de su derecho indiscutible. Esto dice el Czar, y esto aparenta creer el pueblo; pero, queriendo engañarse uno á otro, se engañan ambos. El pueblo no puede olvidar que su emperador ha tenido miedo á la revolucion; el Czar no puede dejar de reconocer que la revolucion le ha hecho temblar.

Pero sí, es cierto, el nihilismo no da ya señales de vida, no espanta á las gentes con sus atentados, ni las sorprende con sus audacias increíbles; el nihilismo, hoy por hoy, parece muerto, y no es ser muy optimista creer que el pueblo ruso va á recobrar su perdida tranquilidad, y á entrar en la corriente de los pueblos civilizados.

¿Y cuál ha sido la causa de este cambio tan repentino? ¿Qué ha bastado á transformar los terrores en confianza, los odios en expresiones de cariño? Simplemente el abandono de la política suicida iniciada por los Gobiernos moscovitas; un asomo de libertad dado al pueblo; el propósito de emprender decididamente el planteamiento de unas cuantas reformas por tanto tiempo inútilmente reclamadas. Lo decíamos sin cesar, porque así lo creíamos; lo diremos siempre porque tal es

nuestra firme conviccion: no se combate á la revolucion con el despotismo, se la domina con la libertad. Libertad, libertad, mucha libertad para los pueblos. ¡La tiranía es el error, es la ignorancia, y al abrigo de estas dos sombras densísimas se cometen todos los crímenes! Dad libertad, ilustracion al pueblo, y esos crímenes no serán ya posibles. Si nuestro sistema necesitara ejemplos en qué apoyarse; si Dios no lo hubiera escrito con rasgos indelebles en nuestra alma, el espectáculo que ayer ofrecia la Rusia entregada á los despóticos ministros de la reaccion intransigente, y el que hoy presenta entregada á un Gobierno que promete libertades y reformas, será la confirmacion de nuestra creencia. Pero no, no necesitamos esa prueba material para creer, para tener fe en nuestros puros ideales de libertad y de justicia. Si aprovecha la leccion, aun pueden ser felices el imperio y el Czar Alejandro III; si desoyen la provechosa enseñanza de los hechos, á nadie culpen si vuelve el crimen á señorearse en el palacio de los emperadores y tornan el puñal y la dinamita á ser jueces supremos nombrados por los pequeños para juzgar las injusticias de los grandes.

**

Como habrán tenido ocasion de apreciar nuestros lectores, somos parcos en conceder en nuestra Revista General un espacio á sucesos ajenos á su índole política; pero no podemos prescindir de hacerlo algunas veces, pues hay acontecimientos de tal magnitud que afectan un interés general. Uno de estos es, seguramente, la muerte de los grandes hombres, que cual peregrinos de más altas esferas atraviesan este mundo dejando en él un reguero de luz inefable como huella de su paso, y son como enviados celestes que vienen á levantar el ánimo abatido de los que dudan, á fortalecer á los que creen, y á hablar á todos de algo superior al hombre y que al hombre se oculta tras las serenas inmensidades del infinito.

Ricardo Wagner era uno de estos seres extraordinarios, y si alguien merece el nombre de génio creador, es él sin duda alguna. Inventor de un género de música, rompió las trabas de la tradicion y, como es natural, se atrajo grandes odios y se captó valiosos enemigos; pero indiferente á las burlas, indiferente á los ataques, con esa tenacidad que sólo á los caracteres excepcionales es dado poseer, siguió el camino que desde el principio se trazara y á cuyo término entrevió la gloria, sin que los gritos desacordes de los génios desconocidos llamaran por un instante su atencion. Su vida fué la de todo hombre de talento; en los primeros años de su vida tuvo hambre, se vió obligado á copiar música para subvenir á sus necesidades, pero no desmayó un solo momento. Quería llegar y llegó. El público que silbó su primera ópera *La novicia de Palermo*, vióse obligado á aplaudir *Rienzi*, *Tanhausser*, *Lohengrin*. Quizá no haya habido música más discutida que la suya, mas no importa: esa música cuyo valor parecen no comprender algunos todavía, tomará la revancha, y el porvenir reserva una hermosa corona de laurel al célebre compositor de Bayreuth.

Su última obra ha sido *Parcival*, estrenada en su teatro el verano último. Los aplausos que á esta obra se han tributado fueron los últimos que, como un adelanto de glorias, sonaron en los oídos del maestro. Era poeta, y escribía por sí mismo los libretos de sus óperas, consiguiendo así lo que otros persiguen tan inútilmente: la identificacion absoluta de la letra y de la música para componer la obra artística; era crítico inteligente, y defendía en la prensa sus concepciones rebatiendo, uno tras otro, los cargos que le hacian sus detractores.

Ha muerto de un ataque al corazón, rápidamente, en breves horas. La idea de morir, que desde algun tiempo atrás le perseguía, se le presentó de pronto, arrebatándole el conocimiento. En Venecia, la bella, la poética reina caída del Adriático, exhaló su último suspiro rodeado de toda su familia. Tenia setenta años.

Catorce lustros de lucha, de penalidades, de sufrimiento, de derrotas que desaniman, de victorias que á veces hacen padecer más que la derrota misma, y todo ¿para qué? Para dejar un nombre á la historia, y unas notas á la posteridad... Ante la muerte de estos hombres, que son más bien voluntades encarnadas en cuerpos humanos, el más pequeño se siente grande, el más humilde alza la vista al cielo y mira al sol de frente. Todo cuanto le rodea es más fuerte que él, es verdad; pero nada de cuanto vé le muestra ese aliento gigante, ese poderoso espíritu, esa fé que trastueca las montañas, ese pensamiento que escala las alturas más inaccesibles. Sí, verdaderamente, hay que concederle: el hombre es la mejor obra de Dios.

Hoe.

PROBLEMAS PENITENCIARIOS.

(DISCURSO LEIDO ANTE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.)

«Esperamos haber logrado convencer á los hombres reflexivos de que toda legislacion penal vigente, construída sobre esas inexactas teorías, dista tanto del ideal del derecho cuanto el presente grado de civilizacion lo permite; merced á lo cual carece, no sólo de interior unidad y consecuencia, sino de humanidad y verdadera justicia, que no

pueden menos de faltarles dada su oscura vaguedad en lo tocante á la propia y peculiar mision de toda penalidad justa (1).» Apreciones semejantes á éstas sobre la singular novedad y la extraordinaria trascendencia de sus teorías se encuentran á cada paso en los escritos de Roeder.

Y tan convencido se muestra de que le ha tocado la tarea privilegiada de renovar por completo el derecho penal, revelando sus fundamentos filosóficos desconocidos en todas épocas y por todos los filósofos, todos los juristas y todas las legislaciones, que sólo puede explicarse como aplicacion anticipada ó presentimiento de su doctrina las mejoras antes realizadas. Hablando de la teoría de la intimidacion, dice: «Hasta tanto que este espíritu no sea claramente reconocido y abandonado por completo como espíritu de injusticia, sólo por un recto presentimiento de la verdad se explica que la inmensa mayoría de esta clase de penas, tales como el martirio, la mutilacion, la marca, la picota, los azotes públicos, etc., etc., hayan caído en desuso.» Más adelante, refiriéndose á la supresion de los suplicios con que antes era agravadada á menudo la pena de muerte, añade: «Reforma que descansa sin duda en un recto presentimiento del verdadero derecho, pero que olvida que este mismo presentimiento reclama en realidad la supresion de toda pena de muerte, no únicamente de la agravada por un bárbaro refinamiento.» Y más adelante vuelve á decir, encamionando la teoría correccional, su propia doctrina: «El presentimiento de esta verdad por nuestros contemporáneos ha suprimido ya las consecuencias más rigorosas de la antigua y salvaje concepcion de la pena como suplicio, los innumerables tormentos y atrocidades aplicados á nuestros hermanos culpables y en que nuestros antepasados sólo veían penas merecidas y necesarias, haciendo ya hoy reinar casi exclusivamente las penas de libertad que, cumplidas de una manera racional mediante el aislamiento, contienen manifiestamente el medio más adecuado al verdadero fin de la disciplina tutelar y correccion reparadora del delincuente, reducido á la condicion de menor.» (2) Podria aumentar fácilmente el número de citas semejantes, que demuestran en Roeder la persuasion, no sólo de que renovará con sus trabajos jurídicos para los tiempos venideros el Derecho penal, sino de que únicamente adivinándole y presintiendo se ha podido hacer antes algo bueno. Los apologistas de Cristóbal Colon le atribuyen con justicia, además de la gloria entera de sus propios hechos, una parte principal de la correspondiente á los de Hernán Cortés, Vasco Núñez de Balboa, Magallanes y otros sucesores suyos; pero ninguno reclamará para él la gloria de los viajes de Marco Polo ú otros antecesores. Roeder se considera en distinto caso. No se ostenta como el descubridor, sino como el redentor de un mundo en materias de derecho. Los que le sigan serán sus apóstoles y sus discípulos; los que le hayan precedido, eran sus profetas y sus precursores.

Entre tanto, su predicacion de más de treinta años ha sido semilla que sólo en algunos pocos terrenos por excepcion ha germinado. El mismo nos dice en cuántos y en cuáles. Consignando que no ha logrado tanto éxito como deseaba para sus novedades sobre la doctrina penal, y sobre reformas radicales en la ejecucion de las penas, añade como para consolarse: «Sin embargo, nuestros esfuerzos en ambos sentidos no han dejado de hallar alguna acogida, especialmente en el extranjero, y sobre todo, en Holanda y España.» Y tratando de su tema predilecto sobre si la pena es un bien ó un mal, dice: «Tambien en Portugal, España y Java ha hallado reconocimiento esta verdad (3).»

La explicacion de que en nuestra patria se ha ya hecho de las teorías de Roeder más caso que en otras partes, no me parece difícil de encontrar. Esas teorías, ménos originales en sus fundamentos de lo que su autor presume, no son más que la consecuencia lógica de las doctrinas que reducen ó anulan por completo la importancia y los derechos del Estado para engrandecer hasta lo absoluto los derechos del individuo. Y en ningun otro país fueron tan desconocidos y negados en el presente siglo los derechos del Estado como lo han sido en España por individualistas y federalistas.

No trataré aquí de exponer la naturaleza del Estado, ni de impugnar á los que le niegan sus cualidades esenciales. No cabe ese trabajo dentro del plan de este discurso, y en todo caso me estaria vedado por la consideracion de que en el de su recepcion en esta misma Academia lo desempeñó ya magistralmente, agotando la materia con profundo y prolijo análisis, un ilustre pensador, cuya voz se va á oír aquí hoy tambien (4). Basta á mi propósito haber observado que Roeder y sus discípulos no han hecho otra cosa que afrontar la repugnancia del sentido comun con paradojas que se derivan necesaria é inmediatamente de las teo-

(1) *Las doctrinas fundamentales reinantes sobre el delito y la pena en sus interiores contradicciones*: ensayo crítico preparatorio para la renovacion del derecho penal, por Carlos David Roeder. Traducido del alemán por Francisco Giner, profesor de la Universidad de Madrid, 1872.

(2) *Ibidem*.(3) *Ibidem*.

(4) Discurso leído ante la Academia de ciencias morales y políticas en la recepcion pública del Excmo. señor don Manuel Alonso Martínez el domingo de Enero de 1871.

rías individualistas. Estas encontraban en el Derecho penal una dificultad que parecía insuperable aun á los que no habian creído verlas en el político. Los Roederistas han osado negar esa dificultad, y pretenden arrebatarse al Estado hasta el derecho de penar, que creían necesario concederle, aun á costa de una evidente contradicción, los individualistas anteriores á Roeder, como se le sigue concediendo los que no se deciden á adoptar la doctrina de este escritor.

La cuestión, reducida á sus más sencillos términos, es la siguiente: Cuando un hombre comete un delito, y, por ejemplo, mata ó roba á otro hombre, ó ultraja á una mujer, ¿sucede algo que interese al derecho fuera del alma del criminal?

Roeder y sus discípulos dicen resueltamente que no. Si un foragido secuestra á una persona para exigir por ella crecido rescate, y la atormenta y es perseguido por la Guardia civil, y por las autoridades administrativas, y por los tribunales, y la familia de la víctima sufre en la fortuna y en la salud y en la vida de sus individuos, y la sociedad entera se alarma, y el secuestrado recibe muerte horrible del bárbaro criminal, y éste es por fin cogido, y si la impunidad sería evidentemente semilla fecunda de nuevos delitos semejantes, en todo eso no hay hecho alguno que castigar, escarmiento que hacer, justicia á que dar satisfacción. Ni en la víctima, ni en su familia, ni en la sociedad hay lesión alguna de derecho que reparar. Sólo hay en el delincuente una voluntad mala que corregir, y sólo en él un derecho que respetar y que satisfacer. Se le debe la pena para su bien personal exclusivamente, y con el único fin de que se enmiende. Solo por el cariñoso deseo de mejorar el estado psicológico del criminal llegan las naciones hasta exigirle unas á otras por medio de los tratados de extradición.

Todas las demás escuelas, antiguas y contemporáneas, con diversas teorías y con distintas denominaciones, han coincidido y coinciden en atribuir á la pena varios fines, aunque sin negar que entre ellos se cuente también, cuando sea posible, la enmienda del delincuente. Todas convienen en considerar lesionado el derecho por la perpetración del delito, no sólo en la conciencia de su autor, sino también en la sociedad y en la ley, y además en la víctima y en los otros ciudadanos. Para reparar el daño causado, es preciso, pues, que con respecto á la ley y á la sociedad se haga *justicia*; con respecto á la generalidad de los ciudadanos se haga *escarmiento*, y con respecto al delincuente, en los casos en que haya lugar á ello, se procure la *enmienda*.

De esos tres fines, el menos necesario, el menos esencial, el único de que se puede prescindir y de que se prescinde forzosamente á menudo, por la índole incorregible del criminal ó por la naturaleza de la pena que se le impone, es la enmienda. Con criminales que no se han corregido y no se corregirán, han existido y existirán siempre las sociedades humanas sin exceptuar las más cultas. Sin justicia y sin sanción penal, toda sociedad medianamente organizada es imposible. Y dígame á lo que se quiera, toda teoría que exija á las leyes y á las costumbres lo que no haya sido, ni sea, ni pueda ser practicable, es teoría inadmisiblemente absurda. Así como lo que no es racional no es real, lo que no ha sido, ni es, ni puede ser real, tratándose de legislación y de procedimientos judiciales y administrativos, no es racional. Cuando la idea de una necesidad ha existido siempre en el espíritu de todos los pueblos y cuando la satisfacción de esa necesidad ha sido imprescindible para la vida de las sociedades humanas en todos tiempos y circunstancias, con esa idea se forma la conciencia de la humanidad, que no es ni más ni menos que lo que de ordinario llaman las gentes el sentido común. Contra él no prevalecerán jamás utopías ni temeridades filosóficas. Delante de él han pasado y pasarán sin quebrantarle los sistemas que lo niegan. Toda lucha entre cualquiera escuela y el sentido común; tendrá siempre en definitiva el mismo éxito, porque será batalla reñida entre una mortal y un inmortal.

Y entre las cosas que toda sociedad humana ha creído con invariable y eterno pensamiento al tener la conciencia de su vida propia y de su derecho á vivir, vida y derecho distintos de los personales de los individuos y de la suma de los individuales, está la idea del castigo con sus fines de restablecimiento del orden social perturbado por el delito, y de intimidación, prevención, advertencia ó coacción para que el delito no se cometa por primera vez ó no se repita. En hora buena se complazcan algunos escritores en notar que se ha tenido por lícito en determinados tiempos ó pueblos lo que otros han estimado como opuesto al derecho natural. Esas diferencias de apreciación no han llegado jamás á alterar las nociones fundamentales de la pena, juzgada y sentida siempre como indispensable para la expiación de los delitos cometidos y para impedir los muchos más que sin ella se cometerían.

Los discípulos de Roeder, ó los correccionalistas, como se llaman á sí mismos, para oponerse á todo lo que sea prevención, intimidación ó escarmiento, alegan y repiten que no es justo convertir el criminal en instrumento para que los demás sean buenos.

A su modo y en su medida, sirven de instrumento para la conservación y para el restablecimiento del orden social otros que no son los auto-

res de los delitos. Entre ellos hay que contar, á parte de los jueces y demás funcionarios públicos, al contribuyente y al soldado, á quienes se exigen sacrificios de todas clases. El contribuyente obligado á trabajar para que con porción considerable del producto de sus sudores se construyan prisiones, tan costosas como necesarias, y el soldado que pasa la noche en vela á la puerta de una tesorería para ahuyentar á los ladrones, ó hace centinela en la esquina de una penitenciaría para que no huyan los asesinos, ó corre por los campos y las sierras persiguiendo secuestradores, tienen á menudo que sufrir más privaciones, fatigas y riesgos que los penados y son instrumentos para que en éstos se realicen los fines sociales, con la circunstancia importante de no serlo por culpa propia. Ciertamente sería injusticia intolerable tomar á los delincuentes por instrumentos para obtener buena conducta en los demás, si eso se hiciese por arbitrariedad caprichosa. Pero el delito impune es una lesión del derecho y un trastorno del orden social; y para restablecer el orden y el derecho, es preciso suprimir la impunidad; y la impunidad no se puede suprimir sino castigando al delincuente. Esto es incuestionable; por lo menos, tiene que serlo hasta que un nuevo sofista, exagerando un poco más la doctrina de Roeder, pretenda que la impunidad se ha de suprimir castigando al juez ó á otro representante del Estado en vez de imponer pena al criminal.

Consecuencia lógica de la teoría correccionalista sería no reducir á prisión ni sujetar á castigo á los hombres incorregibles, á la manera que el médico, cuya asistencia se solicita para la cura de una oftalmía ó de un brazo roto, no es llamado ya por el que definitivamente se queda ciego ó con el brazo amputado, ó con otra enfermedad ó mutilación incurable. De esta objeción se desembarazan los discípulos de Roeder sosteniendo que no puede afirmarse que haya criminales incorregibles. La estadística penitenciaria de todos los países prueba constantemente lo contrario; y ante esta demostración de la experiencia universal, se refugian en consideraciones de otro orden, por muchos de ellos tratado de ordinario con desdén, y declaran que no es cristiana la idea de que una persona no sea siempre capaz de enmienda mientras viva.

El cristianismo, en efecto, encierra grandes esperanzas. Lacordaire ha dicho: «Tomad un hombre que haya pasado por todos los grados del crimen... Pues bien; un día, sin causa aparente, se formará en el fondo de ese corazón desesperado una sola lágrima que subirá á lo largo del mismo corazón, y pasará por los caminos que Dios ha hecho para ir hasta sus ojos marchitados, y caerá sobre sus mejillas, y lavará en un minuto todas las manchas de esa alma.» De estas consoladoras promesas está llena la doctrina cristiana; pero los correccionalistas no encontrarán en el Evangelio ni en toda la Patrología ninguna de tres cosas, que les hacen falta para justificar su objeción: ni que el cristianismo crea en la enmienda de todos los pecadores; ni que rechace las penas perpétuas; ni que conceda la abolición sin penitencia.

Busquen en otra parte su apoyo los correccionalistas, que por aquí no lo han de encontrar. Enseña el cristianismo que no habrá perdón para muchos; á otros no se lo concede sino en el artículo de la muerte; señala hasta la eternidad como duración á sus castigos; y en todo caso, al lado de la contrición y del propósito de la enmienda, exige la penitencia y la expiación. Además, la esfera moral en que el cristianismo obra y la jurídica dentro de la que ejercita su acción el Derecho penal, son distintas y podrían muy bien tener diversos caracteres y calidades las penas y los procedimientos que á cada cual son peculiares.

«No quiteis, nos gritan también los correccionalistas, no quiteis la esperanza á los delincuentes; no escribais en la puerta de las prisiones la terrible inscripción que Dante puso en la del infierno. Colocad allí, por el contrario, la palabra *Esperanza*.» La esperanza está bien en cualquier parte; á la entrada de la penitenciaría, como á la del hospital, del cementerio, de la iglesia, del taller, del hogar, ó en el campamento al frente del enemigo, ó en el buque en medio de los mares. Para todos tiene consuelos inagotables; ofrece salud al enfermo, salvación eterna al moribundo, felicidad al amante, puerto al que navega, riqueza al trabajador, gloria al artista y al guerrero; pero la misma universalidad de su carácter y de sus beneficios la hace poco á propósito para simbolizar el destino especial de un Establecimiento determinado. Y en cambio, ¿en dónde pondremos la *justicia*, si no la colocamos en los Establecimientos del Derecho penal?

La pena de muerte, y todas las perpétuas, están proscritas por los correccionalistas como incompatibles que son con su doctrina. Los que opinamos que no sólo en el criminal, sino también en el Estado queda lesionado el derecho por el delito, recordamos y aplicamos el conocido aforismo médico: «Lo que la medicina no cura, lo cura el fuego. Lo que el fuego no cura, lo cura el hierro. Lo que el hierro no cura, es incurable.» Las sociedades, como los individuos, cuando tienen un miembro enfermo, han de acudir al cauterio si la medicina no basta; y á la amputación, si el cauterio es insuficiente.

Se declama mucho sobre el horror que la pena de muerte inspira con justicia. Reconozco la ver-

dad de esa objeción, pero la hallo incompleta. Por mi parte declaro que me causan horror y repugnancia todas las penas, por lo menos todas las penas que suprimen la libertad.

Y lo mismo digo de otro argumento que los impugnadores de la pena de muerte no omiten nunca: el que se refiere á su condición de hecho irreparable. A mí me parecen irreparables todos los castigos que por más ó menos tiempo privan de su libertad al hombre. Prescindamos de que no se ve jamás declarar inocente de un delito al que por él ha sido condenado á presidio ó cadena en sentencia ejecutoria; supongamos que el caso se realice. Un hombre á los veinte años de su edad entra en un Establecimiento penal, es puesto en libertad con las más favorables declaraciones á los treinta. ¿Quién le repara el daño sufrido? Era antes escribiente de una oficina, y como reparación se le hace Director general; era alférez de un regimiento, y se le hace Mariscal de Campo; era pobre, y el Estado le regala una riqueza. Cosas como éstas, cuando se trata de delitos comunes, no suceden jamás, ni deben suceder; pero los pongo como ejemplo de lo que podría llegar á intentarse para enmienda de un castigo mal aplicado. Así y todo, ¿habría reparación? ¿Quién devolvería al injustamente penado la facultad de vivir en las condiciones propias é irremplazables de la libertad, la porción de la vida humana que trascurre desde los veinte á los treinta años? ¿Quién le daría el disfrute natural de esa parte de su juventud? En la existencia del hombre el tiempo es un factor esencial, y nada puede devolver el que ha sido suprimido.

Mittermaier, adversario infatigable de la pena capital, dice: «Ninguna persona sensata propondría la abolición de la pena de muerte sin el previo establecimiento de un sistema penitenciario que prestase á la sociedad garantías suficientes, haciendo al mismo tiempo posible la enmienda de los mayores criminales (1).»

Ahrens, de quien son por regla general ardientes partidarios también los discípulos de Roeder, se expresa á su vez en estos términos: «No hay más que una objeción seria, hecha desde el punto de vista práctico, contra la teoría de la enmienda; y es que no admite pena capital. Es permitido creer, con un gran número de criminalistas, que esta pena, en el estado presente de la cultura social, no puede ser todavía completamente abolida; que el Derecho penal, que, como cualquier otro derecho, debe también tomar en cuenta las costumbres, los sentimientos y las opiniones del pueblo, puede reservarla todavía para necesidades extremas. Pero este hecho prueba solamente que la teoría de la enmienda, ó el sistema penitenciario, no es todavía susceptible de una aplicación absoluta. El principio de la teoría permanece intacto, y la realización completa del sistema penitenciario es un problema práctico que puede y debe ser resuelto por el progreso intelectual y moral de la sociedad humana (2).»

Esta sumisión de los principios á la realidad de los hechos, que Ahrens aconseja respecto de la abolición de la pena de muerte, Roeder la acepta para todo lo relativo al Derecho penal y al sistema penitenciario. Hé aquí sus propias palabras: «Por lo demás, á quien tenga un concepto justo del deber de la política, no es necesario advertirle que las cuestiones pendientes en el dominio del Derecho penal en cada pueblo, no pueden resolverse exclusivamente con relación al ideal jurídico de la pena, sino que para decidir las es muy esencial tener en cuenta el estado presente de la vida del derecho en cada pueblo determinado. Así como á la política toca comparar la idea del derecho con aquello que rige como tal, para determinar la reforma que es posible inmediatamente, así también corresponde á la política penal, con relación á la pena, apreciar lo que por este medio puede alcanzarse y exponerse (3).»

Tales concesiones son poco compatibles con las soberbias pretensiones de la nueva filosofía propuesta por los correccionalistas. Para resolver la cuestión de la pena de muerte con arreglo al estado presente de la cultura social, y para encomendar á la política el planteamiento de un régimen penitenciario en los términos que le parezcan posibles y convenientes, no era preciso el trabajo portentoso de haber descubierto la noción del derecho en regiones antes inexploradas de la conciencia humana.

Me maravillan sobremanera estas contradicciones ó estos desfallecimientos. Si yo sintiese la convicción de que el derecho de penar tiene por fundamento jurídico y por único fin la enmienda del delincuente, no habría estado alguno de cultura ni conveniencia política que me hiciese aceptar nada contra esos principios. Si la pena de muerte no me pareciese legítima, por ninguna consideración de circunstancias pasajeras la admitiría provisionalmente.

FERNANDO COS-GAYON.

(Continuará.)

(1) *De la peine de mort*, par Mittermaier.

(2) *Cours de droit naturel ou de philosophie du droit, fait d'après l'état actuel de cette science en Allemagne*, par H. Ahrens.

(3) *Estudios sobre Derecho penal y sistemas penitenciarios*, por C. D. A. Roeder; traducidos del alemán, por don Vicente Romero y Giron.

NOCHE-BUENA EN CALIFORNIA.

(Continuación.)

IV

Chuchuta, después de haber repetido en voz baja su *no sé por qué*, y como si hablara consigo misma, guardó silencio por largo espacio, tal vez para que su padre no se distrajerse respondiéndola, y la frotara más fuerte y eficazmente.

Pero como quiera que el hablar, y el hablar del asunto que la interesaba tanto aquella noche, tuviese más eficacia que el remedio de su padre para el alivio, ó para desentenderse ella de sus agudos dolores ó para disimularlos, prosiguió diciendo cuanto se le venía á la boca, con la volubilidad propia de la calentura.

—Me decía Paco una vez, que en todas partes, que en todos los otros pueblos, que en todas las casas se hacen regalos por Noche-buena. ¿Verdad que sí? Pero aquí no. ¿Por qué no aquí? A mí nadie me ha regalado nada. Ni tú, ni Sócrates, ni Flynn...

—¿Ni Copa?

—No, nadie, ni siquiera Copa me ha regalado ni un juguete, ni una muñeca, ni alguna cosa bonita que salte, que haga música ó un poco de ruido... ¡Ay! padre, frota aquí duro, más duro... El me contaba que hay un hombre muy viejecito con el pelo blanco muy largo y una barba más larga, y más blanca que el pelo.

—¿Santa Claus?

—Así lo llaman por acá, padre. Pero en Cuba creo que lo llaman *Taita Natividad*. Baja todas las noches buenas por la chimenea de la cocina á las casas de las gentes buenas ó de las gentes oscuras, no sé. Ilumina con su barba á la noche, y con sus ojos á las personas tristes. Y trae debajo de su capote muchísimos regalos para los niños de mi edad, y muchos juguetes y muchos dulces que tienen figura y colores de juguetes. Y de todas estas cosas va acomodando algunas al pie de las camas como la mía, y en los costureros como el mío, y hasta en los zapatos como los míos... No frotes más por ahí, padre, que ahí tengo el corazón. Oyeme primero un poco, y luego me frotarás por este otro lado, padre. ¿Dí, papá, no puede ser mentira eso de los regalos á los niños? ¡Dí que no!... Ahora sigue frotando. ¡Qué buenajmano tienes hoy! Me siento mejor. ¡Si yo tuviera juguetes, si tuviera quien me los regalara!... Pero aquí no hay tiendas en donde se puedan comprar esas cosas. ¡Si yo las tuviera!... Si yo viera á Taita Natividad... créelo, me curaría para siempre de las calenturas. No me moriría...

—Pero tú lo has dicho, hijita. Aquí no hay tienda de juguetes.

—Verdad, en este pueblo todo se vuelve tiendas de jamon y tocino, tienda de patatas, tienda de barriles de arenque. ¿Cómo he de hacer yo un juguete de un barril?... Tiendas de sacos de arroz... Vaya Vd. á hacer de eso una muñeca, y vestirla con elegancia... Frota ahora, padre, como antes, aquí sobre el corazón que parece que se me quiere salir del pecho. ¿Pero será verdad eso de que un viejo tan reviejo traiga juguetes para los niños?... Va, va, no le esperemos... Voy á cantar la canción de Paco Copa, para no tener miedo á la muerte. Sí, será lo mejor... La cantaré como estoy hablando, bajito, bajito.

Un silencio sepulcral parecía haber caído sobre la casa. Ya ni el fuego de la chimenea chisporroteaba, ni las candilejas daban luz como antes. Los ruidos del exterior llegaban á la sala como suspiros y lejanos ecos. Solo la voccecita de la niña se percibía clara y distinta, con timbre argentino delicioso, por más que ella se esforzase por hablar bajo, y por cantar á media voz, para no turbar la alegría de sus huéspedes cuando los oía hablar alto, ó su importante conversacion, cuando suponía que se estaban diciendo secretos unos á otros.

—Padre, marca el compás en mí mientras yo canto... Márcale con las friegas sobre el lado del corazón...

Si la voluntad divina
Quiere que yo niña muera
Sin que la vida me hiera
Con la más punzante espina
De su alegre primavera;

—Pero, hija, esa tonada no es para esa canción. ¿No conoces que no encaja bien el verso en esa música?

—No importa, yo acomodo la música como puedo. Con todos los vestidos que me has hecho llevar he tenido que hacer lo mismo. ¿Cuál no me estaba grande? ¿Cuál no había que encoger y cortar y echar á perder para que me viniese bien y no me llorara la ropa en el cuerpo?

Quiero al pie de un manantial
Dar el alma al Padre ausente,
Por ciprés blanco rosado
Y una piedra solamente
Por emblema sepulcral.
Que no llegue á mí la ola
De plegarias sin valía,
Que á la propia muerte enfriá:
Del rosado la sombra sola
Besará la sombra mía.
Soñaré con dulce encanto
En mi nueva cuna, en tanto
Que allí suene con cariño

Voz de pájaro ó de niño,
Dulce trino ó dulce llanto,
Nada temas, corazón,
Que las tumbas nidos son.
Desde allí va el alma al cielo,
Ave blanca en blando vuelo,
Suspirando su oración.

—No me parece mal. Sin querer has levantado la voz en la última parte, y por ella se conoce que vas mejor, que tienes brío.

—Como hablaba de oración... quise rezar cantando... Pero ¿qué hacen esos hombres?... ¡Qué callados se han quedado! ¿Me habrán oído, padre?

Vejancon entreabrió más la puerta de la alcoba y registró la sala con la vista. Restregóse dos y tres veces los ojos, pues lo que vio érale muy extraño, y lo tuvo como anticipada ilusión del sueño que empezaba á invadirle.

Sus huéspedes, pálidos, silenciosos, cabizbajos, parecían más bien fantasmas que ocupaban el lugar de los vivientes convidados de media hora antes. Eran los mismos convidados, á la verdad, el Vejancon los reconoció al cabo uno á uno; pero como si pocas horas bastasen á envejecer á los más jóvenes y llenos de vida, todos aparentaban quien diez años, quien veinte, quien treinta más de los que representaban al comenzar el banquete. Era todo efecto de la melancolía. La alegría de los labios había sido menos poderosa esta vez sobre tantos corazones, que la fuerza penetrante del dolor. Si como se multiplicaron las arrugas en todas las frentes, se hubieran prolongado y blanqueado las barbas, hubieran parecido todos verdaderos *taitas Natividad*, un *Santa Claus* colectivo.

Seguían, pues, alrededor de la mesa aquellos convidados inmóviles, pero no de piedra, que haría indicaban tener corazón sensible, y deber á la dolencia de Chuchuta y á las simpatías por la pobre enferma los cambios extraordinarios en sus fisonomías y actitudes. En la mesa brillaban, además, cosas que hasta entonces no se habían visto allí: una pila de monedas relucientes delante de cada convidado, las más de ellas de oro, y en el centro una bolsa de cuero, perfectamente repleta; repleta, sin duda, de preciosas pepitas de oro.

—¿Qué hacen?... preguntaba la niña en voz sumisa. —¿Duermen?

—Creo que estarán haciendo cálculos... sí, apuestas acaso. Tal vez estarán jugando á algún juego de nueva invención. Ensayándolo estarán más bien, por ser muy difícil. Parecen así... algo torpes; como si no estuvieran bien enterados de lo que se proponen. Yo he visto así esos hombres, cuando, con la baraja en la mano, proyectaban una jugada maestra.

—¿Qué me gustaria jugar con ellos, padre!

—¿A las cartas?

—No, á eso que juegan. ¿Cuánto quieres apostar tú conmigo á que sería yo la primera en enterarme del juego, y ganarles todo su oro y su plata?

Vejancon repitió entonces lo que era evidentemente su fórmula familiar favorita.

—¡Nada, nada!... Cuando yo haya descubierto todo el oro que se esconde donde yo me sé, has de saber tú, cara Chuchuta, que yo seré más rico que todos ellos, y tú no necesitarás de ganar dinero á ningún juego, ni bueno ni malo.

—Sí, ya lo sé, ya me lo has dicho, Vejancon...

—¿Cómo Vejancon?

—Como papá.

—¿Bendita seas!

—Pues sí; eso de antes ya me lo has dicho mil y mil veces; ya te lo he oído decir hasta cuando estoy soñando. Pero, el caso es que nunca descubres el oro que quisieras descubrir. ¿Dónde está esa mina, papá? ¿La conoce el Taita Natividad que Paco me decía? Y, ¿qué más da que sea yo quien gane el dinero al juego que ha de hacernos ricos, ó que seas tú quien descubra su escondite en las entrañas de la tierra? Se me figura á mí que la tierra es la que está jugando contigo al escondite ó á la gallina ciega. Todo es cuestión de suerte, como dice Paco Copa! ¡La suerte! ¡La suerte! ¿Qué es la suerte, padre? ¿Es otra cosa, otro cuento, otro sueño así como el de Noche-buena, ó el de Taita Natividad?

Ya con el fin de desorientar las prevenciones de aquellos de entre los huéspedes que se hubieren enterado de la conversacion y ayes de la alcoba, ya por otro motivo cualquiera, el Vejancon apenas ponía aliento y voz en sus respuestas. Respondía á la niña como por señas, como escribiendo sobre su rostro y su pecho con cariñosas é insinuantes expresiones. De suerte, en fin, que en la sala vecina nadie podía apercibirse más que de la anhelosa respiración de la enferma.

—Sí, Chuchuta, sí... yo tengo noticias ya de ese viejo... pues, del taita Natividad que dices.

Con todo, el interés de Chuchuta por el viejo munerabundo parecía calmarse un poco más que su fuerte calentura.

—Basta, padre. Ya no me duele nada... ¿sabes?... Vete, pero arrópame antes de irte. Así es, así. Ahora deja ver si duermo un poco. De fijo que voy á soñar. Ya lo verás,—añadió con voz profunda, ahogada por los cobertores.—Siéntate, si quieres, á mi cabecera.

—¿Para qué?

—Para que me veas dormir. ¿A tí no te ha hecho nunca bien ver dormir á otro?

—Lo he envidiado.

—Buenas noches.

—¡Noche-buena!—respondióle el viejo al oído, en

una nota de las más dulces de la canción anterior. Para asegurarse de la obediencia del padre á su ruego, la enfermita sacó su mano trémula de entre las sábanas y agarró con firmeza la manga de la chaqueta del Vejancon, cerrando casi al mismo tiempo los ojos cargados de sueño.

El paciente padre se mantuvo allí, en la silla de la cabecera, muy quieto, en una misma posición, por dilatado momento.

Y como ya el silencio insólito de sus convidados rayaba, no, no rayaba en lo maravilloso, sino que traspasaba los límites de lo posible, alargó el brazo que le quedaba libre y abrió del todo la puertecilla para escudriñar la sala.

Su asombro subió de punto al descubrir que la sala se había quedado desierta.—Se habían ido sin algarazas, sin tropiezo, sin decir adiós, rompiendo ó golpeando algo, como se llaman.

En aquel instante las brasas, que escondían una pesada capa de cenizas en la chimenea, dieron al aire un repentino aletazo de llamas, y á su resplandor vió Vejancon que la sala no había quedado tan desierta como se figuró de pronto.

Paco Copa estaba sentado delante de la chimenea, y tan encorvado, que parecía estar reanimándola con su aliento.

El humo de algun tizon rebelde debía dañarle los ojos, porque se los enjugaba con su pañuelo de cuadros. Y tan poco á propósito estaría el dicho pañuelo para aquella operación, que Paco acabó por arrojarlo al fuego.

Ardió tan bien, que el Vejancon se aseguró de que el retardatario era Paco efectivamente.

—¿Dí, eres tú, Paco?

El pobre Copa pareció despertar de uno de esos sueños despiertos que embargan la vida mucho más que los sueños sin vida. Temblando de pies á cabeza, y miró con desencajados ojos á Vejancon.

Este le llamaba por señas, pero Paco no veía.

—Acércate,—dijo el de la alcoba.

—Voy,—respondió el de la chimenea.

Paco se dirigió con pasos desiguales á la camarita.

—¿Y los otros?

—Estarán paseándose ahí fuera. Yo los espero, los esperaré si quieres en la sala. Tú, duerme, duerme... ¡Ah! ¿Por qué me miras así, Vejancon?... ¿Qué me miras?—añadió con forzada é indefinible sonrisa... Ya, ya estoy, ¿te figuras que he bebido más de lo regular?... ¿Que he agotado tu juisiqui?... Pues no, bien me acuerdo. Todavía sé que estamos en Noche-Buena... ¿Que yo he bebido?...

Bien hubiera podido figurárselo Vejancon, porque los ojos de Paco estaban húmedos como con las lágrimas que la borrachera algunas veces solía producir en el mismo Vejancon. Paco tenía además la cara súmamente encendida. Pero el infeliz, para sostener lo que aseguraba, volvióse á la chimenea, erguido, lentamente, por sus pasos contados, abrochándose el chaqueton y volviendo el rostro al dueño de la pulpería, para dirigirle una sonrisa de melancólica reconvencción.

—Oh, no, no,—prosiguió, reanimando el fuego del hogar.—Para lo que tú supones hubiera sido necesario que nos hubieses dado á beber tres tantos más de lo que pueden contener tus botellas y cacharros. Quédate ahí dentro quietecito. ¡Cuidado! Vela tu sueño. O duerme contagiado por él. ¿Qué esfuerzos son los que haces?

—Que la chiquilla me tiene tan agarrado por la manga del chaqueton que no puedo dejar la silla...

—¿Para qué quieres salir de ahí?

—Al principio para... quemarte vivo en la chimenea como has quemado tu pañuelo.

—Pues no necesitas salir... ¿Te gustaria que me arrojase yo mismo al fuego? ¿Por dónde quieres que empiece á abrasarme? ¿Por los pies?... Pero no hagas esfuerzos, que puedes despertar á Chuchuta.

—¡Paco!... ¡Paco!... yo queria al fin salir á darte la mano. La mano de amigo por la primera vez de mi vida.

—Haz cuenta que me la has dado. La sentiré sobre mí como una bendición, mientras viva, y hasta en sueños. ¡Gracias!... Pero tengo que alejarme ya... ¿No has oído?... Me están llamando desde la calle. Conque, hasta luego... ¿hasta pronto, eh? Buenas noches.

—¡Noche-buena!... ¡Paco!... Pobre Paco!

Efectivamente, alguno había llamado á la puerta de la tienda. Paco la abrió con cuidado, con esfuerzo, para que los goznes no estribasen en los soportes rechirando. Y desapareció como una sombra. No, como un relámpago.

Vejancon hubiera querido seguirle.

Pero la mano de Chuchuta seguía reteniéndole con increíble fuerza, con la fuerza con que una pesadilla pesa sobre nuestro pecho. ¿Y qué era eso para el Vejancon? Bien hubiera podido, con un poco más de voluntad, desligarse de aquel lazo. ¡Era la mano, después de todo, tan débil, tan flaca, tan blanda, tan diminuta!

Pero el hombre, lejos de rehusar aquella dulce y tibia presión, extendió el brazo prisionero en la camita de la enferma, para que el de la enferma quedase abrigado sin soltar su presa. Ella sin despertar acomodó la mano del prisionero sobre su pecho. El prisionero acercó más su silla á la camita, apoyó la cabeza en la misma almohada de la niña y poco después el sueño de la niña extendió sus alas hasta el hombre.

V

Entre tanto Copa se unía á algunos de los

compañeros que le esperaban cerca de la tienda, paseándose como centinelas, de la esquina de la casa a un grupo de árboles frontero.

—¡Y qué!... ¿Estás dispuesto?—preguntó Singonces.

—Que sí, hombre, que sí,—respondió Paco.—
¿Pero á todo esto, qué hora es?

—Ya es más de media noche.

—¡Qué lástima! pero no importa.

—¿Podrás de veras hacer lo que te propones? Yo creo que no lo consigues. Mira que entre ida y vuelta son lo menos cincuenta millas.

—Así sean quinientas. ¿Dónde está la yegua?

—En la cañada de la derecha, á la entrada del pinar, la tiene ya preparada tu amigo Sócrates. ¡Vaya! ¡cuando pienso!

—¡Qué!

—Que el mismo Sócrates, hace más de once años te prestaba también una yegua parecida á esta para tus correrías y locuras de entonces! ¡Cómo has cambiado, Paco!...

—Anda y dí á Sócrates que espere un minuto más.

Con aire resuelto, entró Paco otra vez en la tienda. Al resplandor de una candileja, la última que había quedado encendida, notó que la puertecilla de la alcoba estaba abierta del todo. Andando en puntillas penetró en aquella especie de camarote y se acercó á la cama de la enferma. El Vejancon roncaba á más y mejor. Chuchuta estaba muy envuelta en su frezada; y tenía además un capote sobre esta, que sin duda la mujer del Vejancon, la madrastra de la niña acababa de acomodarle, habiéndose vuelto luego á su cocina. La cabeza de la infeliz aparecía libre de todo abrigo, la frente sudorosa brillaba como el marfil entre los rizos de oro en gracioso desorden.

Paco vacilaba, estendiendo dos y tres veces sus manos trémulas á la linda cabeza. Miró por encima del hombro hácia la sala, para asegurarse de que estaba solo y nadie le atisvaba, se apartó luego los bigotes á los extremos de la boca, y se inclinó á besar á la durmiente. Pero, justamente al tocar con la punta de los labios la frente marfilina, una racha del viento malicioso penetró por el cañon de la chimenea para reanimar los tizones, que lanzaron como un beso de viva luz á la sombra de todos los rincones, é intimidaron á Paco, que escapó esta vez como cuerpo glorioso, de nadie sentido.

Sus camaradas, alumbrados por una linterna, en las manos de Singonces, aquietaban á duras penas, en la consabida cañada, un animal demasiado vivo y turbulento. Era la yegua que había pedido Paco á Sócrates. Imposible decir que era la tal una bestia hermosa, ni mucho menos. Desde su lomo acamellado, que desaparecía entre los acolchados de una silla de rollo, hasta sus remos macizos, huesosos, derechos, todo anunciaba que la prenda era un estuche de resabios peligrosos. Sus ojos blanquecinos, medio cegatos; su mandíbula inferior, demasiado prominente; sus hijares desmesuradamente altos; su color melado, contribuían á darle un aspecto de fealdad fantástica. Singonces paseaba la linterna alrededor de la bestia, asombrado de tanta fealdad.

—Afortunadamente, la noche es serena; pero, ¡qué diablos, con este animal nada puede haber claro! Es un peligro él de por sí, en cualquier parte.

—¡Echarse á un lado, caballeros,—decía Sócrates.—¡A un lado, á un lado! ¡Más lejos! Da más vueltas al ponerse en marcha que un perro al tenderse en el suelo. Y tú, Paco, ya sabes lo que te he prevenido: si hace una de las tuyas no hay que jalarle del freno más de una vez; como repitas el aviso, vas á pasar mal rato... Vamos allá... al avío... salta ahora!

El jinete saltó admirablemente; la yegua se resistió por algunos minutos á obedecerle. El corro de curiosos tuvo que agrandar su círculo más que de prisa. Copa ajincó las espuelas con rabia, Zumbela relinchó, se encabritó, se sacudió en los aires, pero al fin escapó á galope tendido.

Algunos segundos despues se oía á lo lejos, en el fondo de las tinieblas, una voz humana que remedaba gritos descompasados de jauría, y á la vez el redoblado golpe de los cascos de la yegua sacando chispas de los pedregales.

—¡Zumbela! ¡Adelante! Yo soy tu zumbel, tú mi peonza.

Sócrates y los otros seguían diciendo desde acá:

—¡Buen viaje! ¡Noche buena!

Pero Paco, ¡qué había de oírlos, si andaba ya por las *Quimbámbaras*, como quien dice!

Y ahora, tú, musa casera y pedestre de los cuentos de noche-buena, canta, aunque sea en estribillos de navidad y en villancicos de ciego, las proezas del misero Paco Copa. Canta, sí, musa de los príncipes encantados, y de los héroes más caballerescos, los peligros que corrió, las pesquisas que hizo, los descubrimientos que llevó á cabo, los abismos que salvó nuestro simpático aventurero. Pero no, no lo harás. Toda musa es aristocrática y desdeñosa; y mal puede ahora interesarse la que invocó, por una mala yegua resabiosa y maligna, y por un caballero poco menos que harapiento, disparado como un loco, perdido en caminos intrasitables.

A la hora de marcha aun no había conseguido Paco Copa ir más allá del intrincado bosque que seguía al de los pinares de Simsonbarro; porque la pícara Zumbela no había dejado de mostrarse

peor en todo paso malísimo. Ni un solo momento dejó de caracolear, de saltar, de rebelarse contra todas las insinuaciones del caballero, por medio de violentas sacudidas, de traiciones de caballo estrellero y relinchando, pifando, encabritándose, cabalgando á su vez en los aires, tirándose al suelo como queriendo convertirse en rastrera serpiente; pero de tal modo, que solo la habilidad ó el desigño más bien de Copa, hicieron que le fuese posible mantenerse pegado á la silla, como atornillado á la fiera; que no parecía el grupo sino una reproducción en grande de una figura automática, de una máquina divertida, entre otros juguetes y regalos de noche-buena, puesto á prueba en las manos destructoras del niño obsequiado.

TRISTAN MEDINA.

(Concluirá.)

REPÚBLICA ARGENTINA.

LA CAMPAÑA DEL RIO NEGRO.

Únicamente cuando las naciones entran en un cierto período de normalidad, pueden acometer empresas de tanta trascendencia como la acometida por la nación argentina con su campaña del Rio Negro.

Para llevar á feliz éxito este hecho militar, lo primero que se necesitó fué tener paz interior y reunir todos los elementos para vencer los innumerables obstáculos que el hecho en sí envolvía.

La doble gloria de este suceso es para el general Roca primer magistrado de la nación, porque primero dió la paz al país y bajo sus benéficos auspicios combinó el plan, organizó su ejército, se puso al frente de él, y en un plazo relativamente corto, hizo desaparecer de las Pampas argentinas (veinte mil leguas cuadradas), la friolera de veinte mil salvajes, que eran, desde el tiempo de la conquista, el terror del colono, para entregar aquel inmenso y casi desconocido territorio á las explotaciones agrícolas.

No nos proponemos juzgar el hecho bajo su aspecto militar, sino por sus consecuencias de prosperidad, no solamente para la nación, sino para Europa, y más especialmente para España, pues de todos es bien sabido la numerosa emigración que de nuestras costas sale para el Plata, pero no podremos tampoco excusarnos de decir algo de un hecho de armas que recuerda á las legendarias proezas de Hernán Cortés.

Pues qué, bajo el punto de vista militar, ¿no es un prodigio batir un territorio escasamente con 2.000 hombres casi igual en extensión á la Península ibérica, completamente despoblado y de cuyo territorio se hallaban posesionados desde tiempo inmemorial más de 20.000 indios salvajes?

La falta absoluta de población exigía á las columnas llevar consigo gruesos convoyes con municiones de boca y guerra, y como es consiguiente, necesitaban escoltas que mermaban las fuerzas exploradoras ó de batida, considerándose aquellas simplemente como reservas.

Y como si no fueran bastante estos obstáculos, casi desconocidos en Europa, porque se cuenta aquí con una masa de población que sirve de punto de apoyo al movimiento de tropas en aquellas vastas llanuras hasta el agua potable, en algunos casos hubo necesidad de trasportar.

Dar, pues, una batida en estas condiciones y solo con 2.000 soldados en tan extensa área, era una operación militar de lo más atrevido que se conoce, y solo se ha podido llevar á feliz término por el gran movimiento de terreno, y de las costumbres de los indios, que se iban á batir apoyados por su excelente espionaje para conocer sus movimientos.

En este estado, tuvo el general Roca que fraccionar su ejército, de tal manera, que algunos grupos no se componían más que de veinte hombres.

Apenas los indios tuvieron conocimiento de que por todas partes se les perseguía, obrando por ese instinto de conservación, natural hasta en las fieras, hicieron un movimiento casi general de concentración entre las tribus más inmediatas, y esto mismo que para ellos podría ser su salvación, fué su perdición, pues previsto este caso, las columnas perseguidoras se replegaban rápidamente cayendo sobre ellos.

Vamos á transcribir un parte oficial de uno de aquellos jefes, tomado del notable libro de operaciones hecho por el Estado Mayor General bajo la dirección del coronel de ingenieros D. Manuel J. Olazcoaga, para que se vea con qué felicidad se llevaba á cabo una campaña la más notable de los tiempos modernos y la más noble de los hechos militares.

Dice así:

«Al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, general D. Julio A. Roca.

»Oficial.—Ayer llegó la comisión de Epumer (1); eran cien lanzas; salí á dos leguas de aquí, para recibirlos, y al intimarles prisión, se resistieron, dando una carga sobre las fuerzas que había colocado á su retaguardia, *llevándose las por delante*, y huyendo enseguida al desierto. La persecución fué rápida y fuerte. Una hora despues todo había concluido: *cincuenta indios quedaron*

muertos en el campo, cuarenta y cinco en nuestro poder, cinco escaparon. Si agregamos á este número de muertos y prisioneros las ciento cincuenta lanzas que tenemos tomado ya, tendremos que Baigorrita y Epumer han perdido en ocho días la tercera parte de sus hombres de pelea, mas cuarenta de chusma (familias), trescientos caballos y cincuenta mulas, que se encuentran en mi poder. Señor Ministro, la operación ha sido difícil, pero feliz; no parece sino que la hermosa estrella de V. E. acompaña á sus jefes subalternos en la ejecución de sus difíciles planes. A nombre de esta división á mis órdenes, felicito á V. E.—Rudesindo Roca.»

La índole de nuestra publicación, por una parte, no nos dá lugar á entrar en más consideraciones bajo el aspecto que estamos examinando *La campaña del Rio Negro*, y no es porque el asunto no lo merezca, sino que por deficiencia tal vez, no sabremos apreciar sus puntos más salientes.

Entraremos, pues, en otro género de consideraciones. El resultado práctico de las guerras modernas.

Antiguamente las colonias establecidas en las líneas fronterizas de las tolderías de los indios de las Pampas, apenas tenían desenvolvimiento sensible porque estaban constantemente amenazadas por sus feroces vecinos, y más de una vez se han desarrollado sangrientos dramas en aquellas soledades, en los cuales figuraban los nombres de *Namanarrá, Pincen y Catriel*.

Hoy ya no sucederá eso; no puede suceder, porque aquellos caciques y sus tribus ó han sido hechos prisioneros, ó han mordido el polvo, ó han repasado las cordilleras Andinas.

Importa mucho á la república Argentina, importa mucho á Europa y especialmente á España, que este trascendental hecho sea conocido y que se sepa que el Estado vende allí la legua cuadrada de terreno virgen á dos mil pesetas, en la seguridad que no encontrará ni un solo indio que moleste al terrateniente.

Y como un colorario al hecho que nos ocupa y como para formar la base de la futura población pampeana, el general Roca al licenciar su ejército, como César á sus legiones romanas, despues de pagarles sus soldadas, dió territorios á aquellos veteranos para que cambiasen sus armas de guerra por el arado.

Dado el inmenso territorio conquistado para la civilización, creemos que lo hecho hasta hoy no es bastante. Si el Estado no quiere ver perecer su obra, debe, sin pérdida de tiempo, llevar á las pampas millares de colonos bajo todas las fórmulas económicas; favorecer de una manera decidida la repoblación con preferencia á todo otro impulso material, porque por su propio espíritu utilitario ella hará sin subvenciones de nadie lo que le tenga más cuenta hacer.

Por otra parte, las primeras materias que ofrecen los inmensos campos pampeanos son buenos alicientes para que el colono prefiera instalarse en ellos.

Varios libros oficiales tenemos á la vista hechos con motivo de la expedición y despues de ella.

Estos libros se deben principalmente á la oficina de ingenieros militares y al Estado mayor general, resultando de ellos el exámen científico en los tres reinos en toda la extensión de las Pampas hasta la Patagonia.

De manera que el hecho preliminar á la colonización abraza todos los puntos cardinales.

Ahora no falta más que la población.

Una nación no es grande por el número de leguas cuadradas que tenga de territorio: su grandeza consiste en su número de habitantes, porque de ellos se desprende el producto y consumo, y este es el poderoso nervio de toda nación.

Los primeros pobladores debe llevarlos el Estado, eligiendo los que más le convengan; los segundos ya no tanto, y los terceros, sin ponerles obstáculos el Estado, quedará éste en condiciones de beneficiar mejor sus territorios, porque se acercará al equilibrio.

Desconfíe el Estado de ciertas fórmulas de colonización de seductoras apariencias.

Los compradores de grandes territorios para colonizar por su cuenta, pueden ser en lo futuro un serio peligro para el Estado, porque la sordida avaricia del capital, pesando sobre el trabajo, apremiado éste, más diremos, desilusionado el colono al ver que no posee un palmo de terreno que riega con su sudor, rescindiré contratos, no trabajará y se colocará en actitud hostil, teniendo, como en Irlanda, que intervenir el Estado, lo cual sería volver poco menos que á la situación primitiva.

Si la República Argentina quiere sustituir la población india de las Pampas por una población agrícola, y hacer ciudadanos argentinos, que les dé raíces; las raíces del hombre son las tierras de donde saca su sustento; es su patria aquella en que vé nacer y formarse á sus hijos.

CÉSAR VALCÁRCEL.

EL DR. DON JOSE MORENO NIETO.

CONCLUSION.

VI

La vida de este sábio puede considerarse condensada en una no interrumpida labor científica.

(1) Epumer Rozas.—Cacique importante.

El miércoles 22 de Febrero de 1882, Moreno Nieto, preocupado con una próxima conferencia, estaba á las cuatro de la tarde en la biblioteca del Ateneo leyendo un libro de crítica de Zola y las novelas de Flaubert *Salambo* y *Mad. Bovary*, para prepararse á hablar sobre el naturalismo en la seccion de Literatura. Alguien le suplicó que escribiese algunas frases en un álbum de la distinguida dama francesa la mariscal de Bazaine. Moreno Nieto se resistió por modestia.

—Yo no sé hacer renglones cortos—dijo—y en el álbum el verso es lo único tolerable.

Pero insistieron y Moreno Nieto cedió. Este gran hombre tenia muy pequeña voluntad. Escribió unas cuantas cuartillas sobre el tema que estudiaba entonces. Estas cuartillas fueron las últimas que llenó de ideas su pluma. La amabilidad de un ingenioso escritor á cuya insistencia se deben el verso publicadas, nos permiten darlas á conocer en esta biografía. Hélas aquí:

«¿Qué me habláis de naturaleza? Solo se cuida de ser, de moverse, de agitarse, de vivir, y ciega é inconsciente, no repara si es ó no bella su obra.

«¿Qué de disonancias, cuánto de imperfecciones en la vida!

«El arte vence esa naturaleza, la transfigura, anuncia la idea que late oscurecida y aprisionada bajo el símbolo y la saca á la luz del mundo para que resplandezca ante los ojos del hombre.

«Al contacto de la idea, es decir, de lo divino, los corazones se estremecen y el hombre interior siente misteriosos sobresaltos y elevaciones.

«¡Ah! sí, el arte es purificador.

«El levanta y regenera; no como la moral señalando preceptos austeros, sino enamorando el alma con el sublime reflejo de la belleza.

«Por eso su mision es tan grande en el presente y será tan augusta en lo porvenir.

«Decadidos los caracteres, sin aliento los corazones, solo renacerán á nueva vida al potente conjuero del arte, agitando el ideal!

«¿Quién es el que, siendo creador y redentor, olvida su papel y se arrastra en bajas regiones, que se reduce á copiar la incompleta é imperfecta realidad!

«¡Por Dios!

«Que lleven á todas partes esa doctrina; pero que nos dejen ese santuario del arte; que, al menos, pueda esa maga encantadora consolarnos con sus hechizos del fastidio de la vida.»

¡Fueron las últimas líneas que trazara aquel génio sobre el papel! Aquella misma tarde fué al Retiro con algunos extremeños, sus paisanos. Al regresar de paseo el señor Moreno Nieto se encontró indispuerto, indisposicion que le obligó á guardar cama durante el día 23 de Febrero.

Un ligero cólico, que la ciencia creyó dominar y que no le molestaba en la noche anterior, tuvo un fin funesto.

El ilustre profesor, como herido por el rayo, exhaló su último suspiro en las primeras horas de la mañana del día 25.

La noticia circuló de un extremo á otro de la Península y el duelo de la nacion fué general entre los hombres de todos los partidos. Porque hombres como Moreno Nieto interesan á todos y de todos son amados.

La muerte le sorprendió cuando estaba llamado á presidir dos tribunales de oposicion, como consejero de instruccion pública, y en los momentos en que se hallaba dispuesto á defender el dictámen relativo á la creacion de un instituto civil en la capital de Puerto-Rico, y cuando se preparaba para pedir al Gobierno la reorganizacion de las Universidades de la Habana y Manila, en el sentido de darles las mismas condiciones en el profesorado y en la enseñanza, que la Central de Madrid, pensamiento que despues recogieron otros y han sabido realizar, en parte, para bien de la enseñanza pública.

Moreno Nieto contaba al morir, 57 años.

VII

Tan pronto como en la Universidad se supo la triste noticia del fallecimiento de Moreno Nieto, apareció fijada en la tablilla de anuncios la siguiente alocucion, que muestra la honda pena que produjo á los alumnos tan desgraciado suceso. Decia así:

«Compañeros: El alma del Ateneo, el ilustre decano de la facultad de derecho, el sábio D. José Moreno Nieto, gloria de la cátedra y honra de la tribuna española, ha dejado de existir.

El vacío que deja en la facultad, es de aquellos que no puede llenarse, es comparable solo á nuestro dolor.

¡Para dar una prueba, siquiera débil, del afecto que profesáramos al ilustre catedrático, os invitamos á contribuir con lo que queráis, para depositar una corona en su tumba!

Julian Blanco Perez.—Angel Selma Cordero.—Manuel Ortiz de Pinedo.»

Los escolares quisieron ser los primeros en honrar la memoria de su maestro. Entre tanto el claustro de la Universidad Central tomaba las más honrosas determinaciones en su reunion del 25. Despues de honrar al génio, era plausible tambien socorrer á las primeras necesidades de la familia del finado: así lo tuvo presente el claustro, conviniendo por unanimidad en abrir una suscripcion entre profesores y escolares, encabezándola desde luego los profesores que allí se hallaban, con un total de 40.000. rs.

Acordóse asimismo establecer una mesa en el átiro de la Universidad con una lista de suscripcion.

En la reunion que se celebró por la tarde la comision de gobierno interior del Senado, tuvo el Sr. Abascal un noble arranque digno de ser de todos conocido.

Recordó los méritos de Moreno Nieto; dijo en la pobreza en que éste, moria y propuso el acuerdo de que las Cámaras concediesen una pensión á la viuda (1).

A las diez de aquel día el Ateneo habia adornado sus balcones con régias colgaduras y crespones, en señal de duelo. El ilustre presidente de la docta corporacion, D. Antonio Cánovas del Castillo, amigo cariñosísimo de Moreno Nieto, así que tuvo conocimiento de la triste nueva, dirigió un B. L. M. á sus compañeros de la junta directiva, invitándoles á una reunion que se celebraba dos horas despues, y en la cual se acordó los honores que habian de tributarse al cadáver del que presidió por tantos años el Ateneo Científico y Literario de Madrid.

Los profesores de la Universidad habian resuelto que el cadáver fuese embalsamado, sufragando los gastos de la operacion.

Y en consecuencia de tal acuerdo el día 26, á las seis y media de la mañana, dió principio el embalsamamiento, cuya operacion, llevada á cabo por el catedrático de medicina D. Julian Calleja y los doctores D. José Calleja y D. Alfredo Serrano Fatigati, terminó á las doce.

Se empleó el método mixto de inyecciones de disolucion de cloruro de zinc coloreada con carmin, por todo el sistema circulatorio general, y además por las cavidades abdominal y torácica. Los miembros y el tronco fueron envueltos en grandes vendas impregnadas de un barniz balsámico. El rostro, que fué untado de barniz copal, conservó los rasgos característicos del finado.

Aquella noche habian celebrado sesiones extraordinarias todas las corporaciones de Madrid, á fin de honrar la memoria del ilustre profesor. La Academia de Jurisprudencia acordó:

1.º Incorporarse al cortejo fúnebre de su antiguo presidente, á su paso por el local que ocupa dicha Academia en la calle de la Montera.

2.º Colocar en aquel momento una corona fúnebre sobre su ataúd.

3.º Que el actual presidente de la Academia llevase una de las cintas en representacion de la misma.

4.º Celebrar una sesion literaria en honor del que fué su dignísimo presidente, individuo honorario perpétuo de su junta de gobierno y académico de mérito.

5.º Contribuir á los funerales que se celebren en su día.

6.º Costear el título de licenciado en derecho civil y canónico de su hijo mayor que terminaba su carrera en aquel curso.

7.º Grabar su nombre en una de las lápidas que existen en el salon de Sesiones de la academia.

8.º Nombramiento de una comision compuesta de los Sres. Mellado, Rolland, Hinojosa y Moret, para ejecutar los anteriores acuerdos.

El Círculo Nacional de la Juventud dispuso á su vez:

1.º Ostentará colgaduras con crespon.

2.º Depositará sobre la caja mortuoria una corona fúnebre y asistirá en plenc á la conduccion del cadáver.

3.º Repartir entre los asistentes al acto poesías alusivas á tan triste acontecimiento.

4.º Celebrará una velada en conmemoracion del ilustre profesor.

La Sociedad Geográfica de Madrid acordó:

1.º Que una comision de la junta directiva se acercase á dar su sentido pésame á la familia del ilustre finado.

2.º Que otra nueva comision acompañase el cadáver hasta su última morada.

Y 3.º Celebrar una sesion pública y solemne en honor de su insigne consocio.

El Fomento de las Artes acordó invitar á los socios á que asistieran al entierro del que tantas veces enalteció en vida aquella cátedra con su elocuente palabra. Las clases trabajadoras, donde contaba el ilustre orador tantas simpatías, concurrieron á rendir el último tributo á su benemérito consocio.

La Sociedad Económica Matritense ha acordado dirigir sentidas comunicaciones de pésame á la Universidad, al Ateneo y á la Academia de Jurisprudencia de que era miembro eminente el finado.

Así mismo asistió al entierro en corporacion. Los profesores del Instituto, los de la Escuela de Artes y Oficios, los socios del Círculo conservador y los individuos de todas las reales academias, acordaron unirse colectivamente á la comitiva en la puerta de la Universidad Central.

Estas demostraciones de profundo respeto, por todas las clases sociales de Madrid, jamás se han visto tan espontáneamente prodigadas como en el momento de morir el ilustre Moreno Nieto.

Y era que Moreno Nieto fué en vida la encarnacion contemporánea más grandiosa de la cultu-

ra patria, el legítimo heredero de las gloriosas tradiciones literarias de nuestros sábios en los siglos pasados, el titan que abarcaba y dominaba con su colosal entendimiento el vastísimo campo de las ciencias y las letras, y era cifra y compendio del movimiento científico actual, el que por su erudicion incomparable, sus aptitudes universales y su génio enciclopédico, se hizo admirar de los sábios de toda Europa.

VIII

El día 26 á las dos y media de la tarde trasladaban su cadáver, con toda pompa, desde la casa mortuoria á la Universidad Central, recorriendo las calles del Soldado, Infantas, Hortaleza, Desengaño, Luna y Ancha de San Bernardo.

En una elegante carroza fúnebre iba la caja con los restos mortales del ilustre orador.

Algunos catedráticos, sacerdotes, periodistas y militares, los alumnos de la facultad de Derecho, la junta directiva de El Fomento de las Artes, con gran número de socios, y muchos ateneístas acompañaban la fúnebre comitiva.

En la calle de San Bernardo esperaban el féretro los alumnos del instituto del Cardenal Cisneros y de las facultades de ciencias, farmacia, filosofía y letras, medicina, de las escuelas normal de maestros y de diplomática.

Era imposible poder transitar por las calles de los Reyes, Pez y San Bernardo.

La juventud estudiosa y los hijos del trabajo daban en aquella ocasion una prueba del respeto y cariño que les merecia la memoria del que fué en vida modelo de ciudadanos.

En el balcon principal de la Universidad estaba colocado un gran crespon negro en señal de duelo, en la misma forma que en el Ateneo de la calle de la Montera.

En el momento de llegar la fúnebre comitiva á la Universidad, todos pugnaban por entrar los primeros en el Paraninfo, produciéndose, como era consiguiente, alguna confusion.

El catedrático Sr. Silvela (D. Luis), dispuso que se cerrase la puerta que da acceso á los claustros, ínterin se colocaba la caja en la capilla ardiente y se abria al público el salon de grados.

Los escolares aceptaron resignados, aunque con cierta sobrescicion, la orden de clausura, y al poco tiempo todos pudieron penetrar en el Paraninfo á contemplar los restos mortales del ilustre profesor de *historia de los tratados*.

Al llegar la comitiva á la Universidad fué recibido el cadáver del señor Moreno Nieto por el rector, decanos de las facultades y profesores del claustro.

Acto seguido le depositaron en el Paraninfo viejo, cuyas paredes se hallan revestidas con colgaduras negras galoneadas de oro.

El doctor y catedrático D. Eduardo Palou, que reviste el carácter sacerdotal, rezó un responso.

En el estrado y sobre una lujosa cama imperial, alumbrada por gran número de luces, fué colocado el ataúd á cuyos pies y sobre un almohadon se veian la toga y el birrete.

El cadáver estaba vestido con la toga, la muçeta y los vuelillos sobre raso encarnado, color de la facultad de Derecho.

Pendientes del cuello ostentaba las medallas de catedrático, académico y consejero de Instruccion.

Detrás de la cama imperial se habian levantado dos altares y en el centro se colocó una mesa revestida de negro y oro donde estaba el crucifijo de plata que servia para el juramento de los doctores al tomar la investidura.

Por acuerdo del Ateneo, se depositó en el ataúd una de las doce medallas de bronce, conmemorativas de la fecha de la defuncion, en cuyo anverso se lee:

«Don José Moreno Nieto, el virtuoso sábio y eminente maestro de las ciencias, las letras y las artes, ha muerto, pero vive: Su patria le llora... Febrero 24 de 1882.»

Las once restantes se distribuyeron entre los que llevaron las cintas el día del entierro, reservándose una á la afligida viuda.

La primera corona que fué colocada en la cama imperial, era negra, sembrada de pensamientos color morado, y en ella se leia la siguiente dedicatoria:

«La secretaría general de la Universidad, al que fué su querido rector.»

Desde las cinco de aquella tarde hasta las doce de la noche estuvo expuesto al público el cadáver del Sr. Moreno Nieto, y el siguiente todo el día hasta la misma hora de la noche, guardado por los porteros de la Universidad con uniformes negros.

Se habia solicitado permiso para celebrar misas en los altares de la capilla ardiente.

En los dos días que el cadáver estuvo depositado en la Universidad, el cordon de gente que fué á visitarle con el mayor interés y respeto, no se interrumpió un solo instante. Jamás vió Madrid una demostracion de duelo y simpatía superior á ésta. En los dos altares colocados al lado de la cama imperial se celebraron continuamente misas, que fueron ayudadas no sólo por alumnos, sino tambien por catedráticos de la Central y académicos de las reales de esta córte.

Unas ochenta mil almas visitaron la capilla ardiente en los dos días que estuvo en ella depositado el cadáver de ilustre profesor, y antes de soldarse la caja hizo el boceto de Moreno Nieto, el

(1) Como resultados de este acuerdo la *Gaceta* del 1.º de Febrero de 1883 publica la Ley concediendo á Doña Josefa Moreno Nieto, una pensión de 3.750 pesetas trasmisibles á sus hijos.

laureado pintor Casado, que generosamente se había ofrecido a pintar el retrato del ilustre Moreno Nieto, que había de colocarse en el salón de retratos del Ateneo.

Es un rasgo que hace honor al autor de *La campana de Huesca* y *Los Carvajales*.

IX

En la tarde del día 27 tuvo lugar el entierro. El cortejo fúnebre ofrecía, por el número y la calidad de los concurrentes, por la representación y el nombre de los que formaban el duelo de todas las clases, de todas las corporaciones y de todos los partidos, un esplendor imponente y un espectáculo de luto y de simpatía, de admiración y sentimiento unánimes hacia el que fué de todos querido, y no será por nadie jamás olvidado.

No recordamos un movimiento de dolor semejante en ningún entierro civil al que ofrecía aquella tarde el pueblo entero de Madrid, que miraba como hijo suyo, que tenía por aquella inteligencia superior del sabio inolvidable, ayer igual entusiasmo que la tierra dichosa que le vio nacer, y hoy el mismo pesar que la nación entera, de que fué Moreno Nieto gloria pura, legítima y honrada.

Si los admiradores llenaban las calles del tránsito, entre las doce mil personas que acompañaban al féretro, no dejó de observar la mirada experta una sola cara de las que el mundo conoce, ni un solo apellido de los que brillan por sus méritos en las ciencias, en las artes, en las letras y en la política española.

Describiremos aquí lo que vimos aquel día, y que conservaremos eternamente en nuestra memoria.

Desde antes de la una notábase gran movimiento de gentes y carruajes en las calles que afluyen a la de San Bernardo.

En toda la carrera que había de seguir la fúnebre comitiva se formaron desde muy temprano, en una y otra acera, apiñadas filas de personas de todas las clases sociales para ver pasar el cortejo.

El claustro universitario había circulado invitaciones al entierro, y a las dos eran innumerables los individuos de corporaciones que poblaban el paraninfo nuevo de la Universidad Central, lugar de la cita.

Las comisiones de estudiantes que en representación de sus compañeros formaban en la comitiva, llevaban un lazo en la levita de cintas de los colores que sirven de distintivo a las facultades.

A las dos en punto se puso en movimiento el fúnebre cortejo, por el orden siguiente:

Agentes de orden público.

Los niños del Hospicio.

El clero parroquial.

El féretro, conducido en una carroza magnífica, arrastrada por seis caballos negros empuñados, y rodeado de los bedeles de la Universidad y porteros del Senado con hachas encendidas.

La caja mortuoria era roble, de zinc, y con relieves dorados.

Detrás iba el duelo con la representación de la familia.

Los alumnos de la clase del Sr. Moreno Nieto.

Los escolares de los institutos de Madrid, de todas las facultades y de todos los establecimientos de enseñanza, dependientes de la Universidad.

La institución libre de enseñanza.

Los profesores de la escuela nacional de Música.

La academia de Jurisprudencia.

El ateneo de Madrid.

El Círculo liberal-conservador.

El Fomento de las Artes.

La Sociedad Económica Matritense.

El Círculo nacional de la Juventud.

Los representantes de la Unión Católica.

La asociación de Escritores y Artistas.

La casi totalidad de los escritores y periodistas de Madrid, y entre ellos los ministros de la Gobernación, de la Guerra, de Gracia y Justicia, el gobernador civil, y presidiendo juntas y sociedades, ó confundidos con la multitud todos los hombres civiles de nombre más esclarecido que registrará la historia contemporánea.

Las cintas del féretro las llevaban los señores Montero Ríos, Lafuente (D. Vicente), Alonso Colmenares, Perea (D. P.), marqués de Vadillo, Pedregal, el Sr. Díaz Merry, en representación de la facultad de Derecho, y un individuo de la familia del finado.

El clero de la parroquia de San José, á la cual pertenecía el ilustre finado, figuraba en el cortejo con cruz alzada, presidiendo por cesión que hizo el párroco de la presidencia D. Eduardo Palau, que vestía la capa pluvial.

La colgadura que ostentaba el balcón principal de la Universidad fué la misma que se colocó para rendir igual triste tributo al fallecimiento del cardenal Cisneros en Alcalá, y en Madrid á los Sres. D. Fernando de Castro y D. Julian Sanz del Río. La bandera ondeaba á media asta, y por orden expresa del rector se prohibió la presencia en los balcones de persona alguna.

El Centro Militar colgó sus balcones con crespones, como el Ateneo de Madrid. El círculo nacional de la Juventud con los colores nacionales enlutados.

Las coronas eran tantas en número y tan significativas, que bien merecían que las consignemos.

Figuraban en primer término la del Ateneo,

llevada en un asta de bronce y acompañada de una comisión de ateneístas. Era de rosas negras y hojas de oro.

La de las profesoras de comercio é institutrices de rosas negras y hojas moradas.

La del instituto del Cardenal Cisneros, costeada por alumnos y profesores, de pensamientos y siemprevivas.

La de los estudiantes extremeños, negra con pensamientos y hojas de oro.

Las de los periódicos *El Imparcial*, *El Liberal*, *La Correspondencia*, *La Epoca* y *El Progreso*, eran negras con dedicatorias de oro.

La de la Sociedad de los Escritores y Artistas.

La del Círculo Conservador, que era magnífica, con cintas, enlazando el color negro y el azul de la facultad de ciencias.

La de los catedráticos de la Universidad, con cintas negras y encarnadas, simbolizando el color de la facultad de derecho.

La del Círculo Nacional de la Juventud, de cintas, plumas, hojas y flores negras, con espigas de oro.

La de la secretaría de la Universidad, negra.

La de la Facultad de Farmacia, negra, con hojas de oro.

La de los discípulos de derecho internacional del Sr. Moreno Nieto.

La del Centro Militar con flores negras y rosas de oro. Y otras muchas que se colocaron sobre el féretro, y entre ellas la modestísima del autor de estas líneas, ofrenda filial al amigo cariñoso que tan indelebles recuerdos deja en nuestro corazón.

Brillante era aquel cortejo fúnebre. La política estaba representada por todos los partidos. El señor Castelar con el estado mayor republicano histórico, el Sr. Martos con las más importantes personas del antiguo radicalismo, el Sr. Cánovas del Castillo presidía el Ateneo, y el Círculo Conservador con su vicepresidente el Sr. Elduayen y la mayoría de sus socios de rigoroso luto, los obreros de El Fomento de las Artes, la democracia en todos sus matices, con todos sus jefes; y todas las corporaciones, y todos los centros, y todas las sociedades, y todo Madrid detrás del féretro, en la carrera y en los balcones.

La nativa sencillez de aquel hombre eminente que sintió palpar en su cerebro todos los problemas de la ciencia, y en su corazón sin hiel todos los entusiasmos de la religión y del arte, no soñó jamás a su retiro y en su modestia con honras fúnebres semejantes; con la esplosión sin ejemplo del público dolor, la menos oficial, la más espontánea, y en algunos momentos tumultuosa; la que sirvió, si no de consuelo al amargo llanto de la familia atribulada, de dulce lenitivo y recuerdo constante en sus aflicciones.

El número de carruajes que cerraba la comitiva pasaba de 300; el primero era el del Senado, después seguían los de los presidentes de las sociedades, los de los ministros y los particulares.

La colonia extremeña asistió en masa al entierro, y el Sr. Montaner, director de *El Independiente*, de Badajoz, llegado á Madrid expresamente con aquel objeto, era el que muy justamente llevó la representación de aquella prensa.

Al llegar el féretro al cementerio de San Isidro se rezó un responso, y los alumnos de la facultad de derecho depositaron el cadáver en tierra, sepultura núm. 24, en el patio de Santa María de la Cabeza, y próximo á los restos del Dr. Lopez Sanchez, catedrático de derecho, fallecido también muy recientemente.

Antes de dar tierra al cadáver se rezó otro responso, y se introdujo la caja de zinc en otra grande de madera.

Durante estas ceremonias se repartieron poesías dedicadas al finado. Una de ellas, el soneto de Manuel del Palacio, es notable. Decía así:

Llore la patria al orador fogoso
que aun ayer la tribuna ennoblecía;
llore la ciencia al que en su altar un día
inmoló de su espíritu el reposo.
Dejadme á mí llorar al cariñoso
y dulce amigo de la infancia mía;
al que Sol admiré que amanecía
y hasta en la sombra me parece hermoso.
¡Treinta años hace ya! Duro destino
éste por el que vamos arrastrados,
átomos á merced del torbellino.
Viendo al fin de la tarde ya cansados,
que bordan los linderos del camino
¡girones de nuestra alma desgarrados!

Llegaron á pié hasta el mismo cementerio el presidente del Consejo, el ministro de Fomento, los presidentes del Senado y del Congreso, todos los de las sociedades y corporaciones que presidió Moreno Nieto, y los ministros que se unieron á la comitiva, como hemos dicho antes.

Cuando se despidió el duelo eran las seis.

Al abandonar el cementerio, los amigos, los hermanos, los discípulos de Moreno Nieto, fijaban sus miradas en aquel recinto de muerte y soledad; y cuando el dolor sin esperanza profería el *último adiós*, una voz secreta, el impulso de una creencia, despertó en nuestra memoria el consuelo del poeta creyente.

¡Un día llegará en que todos seremos contemporáneos!

X

Aquella noche fuimos al Ateneo.

La biblioteca permanecía cerrada.

Y aquel modesto sillón sobre el que tantas veces descansaba el cuerpo enfermo y débil del filósofo, y en que soñaba aquel cerebro, en el continuo hervor del pensamiento, estaba cubierto con crespones, y sobre el respaldo se había colocado el retrato del insigne ateneísta, orlado de laurel.

XI

Pocos días después Madrid entero se citaba á la iglesia de San Isidro el Real, donde habían de tener lugar los funerales.

El espacioso templo se hallaba adornado con colgaduras negras, y el gran número de velas colocadas por toda la cornisa y líneas salientes de las tribunas, producían brillante efecto.

En el crucero no se levantaba suntuoso y colosal túmulo; un sencillo paño negro con la cruz de San Andrés representaba la sepultura del modesto sabio, rodeándola 40 blandones colocados en elevados candeleros.

Desde las diez empezaron á llegar gran número de socios del Ateneo, individuos de la Academia de jurisprudencia y de diferentes corporaciones literarias, científicas y artísticas, tomando asiento en las filas de banquetas que había á lo largo del templo.

El duelo se hallaba á la izquierda del crucero, ocupando el primer sillón el señor Cánovas del Castillo, presidente del Ateneo, y teniendo á su derecha al P. Sanchez, al señor Posada Herrera, y á los señores Pedregal, Arrillaga, Carballeda, Bofill, Moya y otros individuos de la Junta directiva de dicha Sociedad, así como á los representantes de la familia del difunto, señores Moreno Nieto, Medina y Fumes.

En los demás bancos inmediatos se hallaban el presidente y el fiscal del Supremo, catedráticos, ex-ministros conservadores y académicos, viéndose confundidos entre los individuos de la casa ateneísta, poetas, publicistas, oradores y personajes de todos los partidos y de todas las escuelas, entre ellos los señores Nuñez de Arce, Fernandez de la Hoz, Magaz, marqués de Vallejo, Perier, conde de Villapadierna, Borrego, Galdo, Santero, Berzosa, Vidart, Palacio (D. Manuel), Castro y Serrano y otros muchos.

El público ocupaba las capillas y el local restante con toda regularidad y tanto orden que las misas rezadas que ordinariamente se celebran estaban concurridas como de costumbre, sin que hubiera que lamentar la más pequeña indiscreción, lo que realmente no suele suceder ante la aglomeración de la gente en las iglesias.

Se cantó el oficio de Eslava, por los coros del teatro Real, un cuarteto de la capilla de Palacio, y otro del teatro Real también, y ejecutó la arte musical con perfección intachable la sociedad de Conciertos dirigida por el maestro Vazquez, como él saber hacerlo.

La función comenzó á las diez y media y duró tres horas.

Como ya hemos dicho, el templo estaba iluminado por multitud de luces que señalaban las líneas arquitectónicas, y colgadas las capillas y las tribunas de terciopelo morado con galon de oro.

El rector señor Isbert tomó gran interés por el mayor esplendor de la fiesta religiosa, que ha sido un ejemplo de lo que deben ser estos oficios fúnebres.

Al terminarse el acto religioso, los grupos de gentes invadían la calle de Toledo. Todas las personas pedían puestos de honor en las veladas literarias que preparaban los centros científicos de Madrid, en memoria del ilustre profesor.

La de la Academia de jurisprudencia, como las del Fomento de las Artes y el Ateneo de la Juventud, estuvieron brillantes. Pero ninguna puede compararse con la del Ateneo científico y literario que se celebró la última de ellas.

Imposible describir el aspecto que ofrecía el Ateneo desde primera hora de aquella noche. Gasas y coronas bajo el dosel de la presidencia en señal de duelo y un público tan numeroso como nunca se reunió en aquel augusto recinto, esperando en actitud callada y respetuosa á que la velada comenzara. En voz baja hablábase del amigo inolvidable, del profesor querido, del orador y del sabio; se referían sus estudios y trabajos sin tregua, ponderábanse sus virtudes en la vida privada y en la pública; hacían unos elogios de su memoria, otros de su bondad, y por doquiera se oía pronunciar su nombre honrado, con la tristeza y la pena que acompaña á la pérdida de un hombre ilustre, y el entusiasmo que su mérito y el recuerdo de sus triunfos inspira.

Entre los concurrentes había gran número de personajes no tan conocidos en el Ateneo como en el Círculo conservador. Acudían á tributar la última muestra de afecto al correligionario y acaso también á escuchar la palabra, no muy prodigada por cierto, del jefe del partido.

No defraudó el Sr. Cánovas las legítimas esperanzas que había hecho concebir á todos su intervención en la velada. Su sentido discurso de aquella noche, serio, razonado, exento de toda vulgaridad, revelando vastos conocimientos en aquellas ciencias en que fué maestro el ilustre finado, narrativo en unos períodos, laudatorio en otros, desentrañando con delicada crítica y vista perspicaz los ideales en que inspiró sus discursos y sus actos aquel hombre superior por su bondad y su ciencia; y todo esto hecho con amor, en un estilo robusto y viril, sin sensiblerías, pero rebosando senti-

miento por su pérdida y veneración respetuosa á su memoria, puede asegurarse que fué una obra maestra que mereció con justicia los aplausos nutridos que se escucharon durante largo rato al terminar la lectura.

Luego que los aplausos acabaron, y despues de leídos por el Sr. Cañete trozos escogidos de discursos del Sr. Moreno Nieto, tocó el turno á la poesía en la tarea grata de honrar su memoria.

Palacio, Velarde y Fernandez y Gonzalez (don Manuel), eran los autores de las poesías leídas. Renunciamos con pena á copiarlas porque las dimensiones de este trabajo escederian al espacio de que disponemos en LA AMÉRICA, pero consignaremos que la del Sr. Fernandez y Gonzalez, leída con singular maestría y sentimiento por el jóven poeta D. Carlos Fernandez Shaw, mereció al anciano autor una ovacion entusiasta por el vigor de la versificación y los pensamientos bellísimos que encierra.

Todas las poesías fueron muy aplaudidas y dignas de la solemnidad á que se destinaban.

El Ateneo de Madrid cumplió como bueno. Moreno Nieto le dedicó su talento y su ciencia. El, con proceder hidalgo, honró agradecido su memoria.

XII

Y en tanto que Madrid honraba de tal manera la memoria de Moreno Nieto. ¿qué hacia Extremadura en honor al sábio profesor, su ilustre hijo?

La noticia de su fallecimiento fué una explosion de dolor en todas las clases del país. El claustro del Instituto de Badajoz, los redactores de todos los periódicos de aquella localidad y el Ateneo Escolar Badajozense, celebraron reuniones y tomaron acuerdos más ó ménos acertados y todos encaminados al objeto de rendir tributo de admiración y respeto al ilustre finado.

El Ayuntamiento de Siruela, tan luego como tuvo noticia de la muerte de su preclaro hijo, acordó colocar una lápida en el salón de sesiones, conmemorativa de tan triste suceso. El pueblo sin excepcion de clases se hallaba sumido en el más intenso desconsuelo.

Los principales acuerdos que se tomaron en la capital, fueron los siguientes:

Erigir una estatua en la plaza de Minayo, á Moreno Nieto.

Celebrar una velada literaria en el Instituto provincial.

Abrir una suscripcion en todos los pueblos de la provincia, para los hijos y la viuda de Moreno Nieto (1).

La Diputacion provincial en su reunion del dia 5 de Marzo, acordó:

Consignar en el presupuesto adicional mil pesetas para los funerales que celebrará la provincia en honor del ilustre catedrático; y mil quinientas para un retrato de tan distinguido extremeño, que ha de ser colocado en el salón de sesiones.

Crear un premio que se llamará de *Moreno Nieto*, y que se adjudicará en el presente curso académico, y en los seis sucesivos, al alumno más distinguido entre los que hayan de graduarse de bachilleres.

Todos estos acuerdos se vienen cumpliendo con religiosa exactitud, y pronto la antigua capital de Extremadura tendrá el orgullo de ostentar en el centro de una de sus plazas la estatua del génio más grande que ha dado al mundo aquella provincia en el presente siglo, y cuya muerte llevó el luto al corazón de todos los españoles y un amarguísimo duelo al de los extremeños, entre los que deja esta pérdida un gran vacío, que tarde se verá ocupado. Un periódico de aquella localidad (2), decia á este propósito lo siguiente:

«Ayer era Adelardo Lopez de Ayala. Hoy es Moreno Nieto el que nos falta. Una á una van desapareciendo las grandes figuras, ornamento de nuestra provincia, que de dia en dia vé disminuir el catálogo de sus hijos ilustres, sin que vengan otros á reemplazarles.

«¿Cuándo volverá á recoger Extremadura el cetro de la ilustracion, que la muerte acaba de arrebatarse de entre las manos á Moreno Nieto? ¿Cuándo brotarán en las orillas del Guadiana laureles semejantes á los que circundaron las sienes del inmortal Ayala? Al duelo de las musas ha sucedido el duelo de la tribuna y de la cátedra. Nuevo luto de perdurables crespones rodoña hoy las tristezas de la patria, y otra irreparable pérdida desata la vena del llanto, apenas enjuto, agobiándonos con lo tremendo del golpe, lacerando nuestro corazón con las torturas de perenne duelo...»

¡Ay! las amargas penas del que estas líneas escribía, tenia presente, sin duda, que la política habia poco há ultrajado á Moreno Nieto, negándole su provincia los votos que tantas veces le habia dado para que la representara en las Cortes, para dárselos á un modesto ciudadano, desconocido de todos, y que para más ironía... es tartamudo! Por algo se dice que la política no tiene entrañas.

Moreno Nieto murió siendo senador por la Real Academia; corporacion que, al darle su represen-

(1) El sábio catedrático vivia pobremente de su sueldo de la Universidad y de una correspondencia para el *Diario de la Marina*, de la Habana, que le proporcionó el glorioso escritor Ayala, así fué que á su muerte dejó á su familia el capital de ¡¡¡treinta pesetas!!!

(2) *El Eco de Fregenal*, dirigido por nuestro querido amigo D. Manuel de Velasco, marqués de Rio-Cavado.

tacion en el alto cuerpo colegislador, quiso así vengar la ofensa que hacia el distrito de Castuera, suplantando en las Cortes la gran figura de Moreno Nieto por un desconocido, y que exprofesamente escogieron porque era tartamudo, sin duda como desagravio de los elocuentes discursos que en el recinto de las leyes pronunciara mil veces el elocuente extremeño.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

PENSAMIENTOS.

A MI ADMIRABLE AMIGO EL SR. D. EUDORO GAMONEDA.

Todo tiene su puesto en la naturaleza: los céfiros y las flores en la primavera, las tempestades y los hielos en el invierno y la tristeza en el corazón humano. Dios es un astro que nunca se pone: el alma, hecha á imagen y semejanza de El, nunca le vé, porque el pensamiento le ha rodeado de las tinieblas de la tierra y de las sombras de sí mismo.

El poder del cielo se manifiesta más grande y admirable en ese género de lo sublime que nos causa espanto, á la manera como las bellezas de una obra bárbara llegan más puras hasta nosotros al través de los siglos que la oscurecen.

Hay espíritus que solo crecen y se levantan á impulsos de una pasión irresistible ó en alas de las tempestades. Hay corazones que solo encuentran sus sentimientos en los primeros rayos de la aurora, en la plácida sombra de los bosques ó en el silencio de las ruinas. Los cedros que nacen en la cima de los montes más altos, no crecen ni se multiplican si el huracan no los combate; las flores de las praderas confían su «modesta posteridad» á los céfiros de la mañana.

La naturaleza es un libro mágico, depositario de nuestros sentimientos y de nuestras lágrimas. ¡Por eso el hombre, insecto con aspiraciones de ángel, deja muchas veces todos sus recuerdos y deseos en una flor marchita ó en una piedra!

La virtud es un árbol que crece sobre una roca situada en medio de un mar tempestuoso; cuando las olas, arrastradas por los vientos, llegan hasta él, le despojan de sus frutos para trasportarlos á las costas habitadas, donde apenas hay una mano que los recoja. El alma virtuosa es una planta solitaria cuyas flores no tienen espinas: cuanto más la combaten nuestras ingratitudes, más nos enriquece con sus tesoros.

Cuando la Providencia quiere poner un término á nuestra felicidad, arroja en nuestro camino algun despojo que hable al corazón con la voz misteriosa y triste de las alegrías pasadas.

En el alma no hay más que un dolor cierto nacido de un falso deseo. De las tranquilas ondas de los rios y de la espuma de los mares, se levantan los diáfanos vapores que forman la nube, precursora de la tempestad y asilo del rayo.

Dios ha colocado la felicidad despues de la vida, para llenar con una esperanza el inmenso vacío de la muerte.

El malvado pretende oscurecer con las sombras de sus crímenes la amenazadora claridad que eternamente le rodea, y no sabe que la luz, que delata su condicion, es divina, aunque llega hasta él, y concentra sus celestiales y poderosos rayos en su conciencia amedrentada.

Así como de un combustible impuro nace un fuego que alumbra y vivifica, del polvo corrompido de la tumba y de la sombra de la muerte, se levanta el pensamiento, llama inmaculada que busca en Dios su venturosa eternidad y sus amores.

El alma no puede fijar sus ideas en esa nada que los ateos invocan como única divinidad. ¿Para quien es provechoso el ateísmo? Respóndanme los que se llaman desvalidos. ¡Ni una sola voz! Solo escucho el dulcísimo canto de la esperanza. ¡Ah! La religion es la única patria del espíritu.

La piedad tiene su asilo en el valor: así se oculta la miel en el robusto tronco de la encina que ha resistido al tiempo y á las tempestades.

¡Qué horrible es la soledad cuando el cielo y los hombres nos abandonan!

La duda es un astro apagado, detenido por la maro de la desesperacion sobre el horizonte de la muerte.

El amor es la primera virtud de la mujer. Dios llenó de fé y de ternura el alma de nuestra primera madre. La mujer necesita el amor para ser fuerte en su debilidad; para comprender sus placeres de niña, sus sentimientos de doncella y sus deberes de madre; para sostenerse sola en el revuelto torbellino del mundo; para secar el llanto de sus hijos y para llenar las horas de la vida de su esposo, del pudor de su corazón y de las esperanzas de su alma. La mujer ha sido siempre mi religion. La amo sin comprenderla, porque está llena de misterios; respeto su docilidad; soy débil ante su ternura, y creo que entre Dios y yo no hay más que una senda de flores que conduce al cielo, un rayo de luz y un ángel: la caridad, el amor y la mujer virtuosa.

No hay en la historia más que un nombre, Dios, y dos dogmas que son dos recuerdos, *el de la felicidad primitiva y el de la inmortalidad del alma.*

La vanidad de mis pensamientos y de mi orgullo, volverá á la tierra con el polvo de mi cuerpo.

La vida es tan incomprendible, tan dolorosa y tan grande, que bien puede preceder á una felicidad eterna.

El hombre detenido en su carrera por la desgracia, solo sabe preguntar con Adam: «¡Oh tú, sol, y vosotros, árboles, bosques, colinas, valles, animales diferentes! ¿Sabéis el nombre del que me ha creado?» Y todo toma la voz del cielo, y el hombre abatido por el infortunio, encuentra á Dios en todas partes. El alma no dirige aquella pregunta á los hombres, porque presente que no hay en ellos la elocuencia de la soledad ni la pureza de las flores.

La tranquilidad del espíritu aligera el sueño de la vida y alumbra el sepulcro con luz de aurora.

Dios ha colocado una copa en cada mano del hombre: la primera está vacía de recuerdos y de lágrimas; en la segunda faltan esperanzas y sonrisas. Cuando bebemos de la primera copa, que es la de la felicidad, el hastío se apodera de nosotros, nuestro descanso es inquieto y nuestras ideas se abisman en lo pasado; cuando acercamos á nuestros labios la copa del dolor, el presentimiento de los males que nos amenazan rodea de tinieblas el porvenir y nos aparta del presente.

El amor es un viento celestial que despierta la virtud y somete el vicio al benéfico influjo de las tempestades de la conciencia.

Dios, al arrojar al hombre del Paraíso, le quitó el poder, la felicidad y la inocencia, y le dejó el deseo.

El desgraciado llena de tristeza todos los espacios, y las maravillas de la tierra y los misterios de la Divinidad son ménos puros y ménos grandes que uno solo de los sentimientos de su corazón. ¿Por qué, pregunta, la naturaleza no se oculta en sombras de muerte, la paz de los hombres no es perturbada por mis dolorosos deseos y los astros no palidecen cuando asoman las lágrimas á mis ojos? Y todo le parece vago como sus ideas, triste como un desierto sin luz y sin oasis y sombrío como un espíritu sin esperanza y sin amores.

El hombre pasa las horas discutiendo la virtud que no practica y practicando lo que no siente ni discute.

El amor lo diviniza todo, hasta las palabras de que nos valemos para expresarle.

Es tan profundo el tédio que me inspiran las cosas humanas, que únicamente me parece grande lo que no existe, ó lo que solo existe en mí.

Cuando el espíritu humano avanza, la naturaleza camina con él, iluminada por su luz ó rodeada de sus sombras.

Compadecemos al desgraciado, pero al mezclar con las suyas nuestras lágrimas, solo lloramos en silencio nuestros dolores.

Una secreta languidez me devora: el cariño y la inocencia de algunos seres no bastan para llenar mi corazón, en el que falta algo que no es terreno, y sobran sentimientos que no son míos.

¡Cómo pesa la vida! ¡Cómo queman las lágrimas! ¡Qué es el corazón más que una hoja arrastrada por el viento y confundida con el polvo de la tierra? El placer es una palabra, la muerte es un misterio, nuestro orgullo es un poco de barro dorado con que se cubre nuestra miseria... ¿Y qué es el hombre? Hace bastantes años que le estudio, y cada día le encuentro más pequeño. Esclavo y juguete de todo, no conoce más ley que su egoísmo, ni más divinidades que sus pasiones. Es ambicioso, y se somete al juicio de un necio; es ateo, y la muerte le espanta; es sabio, y su sabiduría no le hace feliz; es libre, y la servidumbre tiende sobre él su mano y mancha sus labios con el polvo desprendido de la espada de un déspota... El hombre debería ser todo, pero no es nada. El dolor ha escrito en su pensamiento estas enérgicas palabras: «¡Polvo eres, y en polvo te convertirás!» Y en todas partes encuentra polvo. ¡Dios mío! el pueblo que rompe sus cadenas, ¿no cumple un deber que Tú le has impuesto? ¿No te obedece? ¡Dios de paz y de amor, á quien el alma siente en su desgracia! ¿podrás maldecir al hombre que vuelve á Tú por sendas de abrojos? No. Tu piedad no puede rechazar á quien te dice:—Padre, fui vencido, pero te adoro. ¡Júzgame!

En vano pretendemos hablar en razón, porque nuestras pasiones siempre dejan oír todos sus acentos.

En la melancolía se confunden los cantos de la felicidad y los lamentos del infortunio; por eso el hombre la siente hasta en sus placeres, que nada hay en la tierra que, al pasar á nuestro lado, no deje una lágrima en nuestros ojos y un sentimiento doloroso en nuestro espíritu.

La imaginación es un cielo cuyas nubes ó esperanzas reciben la luz de un sol que brilla siempre en el Ocaso.

Todo me causa tedio, y aún no he gozado de nada; todo aumenta mis deseos y todo destruye mis ilusiones. En vano mi pensamiento procura dar vida á una existencia efímera y gastada: no basta mi corazón para llenar la inmensidad de un mundo vacío.

La alegría nos conmueve poco tiempo, porque el alma acaba siempre por ceder á la necesidad que tiene de recordar sus pesares.

La voz del que se muere es triste y profética: es el último rayo de un sol que se apaga para brillar de nuevo en otro cielo; el postrer gemido de una ola que abandona las playas del mundo; la última plegaria de una conciencia que habla con Dios de sus recuerdos y de sus amores.

Cuando viene á tierra el edificio de nuestra felicidad, todo, el silencio, las lágrimas, las piedras y los seres insensibles, se animan al brillo de nuestras miradas y hablan el lenguaje de nuestros dolores.

Cuando pienso en Dios, me avergüenzo de mostrarme ingrato, y olvidando mis pesares, abro mi corazón al recuerdo de las alegrías pasadas y al dulce presentimiento de una felicidad sin inquietudes.

Somos tan pequeños, que nuestras obras solo ofrecen una imagen de la nada.

Hay sabios que pretenden encontrar en todas partes una justicia y una virtud casi perfectas; ¡ah! el movimiento del corazón y de la inteligencia humana, es menos uniforme que el del compás del geómetra.

La ciencia me ha enseñado tan pocas verdades, que no ha podido llenar en mi espíritu el vacío de una duda.

Las alegrías de quien corre en pos de engañadoras ilusiones por entre abrojos y abismos, ¡cuán poco valen, si se comparan con la sublime tristeza del alma que medita en la paz de un templo ó sobre la tumba del más oscuro ciudadano! Los corazones puros y los pensamientos humildes conocen su nada y contemplan los hombres desde el cielo en que dominan, á semejanza de las águilas, que tienden sus alas sobre las tempestades de la tierra.

El hombre se cree ignorado cuando abisma su pensamiento en lo infinito.

En la última escena de la comedia de la vida, no hay más que un poco de sombra y un puñado de tierra: confesemos que esa escena no puede ser más silenciosa.

Tengo que ser esclavo de la virtud para ser libre.

Vale tan poco la felicidad humana, que solo sirve para hacernos caer en los vicios más funestos y en las tinieblas más densas. Nada hay que no nos parezca misterioso, porque todo depende de la Providencia, cuyos designios desconocemos. Dios está sobre todos los pueblos y tiene en sus manos los pensamientos de todos los hombres.

La vida es un himno, fúnebre en la parte que acaba con el dolor, y triunfal en aquella cuya primera armonía nace en el sepulcro y resuena eternamente en las alturas.

La belleza influye benéficamente en el espíritu, y el espíritu obra sobre el corazón: por eso creo que el hombre insensible á la primera, no puede ser un buen conocedor de la virtud.

La tierra está llena de ruinas: todo cae, pasa ó muere. Llegará un día en que el sol será un átomo apagado... ¿Quién, sino Dios, es soberano de un imperio eterno? Allí donde El brilla con toda su gloria, nada envejece ni se arruina.

La amistad es un sentimiento que huye, como algunas aves, con las estaciones, y como muchos hombres, con las riquezas.

Los placeres son como las lágrimas, agradables á la vista y amargos en los labios.

Me desespero al considerar que ese momento de embriaguez que llamamos vida no puede llenar el vacío de mi corazón. Amo, y en lo que más amo mueren mis esperanzas. Mi pensamiento es una soledad.

La virtud que nace de la razón es más admirable que la que practicamos por instinto, pero es menos segura.

Nada hay que sea más útil á la sociedad que los preceptos morales legados á los hombres por los grandes filósofos; pero esos preceptos quedan oscurecidos ante las inexactas consecuencias que deducen de ellos los ignorantes ó los malvados.

Cuando el alma está cerca de Dios, el cuerpo no siente el peso de la vida, porque está todo entero en la tierra.

¡Cosa extraña! El universo es un libro divino en el que solo aprendemos á ser soberbios.

El dolor es triste hasta en sus sonrisas.

El ateo encierra su pensamiento en un círculo de polvo; no ama á su patria; nada le dicen los sepulcros; nada le dicen el cariño de su madre, la inocencia de la niñez, la amistad, el amor, la juventud, las imágenes de los lugares en que ha vivido... ¡Ay del corazón si le faltan los recuerdos! Ellos flotan, como restos inútiles, en el mar de la vida; ¡pero cuánto respeto y cuántas lágrimas merecen!... ¡Solo el alma que recuerda y espera es más fuerte que las injusticias de los hombres!

«¡Solo Dios es inmutable!»—Si quereis sentir la verdad de estas palabras, decidlas en voz alta á los sepulcros.

Nada turba para siempre la inocencia y la paz del corazón: pueden marchitarse las flores, á pesar de su pureza y de la hermosura de los valles, pero sus perfumes no caen ni se desfiguran como sus hojas.

La enfermedad más temible del espíritu no es la ignorancia, sino la vanidad que resulta de una falsa sabiduría.

Algunas veces nuestra felicidad queda oscurecida ante el polvo que levanta un cuerpo querido al caer en el sepulcro; pero apenas los rayos del sol alumbran la pesada nube, la fé nace en nosotros y Dios aparece.

La muerte es el término de la esperanza.

El hombre nada puede, porque comunica á todas sus obras la debilidad de su corazón.

Siempre estoy solo. ¡Cuántas veces pido al dolor sus inquietudes y sus lágrimas! Y hay momentos en que el dolor no quiere ser mi compañero.

Un poder oculto embellece lo que los años han destruido. Del polvo de la vida nacen las flores que rodean los sepulcros... ¡Siempre la muerte, misteriosa y terrible, al lado de la belleza y de las ilusiones más risueñas de nuestra alma!

El hombre está unido al mundo por sus instintos y al cielo por sus esperanzas: se parece á esos árboles que sepultan en la tierra sus raíces y ofrecen á los rayos del sol sus frondosísimas copas doblegadas al peso de sus flores.

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

LA ORDEN DEL BECERRO DE ORO.

CRÓQUIS AUTOBIOGRÁFICOS.

Tuve una visión.

En un desierto sin oasis levantábase un inmenso palacio, cuya arquitectura hubiera merecido los aplausos de Churriguera. Con sólidos trozos de mármol se habían construido las paredes; en el techo brillaba el oro profusamente empleado; deslumbraban las escaleras de plata, las cuales, con su estremada pulidez, hacían harto fácil una mortal caída. ¡Extraña cosa! Así como en ciertos edificios se asoma la humedad á los muros, los de esta suntuosa morada, examinados de cerca, presentaban sus poros cubiertos de gotitas mil, unas semejantes á lágrimas, otras a sangre.

En medio del salón principal, que aturdió con la multitud de sus costosos muebles y la exuberante ostentación del terciopelo, la seda y los metales preciosos, alzábase un trono, tan salpicado de diamantes, zafiros, perlas y rubíes, que hubiera causado insomnios de envidia á Jerjes ó Aureng-Zeyb. Como en torno de luciente lámpara giran fúnebres mariposas, revoloteaban alrededor de aquel sólo siniestros demonios.

Discurrían por el salón numerosos grupos de damas y caballeros; aquellas hablaban de brocados, blondas y aderezos, del probable caudal de tal ó cual galán; entre los demás sonaban continuamente las palabras *venta, cotización, tanto por ciento*. La luz de aquellos ojos era la de un farol en noche de niebla; aquellos labios no parecían trazados por Dios, vista la imposibilidad de que sonriesen con ternura, con espontáneo alborozo; aquellas caras acordaban las cubiertas del Libro Mayor, las tapas hermosas de ciertas arcas.

—¿De quién es este palacio? pregunté á un individuo de aquel concurso.

—A la par, contestó distraído.

—Usted dispense, le dije, V. no me ha oído: deseo saber, mediante su bondad, dónde estoy.

—Descúbrase V. primeramente. Estamos en el alcázar de S. M. el Dinero.

Al percibir estas palabras los circunstantes se inclinaron más profundamente que un turco cuando saluda. Interpretando como reverencia el asombro, añadió mi interlocutor:

—¿No es verdad que ese rey puede mofarse del cacareado poderío de Alejandro II y Guillermo de Prusia?

—Los presentes y yo somos vasallos de tan insigne monarca, y nos hemos reunido porque dentro de media hora va á verificarse una gran ceremonia.

—¿Cuál?

—Es un misterio en este momento; mas no se queje la curiosidad de V., pues nada impide que presencie V. el acto. Entre tanto, diviértase V. recorriendo las cámaras, que bien lo merecen. Con gusto le acompañaría; pero, ¿ve V. aquel caballero me llama con señas y apremiadamente.

Nos separamos, pues, el informante y yo. Segun entreoí, una operación bursátil le había alejado de mí.

Saliendo yo del salón del trono, me encontré con una dilatada mesa, que presagiaba ser acreedora á los elogios de Vitelio, aquel emperador-estómago, si los señores críticos (*à tout seigneur tout honneur*) se dignan tolerar la metáfora. Entre las personas que por allí vagaban gozando fantástica y anticipadamente de los sabrosos manjares, había quienes pensaban hacer la digestión en una corrida de toros; otros, en carreras de caballos; no pocos en una lucha de pugilistas, sin que faltasen aficionados á reñido combate de fieras. Me vino á la memoria que, en tiempo de los Calígulas y Caracallas, sazónaba Roma sus festines con sangre de gladiadores.

Más lejos, se apiñaban jugadores en derredor de las fatales mesas. Como los miasmas que pueblan un ambiente corrompido, volaban en aquella atmósfera el demonio de la codicia, la flexible arteria, la encorvada y pálida deshonra, el robo, puñal en mano y presto el oído.

Llegué despues á la entrada de un aposento de donde emanaban penetrantes perfumes. Con áureas letras habían grabado en la puerta esta inscripción: *El amor es también una mercancía. Su precio se cotiza con mucha variedad. Dentro cantaban el Brindis de la Traviata. Pregunté por la biblioteca y me enseñaron una colección de libros de venta, facturas, etc. —Quise ver el jardín. Como en el Perú de Atahualpa, eran de plata y oro las plantas y las flores. Bien hecho: ¿qué tenían que hacer allí las favoritas del colibrí, las amigas de las abejas, con sus primores, su fragancia, sus matices? ¿Quién era allí capaz de comprender esos lindos pensamientos con que el Criador profusa-*

mente engalana su poema de la naturaleza? ¿Quién, allí, podía entender los símbolos de la pasionaria, recrearse con la amable coquetería de la rosa ó adivinar la secreta pasión del nenúfar?

Salió para formar una idea del edificio en su conjunto, así como para observar el frontispicio, y advertí que los caminos que conducían al palacio eran tortuosos, estrechos; los embarazaban matorrales y los interrumpían negros pantanos. En ciertos parajes asomaban hienas y chacales; en otros se enroscaban mortíferas serpientes; en algunos se veían esqueletos humanos, como esas reliquias de caravanas que á veces presenta el abrasante y árido Sahara. Considerando yo las sendas singulares por las cuales se iba al palacio de S. M. el Dinero, pensé en la calle de horcas que era preciso pasar para penetrar en la morada de Luis XI en Plessis-les-Tours.

Una estrepitosa sinfonía me anunció que llegaba el momento de la ceremonia esperada por el concurso reunido en el palacio. Corrí á presenciarla y llegué felizmente en ocasión que S. M. el Dinero, seguido de sus ministros Positivismo, Agio, Tanto por ciento, Sin Escrupulo, se dirigía á su destumbrante sáló. S. M. frisaba con los cuarenta años, aunque sus numerosas canas y arrugas aparentaban más edad; sus labios sonrientes parecían dos contraídas y secas hojas; era inquieta, inquisitiva su mirada. Servíale de cetro un enrollado y excepcional billete de Banco. Al sentarse, no se oyeron más que aclamaciones.

«Gloriosos vasallos míos,—dijo S. M.—la diligencia, los inauditos esfuerzos y fatigas con que habeis extendido y consolidado mi poder en el orbe, están profundamente grabados en mi sensible corazón. Gracias á vosotros, ya se da á las letras, á las bellas artes, á la ciencia, á la virtud, el exiguo valor que les corresponde. El oro es todo, todo. Este fecundo y sábio principio ha tenido en vosotros defensores su limes. Sí, el oro es todo! El sol, alma de la creación, pudiera llamarse la onza de Dios (1). Los reyes han establecido diversas órdenes para premiar á los pobres que en batallas cuyo motivo á menudo ignoran, sacrifican algún miembro y hasta la vida. ¿Por qué yo, para recompensaros, no he de fundar un cuerpo de honor? Exista pues, para ambos sexos, la Orden del becerro de oro, mil y mil veces más racional que las del Toison y la Jarretiera. No limito el número de sus individuos, que se clasificarán en caballeros y damas, ya de primera, ya de segunda clase, subordinados todos á un gran maestro. Usará éste, como insignia, la sacra imagen del becerro, colgando aquella de una cadena de serpientes, buhos y grifos de oro, salpicadas con lágrimas de diamantes (2). El mismo distintivo, pero de plata y sin diamantes, usarán los oficiales y damas de primera clase; las de la segunda, lo propio que los caballeros, llevarán el áureo becerro recamado en una gran banda roja, significando que están dispuestos á derramar por la santa causa hasta la última gota de su sangre. Siendo desde luego necesario nombrar á los que han de ocupar los primeros puestos, tomen la palabra los que más beneméritos se juzguen y manifiesten sus servicios.»

Vivas sin cuento rasgaron el aire, y así que se restableció el silencio, empezaron á relatar sus merecimientos los aspirantes. Voy á dar algunas muestras.

I

Tomó la palabra una señora.

«Nací de padres pobres, pero dotada de notable hermosura. Todos ensalzaban el esplendor de mis ojos, la blancura de mi tez, los georgianos perfiles de mi rostro, la turgencia de mi seno; jamás se habló de mi alma, de suerte que el amor del hombre se paga mucho de la copa, olvidando á menudo el licor. Enamoróse de mí un notable profesor de música, el cual con sus lecciones se proporcionaba una renta decente; pero le desairé, pues una secreta voz me llamaba más alto, mucho más alto. Prendóse de mí un anciano septuagenario, me hizo ciertas proposiciones que rechazé con altivez, lo cual,—como esperaba yo,—le condujo á hablarme de matrimonio. Confieso que por un instante, uno solo, me arredraron aquella des poblada boca, aquella peluca, aquella cara mas surcada que el mar, aquel cuerpo donde tan opaca y fea se manifestaba la vida; pero ¿no debe inmolarse por su rey un súbdito fiel, oh Dinero? Enlacé, pues, mi primavera con tan lúgubre invierno. El simple del músico se volvió loco. Cuando me abrazó por vez primera mi marido, creí que me estrechaban los secos brazos de la muerte y, para completar tal ilusión, le veía sin sus cabellos postizos, respiraba su aliento, nada fragante; más dispóse á los pocos días tal aprensión.

¿Qué feliz era yo cuando paseaba las miradas por mis régios salones; cuando, á mi voz, acudía solícita una turba de criados; cuando con mis coches, con mis joyas, con mis trajes, hacia rabiar de envidia á cien y cien rivales! Por todas partes encontraba yo respeto, homenajes; los periodistas, fieles adoradores del buen éxito, no me cita-

(1) Sin duda recordó S. M. que los alquimistas llamaban sol al oro.

(2) Recuerda, lector amable, que la serpiente es símbolo de la astucia; el buho, de la prudencia en el mal; el grifo de la rapacidad é injusticia.

ban nunca, á propósito de algun sarao, función de teatro, etc., sin calificarme, por lo ménos, de *distinguida*. ¡Con qué lástima contemplaba yo á amigas de mi niñez casadas por amor con pobretones, como si fuera aquel otra cosa que una bomba de jabón, una farsa pretenciosa!

A los tres años enviudé y me pretendió un marqués sesentón; pero marqués á regla, esto es, acaudalado. ¿Era posible vacilar ante sus títulos y millones? Le dí, pues, mi mano y quedé consolidada mi felicidad, importándome muy poco que, á causa de mis dos casamientos con ancianos, me comparasen unos con el líquen, el cual prospera especialmente en las regiones septentrionales, y otros con los buques balleneros, que hacen su agosto en los mares cercanos al polo. No he tenido amores, no me han cantado los poetas, ni he desperdiciado mis rentas en favorecer á artistas ni casas de caridad: á gloria lo tengo. He sabido educar tan bien á mis cuatro hijas, que siempre han mirado como novio-tipo al millonario. Ya llevo casadas dos, conforme á las buenas doctrinas. Cuando se presenta un aspirante muy engreído con su juventud y su elegancia y su talento y sus frases de novela, pero escaso de doblones, le quitan radicalmente los deseos de volver á galantearlas.

—Has practicado y difundido los sanos principios,—dijo S. M.;—te concedo la banda de primera clase.

II

En estos ó parecidos términos habló en seguida un aspirante:

«Yo era en Cádiz un barberillo que para calentar el estómago pasaba más apuros que para hallar dinero un ministro de la Hacienda española. Mis ocurrencias me granjearon la buena voluntad de un parroquiano, el cual me dijo un día: «¿No tienes ambición, Miguel?»—Mis grande que la catedral de Sevilla, le respondí; pero la maldita pobreza me tiene más oprimido que mujer mandona á marido babieca. A veces me entran ganas de ir á Madrid y meterme á político y luego á diputado y después á ministro; pero el viaje es ahora más largo que plazo de mal pagador y el hambre más segura que crisis en ministerio de mi tierra.»—«Calla, tonto, que mejor porvenir te reservo: te voy á hacer médico y enviarte á América. ¿Sabes bien lo que es América?»—Lo mismo que el Padre nuestro: América es... todo lo bueno,—un país de conquista, el paraíso empedrado de oro y diamantes; allí se fuman puros legítimos, como que no hay estancos; al volver de cada esquina se encuentra una rica heredera esperando á quien obsequiar con su mano y más millones que el banco de Inglaterra.»—«No tanto; pero vamos al grano. Tienes memoria y no pecas de lerdo. Da un vistazo á las asignaturas del bachillerato en artes y dentro de dos meses te graduarás. Tú posees audacia; yo, influencia; longanimidad, algunos catedráticos y así, en breve, transformado en doctor á la edad de 21 años, podrás atravesar el Atlántico, más campante que Cortés y Pizarro. Si te dicen que Velpeau y Sichel y Dupuytren no ganaron tan aprisa sus títulos, contesta que las inocentadas se quedan para los sábios y que tú necesitas oro, mucho oro.»—«Hasta con pata me conformaría.»

Realizado el plan de mi protector, me trasladé á la Habana. Canaa de pelones. Por todo capital llevaba mi diploma de doctor y buenas recomendaciones, entre ellas una para el director de una asociación piadosa, que, como es natural, por aquello de que la caridad bien entendida comienza por uno mismo, empezaba por socorrerse á sí propia, después favorecía ciertos fines clericales, y, por último y á veces, á los menesterosos. Entre los que pudiera llamar mis elementos de guerra, figuraba primeramente la homeopatía, espiritismo de la medicina; después unas píldoras que inventé al acaso, destinándolas á curar, si no la jaqueca y los dolores de muelas, mi desdichado bolsillo; por último, los bizcochos del doctor Ollivier arreglados por mí al uso hispano-americano. Como devoto, bauticé mis píldoras con el nombre de Santa Rita, haciéndolas desde luego simpáticas á las personas morigeradas. El subido precio que les puse les dió no poca importancia, pues no concebía nadie que no sea excelente lo caro; pero llegó á su colmo aquella por manifestar el anuncio que mis píldoras gozaban de favor entre la aristocracia de las principales naciones. Inmenso número de poetas, publicistas y oradores han trabajado por democratizar á la humanidad; pero, así como al mono del titiritero se le olvidó encender la linterna, descuidaron la friolera de cambiar la naturaleza del bípodo implume. Gané más con mis píldoras que si poseyese mina en California ó fuese vista de aduanas en Cuba.

Aun más notable fué el éxito de los bizcochos. Según decía el Dr. Ollivier, los había inventado en provecho de los descalabrados en sus excursiones por los bosques de Cíteres (V. M. aprobará sin duda esta pudorosa perífrasis mitológica) y la Academia de Medicina de París, más que por convicción, por favoritismo, los había aprobado y concedido al autor seis mil francos para indemnizarle de sus gastos y afanes, de suerte que hasta en los santuarios de la ciencia se necesitan padrinos. ¿Qué hice yo? Calculé que si los citados bizcochos que contienen bicloruro de mercurio (sublimado corrosivo) eran eficaces para terribles enferme-

dades, también lo serían para otras no tan graves ó de análoga importancia. Por consiguiente, en hojas volantes, en carteles, en periódicos, en lindos folletos anuncié:

«La maravilla del siglo!

Bizcochos depurativos.

Remedio infalible para todas las enfermedades de los niños y adultos de ambos sexos.

¡¡Premio de 24 000 francos concedido por la Academia de Medicina de París, la primera del mundo!!

Patrocinio del Gobierno francés.

¡¡Millones de vidas salvadas, como lo prueban certificados!!

Se encuentran los bizcochos en todas las buenas farmacias. Cuidado con las falsificaciones. Precio de cada latita: un duro y medio.»

EMILIO BLANCHET.

(Concluirá.)

ORÍGEN DE LOS REFRANES.

COMO PEDRADA EN OJO DE BOTICARIO.

Si non e vero...

Anton era un muchacho que había venido á este mundo cosido á su candidatura para la bienaventuranza.

Nacido de los ratos desocupados de un boticario y una confitera, que habían trabado relaciones á propósito de jarabes, y criado despues de la muerte de su madre detrás del mostrador de la botica paterna, Anton fué creciendo entre el líquen y la serpentaria, como una mata de borraja, sin que otras ideas penetrasen en su cerebro que las que le suministraban los *recípes* de la farmacopea.

Así, pues, Anton era lo que el vulgo suele llamar un pedazo de carne.

No tenía amigos, ni trataba con mujeres, ni conocía otras, que aquellas muestras averiadas del sexo, que á su mostrador se arrimaban á pedirle algun remedio para el histérico ó algun jarope para las interrupciones de la máquina.

Sucedió que un día en que el padre de Anton cometió la imprudencia de ensayar en su propia persona las maravillosas propiedades de cierto purgante de su invención, al que se proponía bautizar con el dulce adjetivo de *celestial*, encontró el hijo al padre en tal estado de gravedad, ocasionada por los efectos celestiales de su medicina, que le pareció oportuno llamar al primer médico del lugar, quien gozaba por aquella fecha de gran crédito, por la reciente curación que había logrado de una señora anciana que tenía gran número de herederos y mayor fortuna, y á quien varias juntas de facultativos habían pronosticado que moriría de una tisis lenta, de no sabemos qué pulmon, y que el habilísimo Galeo tuvo el acierto de cambiar en una pulmonía fulminante que hizo crisis por el testamento.

Llegó este físico afamado al lecho donde yacía el paciente; tomó el pulso, mandó que le mostrase la lengua; le preguntó si algun otro médico le había visto, dijéronle que no; demostró como se estaba operando en el pecho un derrame, (en el cual por poco que hubiera bajado, acertaría,) prescribió el calomel y la quinina, tomó el precio de la visita, y se marchó diciendo que él esperaba que todo aquello terminara, como en efecto terminó.

—Acérate, Anton, le dijo á este el moribundo, que ya lo estaba: acérate y presta atención á lo que voy á decirte, que siento llegar la hora de mi muerte, y con ella vas á quedar dueño de los negocios de la botica, asunto que requiere mucha más malicia de la que tú revelas tener.

Suplicóle Anton que abandonase aquellas ideas de muerte, que tomase el remedio que de buena fé le había recetado el mejor de los facultativos posibles, é hizo ademán de acercarlo á sus descoloridos lábios.

—No te empeñes, hijo, que no lo tomaré; pues aunque no confío en vivir, si necesito los instantes para instruirte; y tomarle, sería robar á tu fortuna los momentos que me restan.

Gran cuidado tendrás, Anton hijo, (si deseas mantener en el mismo pié la casa que lego,) de hablar siempre bien de los médicos, que quien ensalza á los físicos da salida á las drogas, y en el mayor consumo de estas está el engordar de tus talegas. No te afanes en comprar cuanta medicina anda por ahí recomendada en avisos y almanaques, que todo eso lo tienes en los frascos que te dejo y que yo heredé de tu abuelo. Con solo mezclar lo de un frasco con lo del otro, y lo de este con lo demás allá, habrás todas las combinaciones inventadas hasta hoy y las que se hayan de inventar, pues el toque está en fingir con exactitud los rótulos con que las venden; y con tal de que las sustancias que mezclares sean de condición inocente, ni tu conciencia cargará con muertes, ni dejarán de sanar los que tragaren tus menjerges, si para ello te ayudare la naturaleza, que casi siempre es la que da la salud al cuerpo si conviene. Falsificalo todo, Anton; compra por diez lo que vas á vender por ciento; saca del poderoso lo que en pobres y maulas pierdas; con lo que alcanzarás fama de caritativo y comodidades de opulento. Pon suma atención en comprender los garabatos que en griego y en latin suelen poner los médicos en sus recetas; mas, si no logras adivinarlos, no te arredres, que en poniendo agua destilada donde te prescriban líquidos, y migas de pan donde te sospeches sólidos, habrás servido á Dios, salvando una vida, y á tus bolsillos, llenándolos honradamente.

Estas, Anton querido, son las reglas con que has de llevar el nombre y fama de la botica de que vas á ser dueño, pues lo demás que de todo se desprende, te lo enseñaré la ocasión y el provecho que de estos mis consejos sacares; que si por ellos te manejas, podrás acabar de repletar en poco tiempo esas botijas que en aquel rincón puedes ver, que una época fueron de aceite de olivas, y que cada una de ellas me ha dado en basilicones y emplastos con qué llenarlas de doblones. Tuyas, son, hijo; toca ahora, á tu discreción y malicia hacer buen uso de lo que contienen, y apresúrate á llamarme al confesor, porque conozco que me muero.

Tan pronto como se lo permitieron las impresiones que con lo que había oído de boca de su padre se había apoderado de su ánimo, corrió Anton en busca del cura de la parroquia, á quien encontró ya escurriendo su última taza de chocolate; y conduciéndole á la casa, le introdujo en la habitación del moribundo, y se dió á llorar amargamente.

Salido que hubo el confesor, espiró el buen hombre. Hízole Anton un entierro decente, en cuya ceremonia quemó todo el incienso y el estoraque de la botica como bien se lo merecía el honrado farmacéutico; y aún cuando entre sastres no debieran cobrarse hechuras, el nuevo boticario tuvo que pagar los gastos de la iglesia, que no montaron á gran cosa, si se atiende á que hubo que descontar al chantre los mucilagos que en la botica había tomado para aclararse el pecho cada vez que había que cantar vísperas ó maitines, y la sal de higuera que el señor cura había consumido durante seis meses, obligado por su temperamento sanguíneo á vivir, como vivía, sometido á un escrupuloso régimen de laxantes.

Muerto su padre, se dedicó Anton con doble ahínco á la botica, pasando sus días entre el mortero y el filtro, y sin más propósito que el desacar de cada dracma de hipocacumana diez pesetas en la forma de otros tantos vomitivos. Así trascurrió largo tiempo, hasta que por fin aquel corazón de azúcar cande comenzó á derretirse con el fuego de los ojos de cierta viudita que frente á él vivía, y que le asestaba unas miradas capaces de ablandar las más duras resinas de la farmacia.

No sabía á qué atribuir el mancebo las distracciones que á cada paso experimentaba y que pusieron en peligro la vida de más de un paciente; pero eran tales las llamaradas que seguían brotando de los dos hornos que en forma de los ojos más provocativos adornaban aquel palmito, animado siempre por la picarresca erudición que suele dar el conocimiento del mundo, que al fin y al cabo el pobre muchacho sintió que se le aflojaban las piernas, que le temblaba el pulso, y que el mundo se le iba, cuando por el balcón asomaba la causa de su tormento; por lo que vino á caer en la cuenta de que estaba enamorado.

Pero lo que el infeliz no sabía, era, que cierto calavera del lugar, de esos que creen que todas las buenas mozas han sido hechas para su entretenimiento y provecho, tenía ahondada la calle dirigiendo miradas y requiebros á la viudilla, quien por su parte no se mostraba insensible al atractivo de un par de chirlos que el mozo ostentaba en la mejilla izquierda, cuenta de honorarios que otros tantos amores contentosos habían jurado en su rostro, para apetito de viudas y tormento de casaderas.

De donde resultó, que puesta la viuda en la alternativa de las costuras faciales del rival de Anton, y los doblones de este, se decidiera por los últimos, contando sin duda con que seguiría admirando los perfiles que la navaja había dibujado en el rostro del calavera; y en consecuencia puso en ejecución un plan de muecas y desdenes, tan hábilmente manejados, que hicieron que el pobre boticario, suspendido de continuo entre la esperanza y la desesperación, imaginara á poner término á su propia vida si llegaba á convencerse de que no era correspondida su desatinada pasión.

Entre los distintos medios que pensó poner en práctica el enamorado Anton para saber á qué atenerse, se decidió al fin por el más común; es decir, confió al papel lo que el lábio no se atrevía á proferir.

Tomó una pluma, y entre sí escribió ó me muero, trazó con mano trémula los renglones que siguen, y que mandó luego á la viuda con una sirvienta de esta, quien por la priesa que se dió para llevar la misiva, dejó comprender la caritativa afición que es común á las de su oficio, á socorrer los amores timoratos.

«Desde que os he visto, señora, (decía la carta) he perdido el poco sosiego que me dejan mis quehaceres; y no tiene virtudes el *laúdano* para hacerme conciliar el sueño que me quitan vuestro pensamiento y mis deseos. Flaco me trae el amor que os tengo, que junto con el amor que no me teneis, han puesto en guerra de amores mi pobre cuerpo, que *espátula* más bien parece ya, que cuerpo humano.

»Si fuera tan dichoso que alcanzara á probar el *maná* de vuestros lábios, si lograra beber la *miel* de vuestras palabras, si me fuera dado, en fin, hacer de vos y de mí, amada señora mía, la *mistura* de toda mi vida, aliviado me sentiría de esta *cantrida* que llevo en el corazón, que unas veces me come y otras me arde, y que hará que me aburra de vivir, si la Providencia no pone en *infusión* nuestros dos *simples*, para formar con su *mézclese* divino, el *viudo boticariato* que ponga remedio á mi sufrir.

»Sed, señora, la *digital* de mi asendereado corazón, la *quinina* que corte la *fiebre* de mi espíritu; y si preferís ser el lento *arsénico* de mi existencia, decídmelo, que yo sabré terminarla de una vez, en manos del primer médico que pase, ó del primer veneno que á las manos me viniere.»

Leyó la viuda estas líneas llenas de pasión y de ruibarbo, y en pocas palabras de su literatura viudal, dejó convenido á su adorador, en un billetecito que trascendía á rosa, de que moriría por su amor como hubiera muerto por el de su difunto marido, á no haber tenido éste la humorada de morirse primero; con que se estableció entre los dos amantes una correspondencia frecuente, cada vez más apasionada por parte de Anton, y cada día más apremiante por parte de la viuda, quien por otra parte aseguraba que el luto hacía un daño horrible á su temperamento.

Mientras tanto el calavera no cesaba de pasar y repasar por la calle, llegando á comprender por cierta frialdad que observara en la viudita, que algo más que los frascos de la botica distraía las miradas de su Filis.

Púsose en acecho, y viendo al Mercurio hembra que salía de la farmacia con el billetecito de costumbre, asaltóla, le arrebató el papel, y dándole rudamente á besar el revés de su mirada diestra, dejola correr hácia la casa de su señora, mientras que abría la carta con agitada precipitación, devorando los ojos la historia de unos amores que ya había sospechado.

Leer, echar á andar y pararse en un corro de muchachos que por allí jugaban, todo fué uno. Dirigióse al más desembarazado de la turba, y prometióle para él y sus camaradas el dinero suficiente para divertirse un buen rato, con tal que arrojaran un buen chaparrón de piedras sobre

la botica de Anton, de modo que no quedara frasco que no estallara, ni líquido, que no saliera de madre.

Sin andar muy léjos, armáronse los pilluelos con sendos puñados de guijarros; y en llegando frente á la botica, á la sazón que el enamorado boticario se derretía viendo á su dama sonreírle desde el balcón, lanzaron sobre frascos y vidrieras tal nube de proyectiles, que se anegó el recinto con un mar de azafétida y de amoniaco, en que nadaban cachos de botellas, pedazos de frascos y polvos y raíces de todas clases.

Huyeron los agresores, llamó el ruido á los vecinos, y estos encontraron al desdichado Anton tendido en el suelo y bañado en su propia sangre. Una de las piedras le había tocado un ojo, sacándosele de su cuenca. La viuda acudió al lugar de la catástrofe, vendió el ojo de su amante, hizo llamar al barbero, el cual le sangró al momento en ambos brazos; y se retiró luego, dejando al herido, medio desmayado, en poder de la ciencia, que en traje de médico de cabecera, comenzó á disponerle todo para una nueva sangría.

Pasáronse los días y la enfermedad no parecía resuelta á ceder, sino que ántes invadía progresivamente el ojo sano; hasta que debido á no sabemos qué sabio tratamiento, hubo de cegar el enfermo completamente.

La botica, en tanto, no se abría; la viudita reflexionaba, y el calavera seguía acosándola con sus miradas, á las que había dado mayor fiereza la nueva hazaña, que ya era celebrada en tertulias y corrillos por sus admiradores de seis leguas á la redonda.

El resultado de todo fué que la viuda se penetró de que no había nacido con toda la vocación que para lazarillo se necesitaba; por lo que mostró al mozo de los chirlos, dos hileras de blanquecinos dientes en son de prometedora sonrisa; acercáronse más y más calavera y viuda, se comprendieron al fin, y uniendo las mal apagadas chamizas de sus respectivas pasiones, formaron una candelada que duró lo que duran las candeladas, y que se extinguió luego con el invierno de la indiferencia.

Por último, la botica no volvió á abrirse y como era la única que en el lugar había, advirtieron los encargados de llevar la estadística, y á poco la notaron todos los habitantes, que los casos de mortalidad en la población se habían disminuido en un sesenta por ciento desde el día de la catástrofe; circunstancia que las viejas atribuyeron por rara, á milagro, en razón de que aquel año se habían pagado muy crecidos los diezmos. Opinión fué esta empero que rechazaron siempre los habitantes del lugar donde pasaron los acontecimientos, los cuales sostenían que tan grande beneficio era tan sólo debido á una piedra que por casualidad había acertado.

Desde entonces (que por cierto no fué ayer,) se viene diciendo, cada vez que el acaso atina á hacer lo que no estaba previsto: «esto ha venido como *pedrada en ojo de boticario.*»

NICANOR BOLET PERAZA

(Venezolano.)

FOLK-LORE.

SUPERSTICIONES POPULARES.

II

86—Cuando va el Viático por la calle, todos los que oyen la campanilla desde su casa deben abrir los balcones y sacar luces para alumbrarle. Los que están al piano tocan la Marcha real. Si algun coche pasa por el mismo camino, los que le ocupan ceden su lugar al sacerdote y siguen acompañándole á pié. La Iglesia católica concede muchos días de indulgencia á los que van tras él y rezan por el que va á morir para que Dios le dé lo que mejor le convenga. || *Trad. pop.* He oído contar que hay en Sevilla una calle que se llama del *Hombre de piedra* y que toma su nombre de una figura humana, en piedra, que hay en ella. Es la de uno que estaba en dicha calle en el momento que pasaba el Viático por allí. Era malo y descreído y no quiso quitarse el sombrero á pesar de haberle exhortado á que lo hiciera uno de los que presenciaban el desecato.—¡Así se volviera Vd. de piedra!—dijo éste—¡Bueno!—añadió el impío. Y en el mismo instante fué convertido en piedra quedando allí para ejemplo de las edades y escarmiento de los impíos.

87—El agua de Mayo hace crecer el pelo. De aquí que sea bueno, cuando en dicho mes llueve, poner la cabeza al aire para que se moje.

88—El día de Noche buena y á la hora que nació Cristo hablan los gallos, y entre los de dos corrales próximos, se entabla el diálogo siguiente: —¡Quiquiriquí!—dice el más viejo llamando al más jóven, que á su vez le contesta:

—¡Quiquiriquí!
—¡Cristo nació!—añade el primero.
—¿Dónde?—pregunta el segundo.
—¡En Belén!
—¿Quién te lo ha dicho?
—¡Yo que lo sé!

De este modo enseñan los gallos viejos á los gallos jóvenes el nacimiento del Señor.

89—Si se quiere que un borracho aborrezca el vino no hay más que echar una rana viva en un jarro de este líquido y tenerlo tapado durante veinticuatro horas. Pasado este tiempo y cuando pide vino el discípulo de Baco se le dá á beber de aquel jarro y no vuelve á emborracharse. || También se le dá huesos de canilla de un muerto hechos polvo y disueltos en el vino. || O cocimiento de la plantilla que lleva en sus zapatos.

90—El domingo de Ramos se pone á la cabecera de la cama una rama de romero bendito para ahuyentar al demonio y evitar las tentaciones. Cada año se renueva el ramo.

91—Es malo dar pelo á un novio, y la jóven que lo hace se expone á quedarse calva.

92—La albahaca es emblema de ódio. La persona que regala á otra un tie-to ó ramo de esta planta reñirá pronto con ella.

93—Es malo contar las estrellas, porque tantas como se cuentan tantas berrugas salen en la cara y las manos.

94—Para que un muerto no se hinche, debe ponerse sobre el pecho, aunque sin sujetárselo, un pedazo de acero, de cualquier forma que sea. || Para que no se aparezca por la noche, rezarle un Padre-nuestro.

95—No se debe besar á los gatos, porque su aliento hace salir *empeines* ó *secas* en la cara. || Un gato negro es mal bicho porque es imagen del demonio.

96—Es malo tener tórtolas en una casa porque su arrullo atrae la muerte.

97—Echando un cabello en un vaso de agua al cabo de varios días se trasforma en una culebra.

98—El niño que nace de pié es afortunado en cuantas cosas emprende. || *Fras pop.* *Ese ha nacido de pié.*

99—Los martes y viernes, igual que los días 13, son aciagos. || Refr. *En martes, ni te cases ni te embarques.*

100—Cuando se muere una persona han de abrirse todas las ventanas del cuarto en que se la deposita hasta su condución al cementerio, porque ya *la queda poco tiempo de ver la luz.* (1)

101—Cuando se le duerme á uno un pié, hágase con saliva la señal de la cruz en la suela del zapato y le desaparecerá la molestia.

102—Por cada cana que una persona se arranca de la barba ó la cabeza, le salen siete en el mismo sitio.

103—Si una persona estornuda, todos los que estén con él deben pronunciar enseguida el nombre de *Jesús*, ó decir: *¡Dios te ayude!* *¡Dios te socorra!* (2)

104—El que quiera acordarse de una cosa debe echar un nudo al pañuelo.

105—Poniendo la mano en el corazón de una persona dormida se la obliga á responder á cuan-

(1) Expresión poética y delicada con que el pueblo recuerda un precepto higiénico ordenado por todos los médicos: abrir todas las ventanas para que salgan todos los miasmas deletéreos que la muerte deja tras sí—dice el doctor.—Abrirlas, sí,—dice el pueblo;—pero es para que el muerto vea la luz, porque ya le queda poco tiempo de disfrutar ese placer.

(2) La costumbre de saludar al que estornuda es una de las más extendidas en el mundo; se remonta á la más alta antigüedad y se encuentra en casi todos los pueblos. Los hombres han tratado varias veces de explicársela. Hé aquí el origen que la reconocen los griegos: despues de construir la estatua de arcilla de que quería hacer un hombre, Prometeo, no sabiendo cómo infundirla un alma, imploró el auxilio de Minerva, y protegido por el manto de esta diosa llegó al sol,—alma del mundo, fuente de toda vida,—y encerró algunos de sus rayos en un pequeño frasco de cristal, que con este objeto llevaba. De vuelta en la tierra, destapó el frasco y lo aplicó á las narices de su estatua: los rayos de sol se extendieron por las arterias y venas del cerebro, con tanta fuerza, que la estatua estornudó, y éste fué el primer signo que dió de vida. Prometeo, admirado de tan rápido efecto, exclamó: ¡Dios te bendiga! Y esta frase—la primera que oía—se grabó tan fuertemente en la imaginación del hombre, que la pronunciaba siempre que alguno de sus semejantes estornudaba. Así ha llegado hasta nosotros.

Los talmudistas, por su parte, dicen que despues de crear el mundo hizo Dios siete cosas maravillosas, y la cuarta fué una ley por la cual se morían los hombres de repente y la primera vez que estornudaban en su vida. Jacob no quiso conformarse con esta ley, pues le pareció duro eso de morirse sin tomar antes alguna disposición, y pidió á Dios que la dejase sin efecto, pues quería ser avisado de su muerte antes que aconteciera. Dios se lo concedió, y un día estornudó Jacob, pero no se murió al momento de estornudar; y fué tanta la admiración que esto produjo, que enterados los príncipes y reyes de la tierra, ordenaron á sus súbditos que siempre que alguno estornudase, los demás hicieran votos por su larga vida.

La opinión más común hace datar la costumbre de una epidemia muy grande, en la cual morían al estornudar los atacados. Segun esta opinión, la salutación al estornudo fué, en un principio, una especie de recomendación del alma que se alejaba de este mundo, para evitarla las asechanzas del demonio.

Los antiguos decían: ¡*Vivid!* Los romanos: ¡*Salve!* ó ¡*Júpiter te conserve!* En Monomotapa, cuando el rey estornuda el pueblo es advertido de ello por señales ya establecidas, y estalla en gritos de alegría, deseando mil prosperidades á su rey. Los españoles que conquistaron la Florida hallaron vigente esta costumbre en aquella isla remota.

No faltó en la antigüedad quien considerase la salutación al estornudo como un homenaje rendido á la cabeza, la parte más noble del cuerpo humano, directora de los actos, engendradora de los pensamientos, y de esta creencia se originó el tener el estornudo como feliz agüero. Xenofonte, en su celebre retirada, arengaba un día á las tropas, proponiéndolas un partido peligroso, pero necesario; un soldado estornudó, y en seguida todo el ejército siguió á su jefe, teniendo por buen augurio aquella señal. En Homero, Penélope se queja de sus perseguidores y hace votos por el pronto regreso de Ulises; Telémaco la interrumpe con un estornudo y Penélope corre á dar gracias á las dioses, persuadida de que el cielo oirá sus votos.

(Véase, para más detalles, P. Larousse.—*Grand dictionnaire encyclopédique du XIX siècle.*)

to se la pregunte; pero es malo hacerlo porque puede quedarse muerta en el acto.

106—Los gatos tienen siete vidas. || Fras. pop... *Tener siete vidas como los gatos.*

107—Cuando retozan los burros barruntan viento.

108—Cuando andan las arañas por el suelo señal de lluvia. || Fras. pop. *Vá á llover porque andan las arañas por el suelo.*

109—El canto de las ranas anuncia buen tiempo. || Y lo mismo el de los buhos.

110—En días de lluvia, cantan los chicos:

Quando llueve y hace frío
sale el barco del judío;
cuando llueve y hace sol
sale el barco del Señor.

111—Cuando hace viento muy fuerte es que se ha escapado del infierno algún demonio.

112—Para que se aleje la tormenta se reza la oración de Santa Bárbara, (57). || En Toledo añaden esta otra:

En el cielo suenan voces
y en la santa Catedral;
libranos del enemigo
Santísima Trinidad.

113—Un manojo de espigas puesto en una pila de agua bendita durante el mes de Abril, hace prosperar los campos.

114—El día 1.º de Mayo, Jesús y la Virgen recorren los campos bendiciéndolos para que la cosecha sea grande. || Cop. pop.:

El primer día de Mayo
en punto de medio día,
á recorrer los sembrados
salen Jesús y María.
Se paran de trecho en trecho,
los echan su bendición,
mandan que corran los vientos
para dar la granazón.

115—El que quiera soñar debe beberse un vaso de agua en el momento de acostarse. || O colgar las medias á la cabecera de la cama. (1)

116—Al que sueña que le coje un toro, le cae la lotería en el primer sorteo que juegue. || Pero para esto es necesario que á nadie cuente el sueño que ha tenido || Y que el toro sea negro. || Soñar con un toro es señal de que el que sueña tiene un enemigo. Si ve el toro con cuernos, el enemigo es hombre; si le ve sin ellos, es mujer. || Soñar con agua, anuncia llanto. || Ver en sueños una regadera rota es señal de desgracia. || Soñar que se compran agujas es buen agüero. || Soñar que se cae un diente ó una muela anuncia la pérdida de un pariente ó un amigo. || Soñar con chinches ó piojos señal de dinero. || Soñar con un muerto señal de larga vida. || Soñar que se está enfermo señal de buena salud. || Soñar que se construye una casa anuncia ruina. || El que sueña con ladrones está entre personas fieles y de confianza. || La mujer soltera que habla en sueños con un mudo se casará muy pronto con un hombre indiscreto. || Ver en sueños un mudo es señal de que alguno de los secretos del que sueña será bien pronto publicado.

117—Es malo alabar mucho una cosa, porque se la hace mal de ojo y se atrae sobre ella la desgracia.

118—Las golondrinas son aves queridas del cielo, y el pueblo las tiene en alta estima. || Destruir los nidos de golondrinas, es pecado. || El pueblo las enlaza á la cruenta escena del Calvario, haciendo que, á la muerte de Cristo, vayan ellas á arrancar las espinas que traspasaban la frente del Crucificado. || Cop. pop.:

En el monte Calvario
las golondrinas
le quitaron á Cristo
dos mil espinas.

|| En los extremos de la cola tienen dos plumas

(1) Considerándose, en un principio, los sueños como enviados por los dioses para dirigir al hombre durante su vida y marcarle una regla de conducta presentándole, como en vision anticipada, las personas de que debía huir, las cosas que debía abstenerse de hacer, ó bien las personas y cosas á que debía acercarse y buscar, no es extraño que desde los primitivos tiempos, se persiguiese una interpretación á los sueños. Esta interpretación que se les da y los augurios que de ella se deducen, son muy antiguos; nacen—puede decirse—con el hombre, le acompañan durante toda su infancia, y solo cuando llega á la edad de la madurez, empieza á mirarlos como objetos poco dignos de entretener su atención. La Edad Antigua, la Edad Media, nos han dejado grandes materiales para apreciar la alta importancia que daban á este género de trabajos. Aun hoy—dice Tylor en su *Primitive culture*—los libros que explican los sueños y que compran afaosamente las criadas en el mercado, prueban que allí donde la ignorancia no ha desaparecido todavía, los augurios sacados de los sueños ocupan un puesto preferente entre las supersticiones populares.

Dos son los medios de explicación de los sueños: la explicación directa y la explicación inversa. Por la primera, soñar la muerte de un amigo anuncia que, efectivamente, este amigo va á desaparecer pronto de nuestro lado; por la segunda, ese mismo sueño nos da la seguridad de que nuestro amigo vivirá mucho tiempo entre nosotros. De uno y otro modo de explicación, dan ejemplos las supersticiones que apuntamos. El que quiera más detalles sobre este asunto, puede consultar la citada obra del eminente autor inglés.

más largas que las demás: son dos de las espinas que arrancaron al Señor, y que éste, en agradecimiento, hizo que las conservasen para eterna memoria de su piadosa acción. || Ver golondrinas es buena señal.

119—Cuando los gatos se lavan la cara, anuncian una visita.

120—Los besugos tienen una Virgen del Pilar en dos huesos de la cabeza. || O de la Concepción. || O del Cármen.

121—El día 1.º de Noviembre, á las doce de la noche, vienen á las que fueron sus casas las almas de los difuntos. || En esta noche las personas que guardan vivo el recuerdo de sus muertos, llenan de aceite y agua una cazuela, y encienden una lamparilla por cada uno de los seres queridos que ya no son, pronunciando el nombre de cada uno de estos al mismo tiempo que dejan sobre el aceite la lamparilla que dedican á su memoria. (1)

122—Cuando bosteza una persona debe hacerse la señal de la cruz sobre los labios, para evitar que entre el demonio en su cuerpo. (2)

123—Quien no pase por la calle de la Pasa, no se casa nunca. (3)

124—Se quitan las manchas en el paño negro frotándolas con orines de hombre; los de mujer carecen de esta virtud.

125—La persona que pelando una naranja ó una camuesa saca entera la cáscara, se casará dentro del año. || Si tira al suelo la cáscara, ésta formará al caer una letra que será la inicial del nombre de su marido. || Tantos pedazos como la cáscara se haga, tantos hijos tendrá.

126—Para saber si una cosa sucederá ó no, se echan á la lumbre las pepitas de una pera ó una manzana: si saltan, la respuesta es afirmativa; si no saltan negativa.

127—El día de San Lázaro las muchachas de Soria van á la ermita de este nombre y dan una patada en una piedra blanca que hay en medio de la iglesia, para que el santo las proporcione un buen novio.

128—Cuando una persona dá á otra unas tigras no se las debe dar de punta, porque esto es señal de odio.

129—Cuando se ven palomitas blancas es señal de que pronto vá á recibirse carta de un ausente.

130—Si la primera persona que vé uno al salir de su casa es un cojo, le espera un día feliz.

L. GINER ARIVAU.

ELCHE, ARABE Y FEUDAL.

¡Qué magnífico panorama ofrece esta ciudad encantadora, asentada en una extensa llanura, donde descuellan la majestuosa y gentil palmera con sus racimos de oro, mecida y arrullada por las brisas del mar, que le rinde su homenaje!

La palmera constituye el prestigio, el honor y la belleza de Elche.

Linneo la denomina *Phoenix dactylifera*, y Plinio dice «que no se produce espontáneamente en Italia ni en parte alguna de la tierra.»

Se atribuye la importación de este cultivo á los cartagineses, ó los fenicios, por la semejanza de las familias vegetales que se notan entre las palmas de Elche y las que adornan los campos de Siria y de Palestina, que fué también fenicia en otro tiempo.

Plinio conoció varias palmeras fructíferas ya en las costas españolas: *Ferunt (palmæ) in maritimis Hispanie fructum.*

Pero si los árabes no plantaron en España la primera palma, no se les puede negar la gloria de que desarrollaron su cultivo, y Abderraman sobre todo plantó millares de las grandiosas plantas

(1) Quizá ésta segunda superstición sea complemento de la primera y responda á la idea de que las almas no se encuentran á oscuras cuando vengan. Puntos hay en que esa noche se deja puesta la mesa y encendido el fuego del hogar, por si los difuntos quieren comer ó calentarse.

(2) Ocasión sería esta de repetir cuanto sobre el estornudo dejamos apuntado más arriba, pues una y otra superstición son hermanas, dependen de igual causa y reconocen igual fuente; una y otra son restos de una creencia, según la cual el bostezo y el estornudo eran dos caminos expeditos á los demonios que querían hacer su habitación del cuerpo de los mortales. Hoy las naciones civilizadas y libres de esta clase de prejuicios, pagan tributo á la costumbre como inconscientemente, y sin tener para nada en cuenta su primitiva significación; pero en las razas inferiores se conserva en toda su latitud. Los zulú consideran el bostezo como anuncios de que el espíritu va á entrar en su cuerpo; cuando bosteza un indio hace resbalar el pulgar sobre los demás dedos y pronuncia el nombre de su Dios; el musulmán pone el dorso de la mano sobre su boca y dice: «me refugio cerca de Allah para escapar á Satán el maldito,» y evita el bostezar porque el diablo tiene la costumbre de saltar á la boca de los que bostezan, etc., etc. (Tylor, *Primitive culture*.—Cap. III.)—Hoy el bostezo se considera como signo de aburrimiento ó fastidio: *Hambre ó sueño*, dice la gente cuando vé á alguno bostezar.

(3) Hé aquí un curioso ejemplo de que el pueblo suele también herir con dardo burlón aún aquello mismo que, como las supersticiones le impone y le aterra tanto. *El que no pasa por la calle de la Pasa, no se casará nunca*, dice, y esta superstición, incomprensible para todos los que no sean vecinos de Madrid, hace sonreír á los madrileños, pues en dicha calle está la Vicaría, y no hay duda que nadie puede casarse sin ir á la Vicaría.

que hoy admiramos, y que hacen el ornato más fascinador de esta ciudad.

Es una población oriental, en la que no se han encontrado jamás vestigios romanos. Estos han sido descubiertos solamente en sus campos, en la Alcudia, en la antigua *Illici*, destruida por los godos.

Estos tal vez construyeron los primeros cimientos de la fortificación de Elche; pero sus murallas, sus cubos y la famosa Calahorra fueron sin duda construidas por los musulmanes.

Aun existen en su perímetro trozos de la muralla que se extendía desde la puerta y torre de la Casa Consistorial; continuaba, y torcia á buscar la gruesa torre de la Calahorra, iba en línea curva á la torre y postigo de Gruñana, se dirigía al palacio ó alcázar del Duque, y por la inexpugnabile márgen del Vinalapo volvía á cerrar el recinto en la lonja, ó la torre de la villa.

Aun aparece este trozo de muralla que se observa muy bien, desde el fondo de la rambla. Tres puertas están marcadas, una en la lonja, que descendía al mar, otra en la Calahorra, que se abría á la vía de Lucentum, hoy Alicante, la de Gruñana que se dirigía á Aspis (Aspe).

Aun se conserva el torreón de la Calahorra, tan formidable fortaleza, *qu'es la pules fort de Elche*, decía don Jaime de Aragón. Este torreón fué obra de los romanos, hoy está habitada, renovada y embellecida por su dueño, nuestro excelente y antiguo amigo el señor marqués de Lendines, en la que disfrutamos de su grato hospedaje, y redactamos este artículo para nuestra *Revista*.

Los ardorosos guerreros lanzados por el África en esta localidad, debieron abrigarse en los demantelados muros de los godos, que repararon durante su larga dominación, y convirtieron en mezquitas la antigua catedral de Santa María; San Juan y el Salvador, tal vez lo fueran también, á pesar de que los árabes en su primera época ostentaron tanta tolerancia, que permitieron el culto cristiano, como lo testifica la presencia de un prelado de Elche en un Concilio de Córdoba del siglo X.

Los indígenas permanecieron en sus caseríos, como habían permanecido, aunque en reducido número, al abrigo del torreón de la Calahorra, en los períodos romano y godo. Los visigodos vencidos, prolongaron su permanencia en la comarca.

La ciudad de Elche, ó Elche, pertenecía al califato musulmán, dividido en cinco provincias. Toledo era la capital de Elche, que recibió en el año 306 de la egira al fastuoso y sábio califa Abderraman III.

No podemos extendernos en el relato de las discordias civiles, que promovió la invasión de los almorávides, á lanzar á los mozárabes de los últimos restos de la ciudad romana que habitaban.

El arado pulverizó los mosaicos. Los ricos pavimentos, las estatuas, las reliquias preciosas de la gran colonia inmune, y sobre la tierra venerada de la antigüedad, arraigaron los bosques frondosos de las airosas palmas, y los escombros de los sillares y los mármoles sirvieron para construir las viviendas de los Elchinos, y fué convertida la magnífica colonia en un castillejo, al que los árabes dieron el nombre de Alcudia, *altura*.

Los godos, al establecer el feudalismo, impusieron la esclavitud, la servidumbre de la tierra, odiosa á los hijos de Elche, celosos de su dignidad, y los mahometanos, en cambio, facilitaron la emancipación de los siervos, les dieron la libre disposición y pleno señorío de las tierras, repartidas las confiscadas en provecho de la agricultura; siendo el monumento más benéfico y fecundo de su gloria el sistema de riegos, que fué el manantial de la riqueza de Elche.

Los azudes que construyeron sobre el Vinalapo, y la red de acequias y azarves, que tendieron por toda la comarca, respetando el derecho de propiedad; y el raudal de agua que consagraron al común de la población, son títulos honoríficos de su memoria inmortal, porque de los veinticuatro *partidores* ó *cáuces* por donde corre el agua, su inmensa mayoría contiene un nombre árabe, como son los de *Aladia, Sahorni, Candalix, Carrel, Anoy, Abet, Palombar, Aznell, Alborrocal, Anacla, Nafiz, Cruñera, Acañá, Carmandet, Alausa, Matrof, Atufá, Nitchasa*.

Al fin, las disensiones y hostilidades que estallaron entre los sectarios de Mahoma, hicieron pedazos el califato musulmán. Las divisiones y fraccionamientos, declarándose independientes muchas provincias que constituyeron reinos, y hara las ciudades más ó menos importantes, aspiraron á alzar dinastías diferentes, aceleraron la ruina de su poder.

La media luna fué vencida por la enseña de la cruz.

Los moros dominaron Elche hasta el año de 1242, que fué batida y ganada personalmente por el príncipe de Castilla, Don Alonso, pero la perdió poco tiempo después por haber salido á emprender nuevas conquistas. Felizmente volvió á apoderarse de la ciudad el prudente y valeroso Don Jaime de Aragón.

Las córtes de Castilla, donde reinaba Fernando III, había convenido con Don Jaime, que Castilla guardaría para sí toda la cuenca del Segura y del Vinalapó, es decir, que Elche había de responder á Castilla.

El rey moro de Murcia, Muhamad-ben-Aben-Hud, dominado por la codicia de ser independiente

del rey de Granada, creyó conseguirlo haciéndose tributario del rey de Castilla, y éste, para recibir el pleito homenaje de su nuevo reino, visitó á Elche por Julio ó Agosto de 1241.

Dejó ocupadas las fortalezas de Múrcia, Orihuela y Elche, por los cristianos, pero en completa posesion de villas, tierras y autoridad los mahometanos, y volvió á Castilla.

Los moros granadinos concertaron con los murcianos un levantamiento general, y arrojaron de las fortalezas á los que las custodiaban por don Alfonso, ya rey á la sazón. Este desastre aconteció por el año de 1261.

Se había celebrado el matrimonio de Don Alonso con Violante, infanta de Aragon en 1246.

Don Jaime, mandando su hueste en persona, se presentó ante Elche, habiendo concertado con Mahomet, jefe de los parlamentarios «que los moros le entregarian primero la Calahorra y luego la villa, conservando ellos el culto público de su religion, la propiedad de sus casas y heredades, que rigiesen sus leyes y costumbres, y que gozasen hasta la jurisdiccion de sus alcaldes y jueces.»

Otorgadas las escrituras y convenios por los ancianos y los hombres más poderosos de la ciudad, quedó en poder del rey Don Jaime la torre de la Calahorra, la cual encargó al obispo de Barcelona, para que guardara á los habitantes y evitase que hombre alguno los vejara, y el rey marchó aquel mismo día á Orihuela.

Parece que Don Jaime había prometido á Mahomet adelantarle en el empleo que tenía, y que llevaba 300 besantes ocultos á prevención, que dejó caer al moro en la manga de su almaja.

El infante don Manuel, hermano y vasallo del rey de Castilla, recibió el señorío y absoluto dominio de Elche, conquistado por las armas de Aragon.

Los catalanes heredaron casi exclusivamente las tierras y las casas, repartidas por los árbitros que nombró Don Jaime en 1265, y aprobó este reparto en Elche, dos años después, lo que preparó la futura incorporacion de este territorio á la corona de Aragon.

Don Alonso X, rey de Castilla, concedió á Elche el fuero de Múrcia, es decir, su constitucion política y administrativa, en 1270.

El infante don Manuel, como señor territorial, era dueño de las fuentes y manantiales, y ordenó su repartimiento, se desposeyó, en bien del comun, de sus propias tierras.

El señor marqués de Molins, apoyado en los documentos del archivo de Elche, y en las Memorias publicadas por la Academia, cita estos hechos en su discurso brillante, leído en su recepcion, en la Academia de la Historia.

Los moros fueron relegados al arrabal de la ciudad y el aprovechamiento de los riegos suscitaba disensiones graves entre los moros y los cristianos, y para evitarlas, Doña Beatriz, tutora en su menor edad de su hijo D. Juan Manuel, mandó al maestro de matemáticas, Nicolás de Luna, construir de piedra la acequia de la Marchena, reservada á los moros que habitaban el arrabal de San Juan Bautista, y formaron una poblacion de más de quinientas casas, con su mezquita, que lo fué la iglesia de San Juan.

Las luchas entre Castilla y Aragon se extendieron á Elche, que fué asediada con vigor por Don Jaime II, que no quiso dejar á sus espaldas el puerto de Algive (Santa Pola), para abrigar sus naves, é impedir que le ocupasen las contrarias, y á pesar de las protestas de los cortesanos del infante D. Juan Manuel, por desposeer á una viuda desamparada, Doña Beatriz, y á su pupilo del señorío, pesó más en el ánimo de Don Jaime su interés político de agrandar su Estado, y se posesionó definitivamente de Elche, á la que extendió los famosos *fors* de Valencia.

Dejó de pertenecer para siempre á Castilla, pero los reyes de Aragon no la admitieron con voto en las Cortes del reino, como lo reclamaban su noble origen y su importancia política, y la reincorporaron á la corona, ó la dieron en merced, con reversion al patrimonio real, á alguno de los vástagos del régio tronco.

Así la recibió D. Ramon Berenguer en 1324, por donacion de su padre Don Jaime, que la confirmó por su testamento en 1327. La adquirió, por trueque ó por galardón, D. Juan, hijo de Don Alonso IV, y muerto aquél, fué de nuevo incorporada á la corona. Reinando Don Pedro IV la donó á su hijo Don Martin en 8 de Agosto de 1358, y éste en 30 de Enero de 1390. Era un niño de dos años, y al cumplir los veinticuatro fué elevado al trono de Sicilia y cometió la felonía de hipotecar á la ciudad de Barcelona su señorío de Elche por precio de ocho mil florines de oro, que le fueron anticipados, para hacer á aquella isla una expedicion, á fin de recobrarla de los insurrectos barones.

Un rey déspota empenó el sudor de los hijos de Elche, que se quejaron amargamente de tan infame conducta, habiendo tomado posesion de la villa de Elche por la ciudad de Barcelona, D. Bernardo de Requesens.

El contrato no pudo ser más infame, y el rey don Juan, para acallar los clamores contra tamaña perfidia, les concedió los privilegios de que gozaba Orihuela, que los clérigos pudieran ser elegidos jurados y ejercer oficios de república, con tal que tuvieran *caballos y armas*, y que prestaran fianza de quinientos florines, para no declinar la jurisdiccion real, y se levantaba á las mujeres, de cualquier clase que fuesen, la prohibicion impuesta de

usar oro, plata, perlas, topacios, arminios y otros ornamentos, siempre que sus maridos tuvieran *caballos y armas*.

Los habitantes no quedaron satisfechos, y á costa de grandes sacrificios se redimieron á sí mismos con *sus propios dineros y haciendas*, á 2 de Mayo de 1465. Aún se pagaba en el siglo pasado un censo á Barcelona.

La equidad reclamaba que Elche hubiera sido declarada una villa libre de todo feudo y homenaje á magnates codiciosos y venales; pero la tiranía no hace alarde de sentimientos delicados ni de actos de justicia.

El príncipe de Aragon, D. Fernando, otorgó en Cervera, en las capitulaciones matrimoniales con Isabel, princesa de Castilla, entre otros señoríos, el de Elche y Crevillente, como dote y alimentos de Isabel; merced hecha en 7 de Enero de 1469, ratificada y confirmada por el rey de Aragon, Juan II en Zaragoza y en Monzon, á 8 de Marzo de 1470.

En vano los hijos de la villa donada, como si fuera un vil rebaño, se juntaron en concejo, para oponerse á la donacion, en una carta sentida y elocuente, á la que contestó el monarca que Elche no salia de la corona de Aragon, porque era dado á Isabel, como mujer del heredero de aquel reino; pero desatendió las principales quejas de los ilicitanos, y faltó tambien á la verdad, porque don Fernando, en calidad sin duda de heredero, enagenó completamente la citada villa, cediéndola á su mujer, en Dueñas, á 24 de Agosto de 1470.

Y Doña Isabel, á su vez, cedió, en igual fecha, el señorío á un criado de su servidumbre, á su maestresala don Gutierre de Cárdenas, y se le hizo alcaide de los castillos de Sax y Chinchilla, confirmada esta merced en Barcelona por los que eran ya soberanos, muerto el rey Don Juan.

Los ánimos se enardecieron en Elche, excitados principalmente por Jaime Ortiz, Miguel Valentí, Mosen Jaime Fernandez de Mesa, y otros, que recorrian las calles y las plazas, alegando el testimonio y la promesa de Don Juan II, de que la villa no habia de salir del patrimonio real, y el silencio de más de diez años se interpretaba como confirmacion, y el juramento prestado en Dueñas por la princesa Isabel á las libertades y fueros concedidos á Elche, especialmente por Alonso X y Jaime II, fué invocado como un ardid de mala ley, una arteria indigna de una reina, para arrebatárles sus fueros.

Y les sobraba la razon para acusar de una inoble asechanza tendida á su buena fe por aquella princesa, generosa y grande en alguna ocasion, pero que obró con mezquino dolo respecto á Elche.

Porque la verdadera grandeza estriba en el amor sincero por los pueblos.

La villa se aprestó para la defensa, y al llegar Gaspar Fabra, criado del rey, la encontró cerrada.

Salieron, sin embargo, Fernando de Mesa, Jaime Martí y Jaime Ortiz, para implorar el socorro de Valencia, Játiva, Alicante y otras ciudades, y se presentaron á Don Fernando, que rechazó todo concierto, y en una carta expedida en Zaragoza á 12 de Junio de 1481, amenazó tratar á la villa como rebelde, confiscar los bienes y condenar al destierro á las personas principales y á los mensajeros, que regresaron dispuestos á todo trance á la resistencia, preparada por los dos hermanos Lillos, Miguel Valentí y Juan Martí, hermano, que habian permanecido en Elche durante la ausencia de los emisarios.

Hizo sus correrías por la vega la gente del rey, que llegó con Fabra; traia además cuatrocientas lanzas, se le unieron muchas gentes y forzaron á las restantes á dar posesion al nuevo señor. Cedieron á la fuerza á pesar de sus protestas de emplazarle ante las Cortes del reino.

Siempre el dios éxito es venerado por los cortesanos de la fortuna.

No puede sorprendernos que las cinco mil casas de moros que habia á la sazón, favorecidos por los señores, ó temerosos de ser expulsados del arrabal, simulasen popular regocijo con escaso número de partidarios, de D. Gutierrez y de su esposa doña Teresa Enriquez, que entraron con repiques y vítores el 20 de Diciembre del mismo año.

La donacion de que dió cuenta el rey Don Fernando, se confirmó en la Asamblea de Valencia, en sesion de 12 de Abril de 1488. Sin asistencia, como luego se alegó, de los síndicos de muchas ciudades, que con el brazo militar, ó de los nobles, al que seguia el eclesiástico, constituian las Cortes del Reino.

Muchas fueron las nobles víctimas inmoladas por el que restableció en Elche el feudalismo, ya moribundo en las demás comarcas de España; los Perpiñan, antecesor de él, reeró en Coimbra, en París y en Roma el dictado de *Ciceron* español; Caro, abuelo del marqués de la Romana, que voló con su ejército desde Dinamarca á defender la independencia de la patria; Ortiz, Martinez, Quirant y Bataller, y otros que pagaron con su vida ó con el destierro su amor acendrado por su pueblo natal, luchando contra los que sancionaron tan odioso feudo.

La tradicion popular supone que la cabeza de Quirant fué expuesta en la ventana de la antigua Calahorra, y que sus miembros destrozados se colocaron en sitios públicos, para castigo y escarmiento de los que se atrevieran á combatir el privilegio señorial.

El esqueleto del cráneo de este adalid de la libertad, se encuentra en poder de nuestro distinguido amigo el marqués de Lendines, dueño actual de la Calahorra. Uno de los albañiles que trabajaba por encargo del marqués, hizo este hallazgo, triste por pertenecer á un mártir del derecho, pero glorioso para hacer eterna su memoria.

Y no se opone esta tradicion popular al aserto de Cascales, en sus *Discursos históricos del reino de Murcia*, que cita el ilustre literato señor marqués de Molins, que nos ha servido de mucho al seguir sus espléndidas huellas históricas en nuestro modesto trabajo.

Se refiere á haber sido tambien expuesta en la ventana de la misma Calahorra la cabeza de Baltasar Ortiz, que tomó una parte tan activa en el levantamiento de Elche, desposeyendo la autoridad señorial, y proclamando la real, en la época agitada de las germanías y de las comunidades.

Entonces D. Diego de Cárdenas, marqués de Elche, llegó con la fuerza del adelantado de Murcia, marqués de los Velez y otros de Granada, y con la muerte de Baltasar Ortiz desaparecieron las libertades municipales, se extinguió la vida local, y Elche quedó sometido al yugo de hierro del emperador Carlos V.

El pueblo aún conserva el nombre de *Pont des Ortizes*, puente de los Ortizes, único recuerdo que ha quedado de los grandes servicios consagrados á la defensa de su patria por esta ilustre familia, que ha desaparecido, y cuya casa solar fué derribada para ensanchar una carretera.

Los Quirant, como los Ortiz, bien merecen que el municipio ilicitano, y sus conciudadanos, levanten, algun día, un monumento que inmortalice los nombres de estos mártires del pueblo, para que sus virtudes sean veneradas por las futuras generaciones.

Todo lo que tienda á enaltecer las glorias de Elche, inspira nuestro más sincero y entusiasta aplauso.

EUSEBIO ASQUERINO.

MEMORIAS DE UN LOCO.

(Continuacion.)

III

DONDE SE VE QUE LA COMEDIA SE CONVIERTE EN DRAMA

¿Sabes lector lo que es un desengaño? Debes saberlo ya, si has alcanzado la edad de las pasiones, si has llegado á idealizar una mujer, ó has concebido alguna vez un pensamiento grandioso, capaz de elevarte sobre cuanto te rodea. ¡Un desengaño! ¡Ah! no en vano han hermanado los poetas esta palabra con la palabra amargo, haciéndolas aparecer siempre juntas; no en vano, han arrancado los desengaños los más sombríos cantos á su lira; cantos que parecen los ecos del viento que ha pasado por campos de ruinas y desolacion.

Así, el más querido de nuestros vates exclama al agitar los tristes recuerdos del pasado:

«¡Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!»

La vida no se comprende sin un objeto, sin un fin, que es como si dijéramos, sin una esperanza.

Esperar es vivir, es soñar, es amar, es rodearse de la atmósfera embriagadora de nace el génio potente y creador, es gozar en medio del sufrimiento, es vivir anticipadamente en un futuro idealizado por la gloria, el esplendor y la dicha, suprimiendo un presente luctuoso y oscuro, olvidándolo y borrándolo del libro de nuestra vida.

Todo esto es la esperanza; y por más que torturemos nuestra mente, arribaremos siempre á la misma conclusion: *la vida es un soplo de esperanza.*

El día en que nos llegáramos á convenir de que todas nuestras esperanzas son absolutamente vanas, acabaria nuestra vida moral y nos fuera imposible soportar la vida física. De este modo se explica el suicidio: Concluida la vida moral, roto por su base el equilibrio y la armonía de la existencia, tiene que concluir tambien la vida orgánica, como con la muerte física termina necesariamente la vida moral.

Ahora bien; dad á un hombre la esperanza de un bien supremo, arrebatadle luego esa esperanza y dejadle la vida física para que saboree toda la amarga hiel de su situacion, y tendreis el desengaño; desengaño que se llama decepcion, cuando es tranquilo y frio como la muerte; mas que puede ser súbito y violento como la tempestad, y entonces se llama desesperacion.

Yo me hallaba bajo la impresion de un terrible desengaño, pues las escenas anteriores habian excitado, no ya mi despecho, sino mi furor. Veia en ellas la estupidez sobrepujta al estudio, al buen gusto y á la inteligencia; la informalidad y la ligereza, á la seriedad estética que debe presidir á la concepcion y realizacion de todo pensamiento artístico y literario; veia, en fin, en est., las letras prostituidas y los escritores hollados por la imbecilidad.

Hay todavía más.

Habia concebido un pensamiento puro, laudable, generoso; habia hecho el gran sacrificio de mi situacion, habia elaborado un trabajo moral costosísimo, habia hecho un esfuerzo sobrehumano para sobreponerme á mi corazon y á mis sentimientos, ¿para qué? ¡vive Dios! Para venir después á ser hollado y despreciado sin consideracion.

Mientras estaba con el empresario pude contenerme; mas al salir la puerta, dí rienda suelta á mi despechado furor.

—¡Ah! decía yo para mí, ¡cuán en vano han sido mis afanes y mis veladas! ¿Es posible que esto suceda en una ciu-

dad civilizada? ¿Es posible que esta ilustre Buenos-Aires, á quien llaman la Atenas de la América del Sur, en cuyo seno se han amantado los ingenios de Balcarce y Echevarría, de Rivera Indarte y Florencio Varela, de García, de Rodríguez, de Labarden, de Mármol, de Mitre, de Gutierrez y de tantos otros como han ilustrado las letras argentinas, tenga un criterio tan menguado para juzgar las obras literarias? Debía haberlo comprendido de antemano al contemplar su prensa. Sus periódicos no gozan de crédito é importancia, sino en proporción de su tamaño; así también las obras escénicas se miden por el número de sus actos!... ¡Ah! ¿qué país es este en que se juzga tan superficialmente de lo que no se conoce, en que se habla de lo que no se entiende? Maldita sea la hora en que la mano fatal del destino me condujo á estas lejanas playas, donde las concepciones de la inteligencia son despreciadas por frívolos pretestos, y las bellas artes, base de la cultura de un pueblo, no son comprendidas.

Así me expresaba yo sobre Buenos-Aires en aquellos momentos en que estallaba en mi alma la cólera, el despecho y el furor producido por el desengaño; en que arrebatában una esperanza más á mi pecho, en que veía desvanecerse una ilusión querida de las pocas que restaban á mi corazón.

La verdad es que me hallaba cegado por la cólera.

Me sentía atado, y forcejeaba en vano para romper mis ligaduras, y maldecía y juraba, como el león rugo encerrado en su jaula, al convencerse de su impotencia.

Nada hay más terrible que la desesperación producida por la impotencia, nada más terrible que encontrar un límite á nuestras fuerzas, una valla á nuestra voluntad.

Habia tomado una resolución heroica con aliento de gigante, y al fin de la jornada me encontraba un enano.

Habia escrito para que el público me conociera y me juzgara, y antes de encontrar á ese público había tropezado con un empresario. Habia bastado este sencillísimo obstáculo para cerrarme el camino, sirviéndome de barrera insuperable. Su mano de hierro, su censura incontrastable habia caído sobre mí y me habia aplastado.

Me parecía que el público se disponía á tributarme aplausos, y él le imponía silencio con un signo imperativo; que me tejía coronas, y él se las arrancaba de las manos; me imaginaba, en fin, que la Musa consignaba el nombre de Segismundo con letras de oro en la Historia, y el maldito empresario echaba un negro borron sobre mi nombre, para que permaneciese ignorado de las generaciones venideras.

Aquel odioso empresario habia trazado un círculo alrededor de mí, y me habia dicho: *de aquí no pasarás*; y yo no podía traspasar aquella línea cruel, no podía romper aquella cadena de sujeción; y en mi desesperación forcejeaba y prorrumpía en blasfemias y maldiciones.

En este estado de excitación y con tales pensamientos, llegué á mi pequeño albergue.

Mientras me hallaba en la calle, mi furor y mi despecho habian sido interiores. Instintivamente me habia reconcentrado y contenido, para que no se trasluciesen en mis acciones los sentimientos de que me hallaba dominado; mas al llegar á mi casa, ya no los pude contener y estallaron.

Rompí en cien pedazos la malhadada comedia; tiré el sombrero contra las paredes, ya que no podía tirar la cabeza; derribé la mesa que me servía para escribir; mordí y pisoteé los libros y cuanto me vino á mano: rompí sillas y trastos, y no sé hasta donde habria llegado ese furor destructor, si en aquellos momentos no hubiera sentido abrirse la puerta del cuarto y asomarse por ella mis vecinos en número de cinco ó seis, en una actitud entre amenazante y temerosa.

—¿Qué quieren ustedes? les grité yo con aire descompuesto, al verme sorprendido de una manera tan insólita é importuna.

Ellos se miraron entre sí de un modo significativo. Parecían interrogarse mutuamente.

Por fin, algunos de ellos hicieron ademán de trasponer el umbral y adelantarse. Yo tomé una silla y me puse en estado de defensa.

—¡Atrás! exclamé.

Los que querían adelantarse se detuvieron, y entre ellos pasó rápidamente esta conversación, que, á pesar de haber sido en voz baja, pude percibir:

—Está de atar.

—Lo mejor será llamar á los mozos para que lo sujeten.

—Tiene usted razón.

—Guarden la puerta para que no se escape.

Un rayo que hubiese caído sobre mí no me habria hecho el efecto de aquellas lacónicas palabras, que alumbraron mi espíritu con la luz siniestra del relámpago. Comprendí... ¡oh, rabia! ¡oh, desesperación! Comprendí que me tomaban por loco.

Dí un grito con toda la fuerza de que era capaz, un grito que parecía un rugido, y después... ignoro lo que pasó, porque perdí completamente el sentido.

IV

LO QUE PIENSA UN CUERDO CUANDO ESTÁ LOCO.

Al volver en mí, me encontré acostado.

Antes de abrir los ojos experimenté una sensación de extrañeza indefinible, extrañeza que fué en aumento á medida que iban despejándose mis sentidos y que me reconocía á mí mismo y á cuanto me rodeaba.

Sentíame algo desfallecido y quebrantado; hallábame en un estado algo parecido al que sucede á una agitación violenta, y eché de ver luego que tenía la cabeza vendada, sin darme cuenta de la causa.

Tendí la vista á mi alrededor. La cama en que me hallaba no era la mía; el cuarto no era tampoco mi cuarto.

Por una ventana pequeña y alta, cruzada por fuertes barrotes de hierro, penetraba una luz débil y escasa, á favor de la cual podía verse un cuarto reducido, á manera de celda, con cuatro paredes desnudas y bastante ennegrecidas.

La cama era pobre y dura, y fuera de ella, por todo mueble, no se veía en el cuarto más que un tosco banquillo de madera.

Mi turbada imaginación se perdía en un mar de conjeturas, sin atinar en la causa de una transformación tan extraña y repentina. Me hacia á mí mismo multitud de preguntas, sin poder dar á ninguna de ellas una respuesta satisfactoria.

No tardé mucho, sin embargo, en adivinar la horrible realidad de lo que me pasaba.

Empecé á recordar la escena final del capítulo anterior, aquella escena que produjo en mí tan inesperado y violento efecto, aquella abrumadora escena en que me tomaban por loco y se disponían á invadir mi cuarto para sujetarme, en que me sentí herido, aterrado, aniquilado por el golpe más tremendo que podía caer sobre mí, en que finalmente, faltándome las fuerzas para resistir tamaña desventura, caí anonadado y sin sentido.

—¡No hay duda!—exclamé dando un salto desde la cama hasta el medio del cuarto y ocultando la cabeza entre mis manos, —ó estoy preso, ó encerrado en un manicomio... ¡Ah! aquí estoy, solo, encerrado y guardado quizá por gentes desconocidas, echado del seno de la sociedad como un ente inútil ó un reptil peligroso, arrojado á estas grandes cloacas llamadas cárceles ó casas de dementes, donde el mundo echa cuanto tiene de más dañado y corrompido, donde tira su verdadera escoria... ¡Ah!—continuaba esforzando mi voz, y con acento impregnado de desesperación—y por más que grite nadie me oirá; por más que me queje, no será atendido. Ni un amigo que se interese por mí, ni un recuerdo de la sociedad que me arroja de su seno.

Y aquí consumiré mis días y mis noches en la soledad y en la esclavitud, privado de cuanto puede el corazón amar, perdido y olvidado para cuanto me es caro en el mundo, sin respirar siquiera el ambiente puro que da vida, ni recibir el benéfico influjo de la luz, que recibe el sér más raquítico é inmundado.

Mi dolor, mi abatimiento y mi desesperación crecían por momentos. Me arrojé desfallecido en la cama, oculté mi rostro entre la ropa y exclamé amargamente:

—¿Qué he hecho yo, para merecer tamaña suplicio? ¿Cuál es mi delito, para que el mundo me imponga tan horrible expiación?... El tigre y la pantera, que viven en los bosques, constantemente tintos sus colmillos y sus garras en sangre de las inocentes víctimas devoradas, son perseguidos y muertos por la humanidad, que se defiende de tales monstruos; mas, ¿qué muerte es comparable á la existencia, si se han de habitar estas tumbas de los vivos, en donde sólo se nos deja la vida para gozar de la muerte y saborear toda la hiel que destilan el olvido y el desprecio?... ¡Ah, qué funesta estrella preside mi destino! ¿Qué géneo maldéfico se complace en torturar mi corazón!... ¡Pero no! añadia esforzando mi acento con rabia é irguiéndome sobre la cama, ¡no será! yo me rebelo contra mi destino, contra el mundo, contra la humanidad entera, y desatio su poder...

—¡No!—gritaba saltando otra vez de la cama, corriendo de uno á otro lado del cuarto, y golpeando las paredes, la puerta y cuanto se me presentaba delante.—¡Yo no quiero ser esclavo! ¡Lucharé hasta la muerte, con ceguedad, con furia, y romperé mis cadenas, ó caeré aplastado por ellas en la lucha!...

Desde este momento, mi furor no tuvo límites. Pateaba la puerta, derribaba la cama, rompía en pedazos el banquillo y prorrumpía en gritos extraños, inarticulados, frenéticos, salvajes, como el rugido del león ó el graznido de la corneja.

Por fin el cansancio me rindió, y me quedé tendido en el suelo. Mi voz estaba ronca, mis manos ensangrentadas, mis ropas hechas girones. Horrible debia ser en aquellos momentos mi aspecto.

Largo rato permanecí en aquella posición, sin fuerzas para levantarme, jadeante, impotente, desfallecido. Al fin sentí introducir con esquisito cuidado la llave en la cerradura de la puerta. Redoblé mi atención, y me pareció oír un murmullo bajo y confuso, algo parecido al de personas que conversan sin querer ser oídas. Poco á poco se fueron corriendo los cerrojos, y una alegría interior renacía en mi pecho, al considerar que iba á ver seres humanos, que iba á hablar con ellos, que iba á saber la causa de mi inesperado encierro.

Sin moverme del mismo sitio, toda mi atención se concentró en la puerta.

Cuando cesó el chirrido del cerrojo, aquella empezó á abrirse poco á poco y como por una mano vacilante y temerosa. Comprendí que tenían los arranques del loco ó la venganza del criminal.

Una sombra se proyectó en el suelo, y asomando una cabeza pálida, paseó su mirada escudriñadora por todo el ámbito de aquella lóbrega mansión. Era probablemente mi carcelero ó mi guardián.

Antes de que yo tuviera tiempo de dirigirle la palabra, volvió la cabeza y oí lo siguiente:

—Puede usted entrar y verle, porque ahora parece que está tranquilo. Vaya usted con mucho cuidado pues acostumbra á tener accesos terribles de furor.

No bien se oyeron estas palabras, cuando la puerta se abrió más y penetró otro personaje.

Al reconocerle no pude contener un grito de extraordinaria alegría en mi garganta. Me levanté de improviso, le llamé por su nombre y corrí con los brazos abiertos para estrecharle contra mi pecho. Era Martín, era un compañero que habia sido de viaje, con quien habia trabado íntima amistad.

—¿Qué no sentiría mi corazón en aquel instante? ¡Ah! habia acudido cuando ménos lo esperaba, un amigo á mi cárcel, un amigo que venia tal vez á libertarme, y á quien contaría mi infortunio y mis desdichas. El tomara sin duda con calor mi defensa y me libraria de esta tremenda injusticia de los hombres, haciéndome volver á la sociedad y desvaneciendo un error tan funesto.

Mas desgraciadamente, mi pobre Martín, á quien tal vez habian dado detalles demasiado minuciosos acerca de mi estado, se asustó de tal manera al verme levantar y correr hacia él con tanta rapidez, que ciego de espanto y gritando desafortadamente, huye y tropieza con el carcelero, cayendo encima de él; y yo, aprovechándome del incidente, salto por

encima de ambos, y en un abrir y cerrar de ojos me pongo fuera de la cárcel.

Al encontrarme al aire libre respiré con fuerza. El aire puro, el sol radiante, el cielo azul y la frondosa vegetación que veía á mi alrededor, me daban nueva vida y me comunicaban nuevas fuerzas.

Cuando ya me creía libre, oí voces muy cercanas.

—¡Atajen! ¡atajen al loco! ¡al loco! gritaban.

Eran Martín y el carcelero que corrían tras de mí.

Entonces me vino un sudor frío, me temblaron las piernas, se me nubló la cabeza; pero venciendo en tan críticas circunstancias el instinto natural de conservación, eché á correr con todas mis fuerzas, sin mirar la dirección que tomaba.

Corrí mucho. No sé por dónde pasé, porque atravesé campos y cardales, arboledas y sembrados, pitas y zanjas, y charcos y ortigas, hasta que después de mucho correr me encontré junto á un horno de ladrillo, donde algunos vascos trabajaban entonando un canto monótono.

Estaba yo muy fatigado, y allí me detuve.

Mis perseguidores ya no me seguían. Probablemente se habian cansado ó me habian perdido la pista.

Habia pasado algunas horas por loco, pero ya me consideraba á salvo de semejante impostura.

Sin embargo, traté de asegurarme bien de que nadie me seguía; y después de haberlo hecho á mi satisfacción, paseando una mirada de desconfianza por los cuatro ángulos del horizonte, me senté en una piedra para tomar descanso y aliento.

Entonces entré en reflexiones; y á medida que iba recordando la tranquilidad, me posesionaba más de mi estado. Me pasé una revista desde los pies á la cabeza, y me ví súcío y lleno de polvo, rotas mis ropas y manchadas en sangre, destrozado el calzado, ensangrentados los pies, desnuda la cabeza y manando sangre las heridas.

—¡Dios mío! ¡qué situación! dije entre mí; ¿y á dónde voy de esta manera? Me van á tomar á primera vista por un facineroso, por un asesino ó por un escapado de presidio.

Y efectivamente, observé con inquietud que ya los trabajadores vascos me miraban con cierta curiosidad y que hablaban en su lengua; pero con un acento y ademanes que me revelaban cierta hostilidad.

Empecé á escamarme. La idea de volver al manicomio me aterraba, y creí que lo mejor seria hacer frente á la situación de la manera que pudiese salir mejor librado.

Así es que, en medio de la curiosidad que despertaba mi presencia, me aproximé decididamente á los trabajadores, y dije al que me parecía principal:

—He venido hasta aquí perseguido por unos malvados que me han puesto de este modo, y desearia que me dejase lavar un poco en ese estanque. Creo que mi sangre no impedirá que sus ladrillos salgan buenos.

Todos los vascos, suspendiendo su trabajo, se me acercaron y me rodearon para examinarme atentamente.

—¿Y cómo le han hecho esa herida en la frente? preguntó uno.

—Con una piedra, dije yo sin vacilar.

—¿Y esto de las manos?

—Esto ha sido defendiéndome.

—¿Y cómo no le han muerto?

—Porque me he podido escapar.

—Cerca de aquí hay un puesto de policía; vamos á dar aviso.

Al oír esto, vuelve á entrarme la zozobra y digo para mis adentros:

—Tu suerte está fijada, Segismundo; me parece que estás destinado definitivamente á volver al manicomio.

Haciendo, sin embargo, un esfuerzo de flaqueza, y aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, agregué en alta voz:

—Es completamente inútil; pues los malhechores han tenido tiempo de sobra para huir.

—Avisaremos para que los busquen.

—No hagan ustedes tal cosa, porque yo estoy bastante mal herido, necesito curarme y descansar, la policía no hacia más que entretenerme, y esto podria darme mal resultado. Después que me haya curado, yo daremos el aviso.

—Tiene razón, dijo por fin otro, viniendo providencialmente en mi auxilio; más vale curarse primero. Lávese usted bien, mientras yo voy á buscar un paño y una venda para la cabeza.

Recobré con esto algun tanto la tranquilidad, y entonces empecé á trabajar asiduamente, con objeto de borrar en lo posible las huellas de mis pasadas desdichas.

Me sacudí el polvo, me lavé bien, arreglé algo mis vestidos, de los cuales traté de hacer desaparecer las manchas de sangre, y por fin me vendaron la cabeza.

Después de todo esto, el vasco me dijo:

—Mi casa está muy cerca. Vamos allá y usted podrá tomar un poco de descanso.

—No es necesario, le contesté.

—Usted no puede entrar así en la ciudad. Mi mujer ya está prevenida y nos espera para darle algunas puntadas en el vestido. Vamos.

El buen hombre tenia razón; y por lo tanto, yo me dejé llevar aceptando su generosa oferta.

Llegados á la casa, la mujer del ladrillero, con la mejor voluntad, me zurció como pudo las ropas y me convidó después á un vaso de vino que no pude rehusar. Notando enseguida que yo tenia una porción de manchas de sangre en la camisa, me dijo:

—Si quiere usted mudarse, le prestaré una camisa de mi marido.

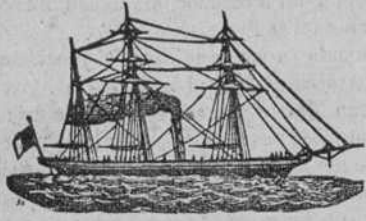
—Sí, que se mude, respondió éste, y además, es preciso también prestarle un sombrero para que el sol no le haga daño y no se le vea lo que tiene en la cabeza.

—Gracias, gracias, contesté, no hay que incomodarse. Para ir de aquí á mi casa, de cualquiera manera estoy bien.

PEDRO ARNÓ.

(Continuará.)

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.
(ANTES A. LOPEZ Y COMPANIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

Salidas: de Barcelona los dias 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana. Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros. Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 350 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR
(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

DOLORAS
Y
CANTARES
DÉCIMO-SEXTA EDICION

Un grueso volumen de LVII-458 páginas.—Se vende al precio de 5 pesetas en Madrid y 5'50 en provincias, en casa de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid, donde se dirigirán los pedidos acompañados de su importe.

EL BANDOLERISMO

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR
DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTÉS, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO
Y EX-GOBERNADOR DE CORDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORIGENES. Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

TRADICIONES

DE

TOLEDO

POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañía,—Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

PURGANTE JULIEN

CONFITE VEGETAL, LAXATIVO Y REFRIGERANTE
Contra el ESTREÑIMIENTO

El Purgante Julien, exclusivamente vegetal, se presenta bajo la forma de un dulcecito de un gusto agradabilísimo. Recomiéndase su empleo, inofensivo siempre, á las personas afectadas de *Disen-teria*, *Dispepsia*, *Gastralgia*, *Gastritis*; en las *afecciones del higado*, en la *Ictericia* y en las *enfermedades de la piel*. Sus propiedades refrigerantes combaten la predisposicion á la *jaqueca* y á la *apoplejia*. Administrado á los niños, el Purgante Julien previene las *convulsiones*, obrando como depurativo en el tratamiento del *usagre* y de las *costras de leche*.

El Purgante Julien, se toma en dosis de una pastilla para personas adultas y media para los niños.

Depósito en las principales Farmacias y Droguerías.

BIBLIOTECA DEMOCRÁTICA

TOMOS DE MÁS DE 100 PÁGINAS, 50 CÉNTIMOS DE PESETA

Obras de los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron, Figueras, Labra, Carvajal, Pedregal, Asquerino y otros distinguidos escritores demócratas.

Por suscripcion á series de seis tomos, 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS, prévio pago adelantado.

SE HA PUBLICADO

Á SUS AMIGOS Y ADVERSARIOS

MANUEL RUIZ ZORRILLA

Folleto de Ginebra, impreso en Lóndres, y publicado ahora por primera vez en España. Obra interesantísima para los demócratas y cuya primera edicion está próxima á agotarse.

OBRAS EN PREENSA

LA CONTRIBUCION ÚNICA Y DIRECTA, por D. Fernando Garrido.

LA LIBERTAD CIENTÍFICA Y RELIGIOSA, por Felipe Pícatoste.

Los pedidos á M. Romero, Ventura Rodriguez, 8, barrio de Argüelles,

OBRAS NUEVAS.

VIDA DE LORD BYRON, POR Emilio Castelar. Esta obra del eminente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con todo lujo, forma un precioso tomo en 4.º menor, de más de 200 páginas, impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.

Esta adornada con un magnífico tratado del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva-York. Reales..... 20

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Cédulas hipotecarias 5 por 100.

En representación de los préstamos hipotecarios realizados, el Banco emite cédulas con interés de 5 por 100 al año, sobre su capital nominal.

Estos títulos tienen la *garantía especial de todas las fincas hipotecadas*, y la subsidiaria del capital del Banco.

Los intereses se pagan semestralmente en 1.º de Abril y 1.º de Octubre en Madrid y en las capitales de provincias.

Los que deseen adquirir dichas cédulas podrán dirigirse en Madrid directamente á las oficinas del Establecimiento, ó por medio de agente de Bolsa, y en provincias á los comisionados del mismo.

BANCO HISPANO-COLONIAL.

Con arreglo á lo dispuesto en el artículo 1.º del Real decreto de 13 de Junio de 1880, tendrá lugar el undécimo sorteo de amortizacion de los billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba al dia 1.º de Marzo próximo, cuya amortizacion, conforme á la Real orden de 26 del mismo Junio, se hará, como los anteriores, por milésimas partes; debiendo amortizarse en este undécimo trimestre 6.000 billetes de los 750.000 emitidos.

El sorteo se verificará públicamente en Barcelona en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1, principal, á las once de la mañana del referido dia 1.º de Marzo, y lo presidirá el Presidente del Banco ó quien haga sus veces,

asistiendo además la Comisión ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fé un Notario, segun lo previene el Real decreto de 12 de Junio de 1880.

Antes de introducir las en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 930 bolas sorteables, y se extraerán de ellas ocho, cuyos números quedarán amortizados en cada uno de los 750 millares de los títulos emitidos, resultando por consecuencia amortizados los 6.000 billetes correspondientes á este sorteo.

El Banco publicará en los periódicos oficiales los números de los billetes que en cada millar queden amortizados, y dejará expuestas al público en este establecimiento las bolas que hayan salido en el sorteo.

Barcelona 15 de Febrero de 1883.—El Gerente, P. de Sotolongo.

BANCO DE ESPAÑA.

Debiendo dar principio el 1.º de Marzo próximo la corta del cupon, que vencerá en 1.º de Abril inmediato, se previene al público que desde aquella fecha no se admitirán valores con el citado cupon, y que los interesados que deseen conservar aquellos unidos á sus títulos ó retirarlos en rama, deberán solicitarlo por escrito antes de la fecha citada de 1.º de Marzo.

Madrid 15 de Febrero de 1883.—El secretario, Juan de Morales y Serrano.

BANCO DE ESPAÑA.

QUINTO SORTEO PARA LA AMORTIZACION DE LA DEUDA AL 4 POR 100.

Debiendo aplicarse en cada trimestre al pago de intereses y amortizacion de la deuda al 4 por 100 la suma de 21.726.000 pesetas, cuarta parte de la anualidad de 86.904.000 que determina la ley de 9 de Diciembre de 1881, corresponden en justa proporcion por ambos conceptos á cada una de las cinco series en que se halla dividida la emision las cantidades siguientes:

A la serie A pesetas	880.000
» » B »	3.142.000
» » C »	6.391.500
» » D »	4.525.000
» » E »	6.787.500
En suma pesetas...	21.726.000

Las diferencias que en cada sorteo puedan resultar de más ó de menos en las cuotas trimestrales fijadas para intereses y amortizacion, por la necesidad de acomodarse á lotes caba-

les, se tendrán en cuenta y se compensarán convenientemente en los sorteos sucesivos.

Para cada serie se hará un sorteo independiente, introduciendo en un globo las bolas que representan los títulos que de cada una existen en circulacion y extrayendo á la suerte las que corresponden á la amortizacion del trimestre vencido en 1.º de Abril próximo, segun el detalle siguiente:

Serías	Bolas connumeradas.	Títulos que representan.	Capital. Pesetas nominales	Bolas que han de ex-torsion.	Títulos que representan.	Capital amortizado. Pesetas	A pagar por intereses. Pesetas	Total de intereses y amortizacion. Pesetas
A	13.854	138.540	69.270.000	38	380	190.000	692.700	882.700
B	9.896	98.960	247.400.000	27	270	675.000	2.474.000	3.149.000
C	10.064	100.640	503.200.000	27	270	1.350.000	5.032.000	6.382.000
D	2.850	28.500	356.250.000	8	80	1.000.000	3.562.500	4.562.500
E	2.137	21.370	534.250.000	5	50	1.250.000	5.342.500	6.592.500
	38.801	388.010	1.710.370.000	105	1.050	4.465.000	17.103.700	21.568.700

Los sorteos tendrán lugar públicamente en el salon de Juntas generales del Banco, sito en la calle de Atocha, núm. 32, el dia 1.º de Marzo próximo, á la una de la tarde, y lo presidirá el Gobernador ó un Subgobernador, asistiendo además una Comisión del Consejo, el Secretario y el Interventor.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su examen antes de introducir las en el globo, así como las amortizadas en los sorteos anteriores.

La Administracion del Banco anunciará en los periódicos oficiales los números de los títulos á que haya correspondido la amortizacion y dejará expuestas al público para su comprobacion las bolas que hayan salido en los sorteos.

Oportunamente se publicarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro de intereses y amortizacion.

Madrid 14 de Febrero de 1883.—El Secretario, Juan de Morales y Serrano.

LA AMERICA

Año XXIII

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos. En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª
Caños, 1.